

UNIVERSITY OF ARIZONA

UNIV. OF ARIZONA

PQ6637.R5 Z53

mn

Abril, Manuel/Felipe Trigo; exposicion y



3 9001 03815 7916



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

MANUEL ABRIL

FELIPE TRIGO

EXPOSICIÓN Y GLOSA DE SU VIDA
SU FILOSOFÍA ▾ SU MORAL ▾ SU ARTE ▾ SU ESTILO

RENACIMIENTO

MADRID

FELIPE TRIGO

18
137
R5
253
MANUEL ABRIL

FELIPE TRIGO

EXPOSICIÓN Y GLOSA DE SU VIDA
SU FILOSOFÍA, SU MORAL
SU ARTE, SU ESTILO



RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

M A R I D

1917

RAZÓN Y PROPÓSITO DE ESTE LIBRO

Varios amigos míos se han sorprendido con disgusto al saber que estaba escribiendo un libro acerca de Trigo. Varios que yo quisiera por amigos, sospecho que habrán de sorprenderse con igual descontento.

Se le ha llamado "corruptor de menores", "novelista afrodístaco", "cinturón eléctrico" y se le ha presentado escribiendo con menta, en vez de tinta, para aumentar la venta de sus libros á costa de la concupiscencia de las gentes.

Sólo he de responder á todo eso:

Que no se ha dado nunca el caso de que se sostenga la atención de un público tan numeroso como el de Trigo, durante cerca de veinte años seguidos, con sólo erotismos afrodístacos de literatura de quiosco.

Que una legión inacabable—y lamentable—de imitadores suyos quisieron utilizar esa pretendida clave del éxito y el éxito no vino.

Que si alguno de esos discípulos logró vender sus obras—nunca en la proporción de Trigo—, ninguno de ellos pudo conseguir, sin embargo, que una crítica

de calidad, no mercenaria, tomase sus obras en consideración con la seriedad con que tomó constantemente las de Trigo.

Que es falsa la afirmación de que la novela erótica "hecha con talento" venza á la novela igualmente buena y nada erótica: si son muchas las puertas que se abren al escritor deshonesto, son muchas más las que se le cierran y que se le abrirían si ofreciera honestidad conmovedora y de valer reconocido.

Que cada novela de Trigo supone doscientas y tantas páginas de prosa perfectamente seria y no concupiscente, á cambio de tres ó cuatro escenas á veces más crudas y lastimosas que incitantes.

Un escritor que renuncia de antemano á escribir para una minoría y pretende hacer obra para la masa social, puede aspirar á tres sanciones diferentes: á ser muy comprado y muy leído; á ser discutidísimo en la Prensa; á ser atendido por la crítica.

En cuanto á la primera, se han vendido en los seis meses posteriores á la muerte de Trigo 30.000 ejemplares de sus obras, y, en conjunto, desde que publicó Las Ingenuas millones de ejemplares.

En cuanto á los juicios polémicos de Prensa llenos están los periódicos de ditirambos y denuestos, si bien unos y otros ajenos á los cualidades de la obra, casi siempre.

En cuanto á los estudios detenidos de sus libros, los pocos que conozco son más favorables y elogiosos que adversos, entre ellos el excelente de M. Peseux Richard, publicado en la Revue Hispanique hace cuatro años.

Cuando un escritor, pues, logra repercutir en la opinión de esa manera, ó es un caso legítimo que concierna á la critica, ó es un caso de perturbación social que incumbe, exclusivamente, á la policía de costumbres.

Pero si la repercusión de su fama trasciende de la calle y pasa á las revistas de cultura, donde es acogida con respeto y con loa, entonces ya es de ley y hasta de necesidad el libro que intente con alguna honradez la disección de la obra toda, á fin de que sea más fácil determinar concretamente si ese contagio, que alcanza por igual á gentes de cultura y de incultura, se debe á corrupción total de todos ó á que la obra lleva en sí méritos suficientes y legítimos para justificar el efecto.

Ese libro estaba por hacer, y, deseoso yo de ir glosando la obra de no pocos escritores contemporáneos—lo más interesante de la época moderna: Galdós, Clarín, Azorín y Baroja; Ganivet, Unamuno, Ortega y Gasset; Picavea y Costa; Maeztu y Ors, no han pasado aún á la crítica de exposición, ensayo y glosa—, he querido iniciar la realización de mi deseo comenzando por este autor, ya que las circunstancias me

han ofrecido ocasión de actualidad, aunque de triste actualidad, por desgracia.

Exponer, pues, con claridad la anatomía de la obra y remover con este motivo ideas que á Trigo interesaron y que á mí me interesan tanto como á Trigo.

Tal, mi propósito.

PRIMERA PARTE
SU VIDA

El hombre, el de los hechos históricos... que no le importan grandemente á la Historia, el hijo de Felipe Trigo, ingeniero, y de Isabel Sánchez Mazo, que nació en Villanueva de la Serena (Badajoz) el 13 de Febrero de 1864, es el que veremos ahora mismo, lector, si te interesa.

En sus libros dejó su historia interna, los pasos todos que en su vida fueron formándole, ó deformándole, el espíritu. Pero los dejó envueltos en novela, aderezados con accidentes que atendían á la verosimilitud y al interés más que á la autenticidad.

Últimamente, como se sabe por el prólogo de las *Sonatas del Diablo*, se proponía redactar sus memorias, con fidelidad escrupulosa, sin otra mira que la de aportar alguna vez un documento humano sin arreglo, y así proporcionarnos ocasión de ver de qué manera lo que en él fué experiencia pasó después á ser novela.

De los seis tomos anunciados, quedaron cinco de ellos cortados por su muerte; pero con el primero publicado se puede comprobar cómo, en efecto, según era ya de suponer, dejan sus novelas traslucir con harta claridad los elementos vivos que las forman y dejan recomponer con bastante aproximación la vida entera y auténtica del autor.

Leyendo esa novela autobiográfica, *En camisa rosa*, comprobamos que, en efecto, la niñez de Trigo, ahí referida, es la que informa un cuento de *El Libro Popular*, *Los Invencibles*, publicado hace algunos años; que los episodios de las criadas zafias, que le revelan la brutalidad sensual con grosería; los de la niña extranjera, hija del violinista ciego, que le enseña el amor puro de inocencia y de ensueño; y los de la coqueta amiga de la casa, que le enseña la voluptuosidad carnal amorosa, son episodios auténticos de la vida del autor que pasaron á formar *Reveladoras* y en parte *Sed de amar*, sin otras variaciones que las accesorias, las relativas á lugar de la acción ó á nombres ó á profesiones, nada esencial, en suma.

El episodio conque termina *En camisa rosa* era el hecho histórico que da lugar en *Sed de amar* á la aventura de Jorge y de Marta: este amor, como los demás que forman esa obra y el que más tarde había de llevar á *La Clave*, formaban el segundo tomo de las *Sonatas del Diablo*.

El mozo que en *Sed de amar* conoce por vez primera el amor, las inquietudes de pensamiento, las delicias de la sensualidad y las hediondecas y desengaños del querer y la carne, Felipe Trigo se llamaba y tenía á la sazón diez y siete años.

Por entonces amó á Marta, por entonces comenzó á estudiar Medicina y á bucear en libros de ensueño y de filosofía; por entonces también, entre novias que, por igual, le dieron atractivos y desencantos, una conoció que había de ser su compañera para siempre.

Ya entonces hubo de fundar un periódico en su pueblo. No se saben más datos de esto ni hacen falta. Queda, sin embargo, una muestra literaria de aquel tiempo:

En las orillas del mar
se echó Filis á nadar;
se clavó en un seno
una paja de centeno
y comenzó á colear.

Puede que no figure en las antologías este trozo escogido. Pero los psicólogos que quieran descubrir en esta anacreóntica satírica los antecedentes de lo que luego fué, tal vez encuentren la tendencia á fijarse en los senos de las damas y la tendencia á reirse un poco de los senos mitológicos, en nombre de estos otros, efectivos, de las musas de hoy, se

llamen Petra en vez de Filis, ó Marta y no Penélope.

En los primeros años de estudiante vino á Madrid para cursar en San Carlos la carrera de médico. También entonces trató de hacer periodismo y entró, en efecto, en un periódico.

Algunos compañeros de redacción tomaban un poco á chufia al provinciano imberbe que aparecía de vez en cuando por allí con el encogimiento de un principiante. Un redactor se distinguía en la faena de azorar al neófito; y el neófito se fué al pueblo, cuando llegaron las vacaciones, tascando el rencor con altivez de muchacho vejado injustamente.

Fué siempre Trigo de una agilísima fertilidad para la intriga y pronto ideó un plan: una carta llegó á la Redacción del periódico madrileño dirigida al redactor azora-jóvenes; la firmaba una señora de Badajoz y decía que, siendo anciana ya, no le quedaba en el mundo más que el recuerdo de un hijo que había perdido cuando ya era hombre. En ese estado de soledad y de tristeza había visto en un periódico el retrato del redactor y, conmovida y asombrada al hallarle idéntico á su hijo, le rogaba que se pasara por Badajoz, porque deseaba dejarle su fortuna. Predestinado su caudal á parar en manos extrañas, érale un consuelo hacerse la ilusión de que vivía su hijo aún y que iba á heredarla.

El señor encontró tan conmovedoras — y tan engolosinadoras — las frases de la carta, que la esperanza disipó la incredulidad y se arriesgó á escribir á la señora. Contestó ella nuevamente, y como, en efecto, había una señora en Badajoz que se llamaba de aquel modo y estaba sola y rica, el hombre comenzó á preparar el viaje, contó el caso, y hasta hubo su poquito de francachela en el periódico para festejar al afortunado...

Pública y consumada la aventura, no tuvo Trigo más que formar un cuento con ella, publicarlo en un periódico y enviarlo á la redacción de Madrid, para que todos se enteraran y quedase vengado el principiante.

En este período de adolescencia tuvo su primer gran amor y su primera pena horrenda. El drama entero de *La Clave* se realizó punto por punto y paso á paso.

Pronto, á los veintiún años, sin terminar aún la carrera, se casó Trigo y vino á Madrid, para acabar sus estudios y hacer el doctorado. Su mujer estudiaba con él para ayudarle, y juntos pasaban en vela la noche anterior al examen; recitándole él lo aprendido, «tomándole» ella la lección, como dos buenos camaradas.

Terminada á los veintitrés años la carrera, marchó á un pueblo, á Trujillanos, el primer sitio que le ofreció ocasión de sostener, ejerciendo, la familia

que había formado, el hijo que había venido, el que no tardaría en nacer.

El médico rural nos dirá su calvario de este tiempo; cómo lleno de juventud, de necesidades, de inquietudes, de pensamientos, de ambiciones, se ahogaba en aquel medio de estrecheces, de mezquinas insidias.

Los hombres no pensaban; el pobre cura del lugar había resuelto sus afanes de espíritu reduciendo la vida á su liturgia y á remover, con virtuosismo de experto confeccionador, una ensalada.

Sólo cuando algunos misioneros pasaban por el pueblo podía hablar el médico rural con alguna persona que supiera, que se interesara por lecturas y grandezas del mundo... Pero á los misioneros les interesó especialmente que el médico, de una resistencia contumaz á la observancia de los ceremoniales preceptos, acudiera á la comunión, á la vista del pueblo, creyese ó no creyese grandemente en sus adentros. En *El médico rural* está citado el caso.

Marchó del pueblo aquel para no ahogarse, y se trasladó á Valverde de Mérida, mejor pueblo, donde su recaudación iba en aumento, pero también su ahogo y sus afanes.

En el primer año, y con ser aquella una localidad sin importancia, ganó de cinco á seis mil pesetas; pero como no le satisfacía morir con ahorros si había de morir también de hastío, hizo oposiciones á

médico militar, prefiriendo ganar treinta duros al mes, pero en ciudad de otra importancia y otros horizontes, á quedar enterrado en vida.

Fué á Sevilla como médico militar, y lo mismo es encontrar oportunidad que aprovecharla: el periodista, el escritor salen á relucir en el acto.

Fundó un periódico que se llamó *Sevilla en broma*, que venía á ser como un *Madrid Cómic* de provincia, que tuvo bastante feliz vida. Nada puede encontrarse en él que revele ni al periodista ni al novelista de importancia. Por entonces también hubo de estrenarle Romea, en el teatro San Fernando de Sevilla, *El primo de mi mujer*, juguete cómico en un acto que pasó con buen éxito. Trigo no tenía en estima aquéllo, y el éxito no le hizo variar de parecer. Alguien, la noche del estreno supuso insinceramente la indiferencia de Trigo por su obra. «Se la cambio por el reloj», le dijo al incrédulo; este le ofreció quinientas pesetas, en vez del reloj, de oro. Y en el acto quedó cedida la propiedad, sin otro regateo.

Seguía Trigo sin encontrarse aún; tal vez, sin siquiera sentir la necesidad de buscarse á sí mismo. Escribía por ingénita afición y por impulso ciego. También quizás por ayudar su vida. En el año 1891 reunió en un tomito, *Etiología Moral*, unos artículos que había publicado en *El Globo*; artículos excesivamente doctrinarios, pero que contenían ideas que no abandonó nunca del todo.

Desde Sevilla pasó á Trubia, donde vivió con gran holgura. Pero no se avenía con la quietud. «Tengo un alma viajera», ha escrito en una carta; y parte por eso, parte por conveniencias particulares de familia, marchó voluntario á Filipinas.

Paso importante y decisivo, aunque indirectamente; allí habría de escapar de la muerte por milagro y había de volver al continente y á la vida con la mira de su voluntad revelada y madura.

Las impresiones de la travesía quedan en su novela *Del frío al fuego*. De la estancia en Filipinas algo nos dijo también en *Las Evas del Paraiso*; la noche del combate y de sus heridas sirvió de base á un episodio en *Las Ingenuas*.

Cuando estuvo en Manila se volvió á dedicar al periodismo, para no desmentir la ley que en su historia no deja de cumplirse. Hizo periodismo de combate de tal vigor, tan certera puntería y tanta audacia, que hubo de ser combatido por los jefes y puesto en entredicho hasta verse obligado á callar y á renunciar provisionalmente á sus campañas, para evitar así, prudente ó forzado, que enemigos de más alta graduación, poseedores de armas que Trigo no podía manejar, le dificultaran la carrera. Hay cartas en que habla de esto, pero que no pueden ser incluidas en esta reseña á la ligera.

Marchó al campo, consagrándose á un empleo exclusivamente militar. Época de privaciones, sacrificios... En el bosque, á leguas de centros civilizados, alejado incluso de la familia, pasaba las tardes Trigo en sueños de inacción, en pacientes esperas, adivinando allá hacia el Sur—una carta lo dice—, tras de la cortina de lluvia de los aguaceros del trópico, el Illigán donde estaban sus hijos y la mujer de sus amores.

En la inacción trabajaba más aún su pensamiento; la conciencia del mundo y de sí mismo se le formaba cada vez más en aquel forzoso frente á frente con su sentir, á un tiempo espoleado y contenido.

Y á Trigo se le iban concretando dos grandes ideas obsesionantes: la inutilidad de tanta hermosura natural si no servía para inspirar la frase trémula de pasión á la mujer ideal alumbrada por todas aquellas hermosuras; la ceguedad monstruosa de una civilización más ocupada de tender ferrocarriles por los bosques que de extirpar el odio en los negros que, emboscados, tiraban flechas envenenadas á los dominadores (*Las Ingenuas*, páginas 10 y siguientes). Hermoso todo; pero falto de amor y sobrado de odio.

Á Trigo, hombre de acción, se le encendía aún más en la inacción la actividad reformadora: *la falta de amor completo en la mujer, la falta de armonía inteligente entre los hombres...* Por primera vez se le

plasmaban con imperio los dos aspectos del que habría de ser siempre el incansable, el terco norte de su vida.

Y cuando más vigorosa latíale la vida y la aspiración en el pecho, en la sangre, en la idea, iba á venir la muerte...

Servía Trigo en un destacamento de presidiarios tagalos... Imprudente situación, á la ventura, de unos cuantos españoles, un puñado, custodiando centenares de hombres tagalos, de malos antecedentes casi todos, y que, hablando entre ellos un idioma desconocido para sus guardianes, podían, por lo tanto, juramentarse y entenderse delante de los jefes, en la impunidad más absoluta.

¿Qué era necesario para que veinte españoles indefensos fueran destrozados por centenares de hombres que, sometidos, odiaban á los dominadores y sentían con todos los hermanos de las islas? Un poco de embriaguez que les disipara momentáneamente la cobardía.

“Siempre reputaron su sumisión por la mayor prueba de su imbecilidad, pues nada más sencillo para trescientos cincuenta presidiarios armados de machete, que atar á los veinte soldados y á los diez europeos y largarse al bosque, á la libertad, después de desvalijar el campamento” (*Las Ingenuas*).

Llegó una noche en que tuvieron noticias de que los presidiarios convenían una sublevación. Sería la cosa, pero sin remedio: alejados de los destacamentos armados, era imposible transmitir el aviso de alarma sin ser despedazados antes de que el grito de socorro llegase á su destino.

Al ir á bajar al comedor deliberaron los españoles... Trigo fué partidario de no llevar armas; sólo por la confianza y el alejamiento de todo signo amenazador podrían acaso conjurar la furia de los negros, que, de persistir, estallarían, con armas y sin ellas. El jefe, sin embargo, se echó el revólver al bolsillo; fué lo que le perdió: el comedor, iluminado; las ventanas, abiertas; la noche, negra, afuera, desde ella espiaban los conjurados la actitud de los oficiales que cenaban. Vestidos con un ligero traje de hilo, era perfectamente visible el revólver del jefe, inútilmente oculto en el bolsillo del pantalón blanco. Armado él, contra el armado fueron los primeros golpes de muerte.

Felipe Trigo hablaba poco de este suceso; en seis ó siete años de amistad no le oí nunca referir el caso: por modestia, si alguien se lo preguntaba, lo refería; pero si no, más bien lo tomaba á broma. "Este y yo somos dos héroes, ¿qué te crees?", decía un día, presentando á un compañero de armas y de heridas.

Así, era sorprendente descubrir los periódicos de

la época con retratos de Trigo en todos ellos y unas letras grandes que decían. "El héroe de Fuerte Victoria."

Su relato no tenía interés, por lo demás, una vez escritas *Las Ingenuas*; aunque los nombres varían, allí está referido con escrupulosidad fiel cuanto ocurrió. Siete machetazos, uno que le parte el brazo al querer librar la cabeza de un golpe, otro que le destroza una mano; un tajo en la corva, un tiro que le roza la sien, un espaldarazo que le parte la carne... Quietud primero, la cara contra el suelo como muerto, desangrándose, mientras su pensamiento "funcionaba con lucidez extraña, en febril carrera, al ritmo de sus arterias galopantes"... "y le quedaba ya no más, con la resignación desesperada de morir, la prisa de reflexionar muchas cosas, en la rabia ahogada de su egoísmo, rebelándose ante la fatalidad de acabar allí su existencia, abandonado entre odios, sin haber realizado no sabía qué grandes empresas de su destino". Después, cuando se encontró solo y pudo incorporarse, la huida... Una fuga en la que hubo de arrojarle por un terraplén abajo, y en la que se desvaneció mil y mil veces; una fuga en la que hubo de caminar rodando cuando ya no tenía fuerzas para sostenerse de pie...; una fuga en la que hubo de emplear seis horas, toda una noche entera, para recorrer un kilómetro...

La convalecencia en aquel clima hacía peligrar la vida del herido: hubo de volver á España á toda prisa.

De vuelta, á bordo, se contemplaba, "tendido en la silla, débil de espíritu y de materia, con aquel amor enfermo en todo, perdiendo sus energías para la lucha ruda de la existencia, en una suerte de delirio, de adoración platónica que le desvanecía, de miedos fantásticos al porvenir y de desalientos inmensos por cualquier desengaño" (*Las Ingenuas*).

Y analizándose, pensando, construyendo, pasaba de sus propios tormentos á la generalización ideológica á que propendía en todo caso. "Veía en sí propio la desequilibrada herencia de las caballerescas impulsiones de su raza y el inarrancable fondo que en su sér entero había dejado su educación de niño."

"Su juventud después..., asistiendo al latín por las mañanas, por las tardes á las procesiones y por las noches al *Don Juan Tenorio*, sin que nadie le ense-

ñara á trabajar, á ser fuerte, á ser hombre" (*Las Ingenuas*).

Llegó á España en este estado de ánimo, y en cuanto halló asegurada la convalecencia, el brazo en cabestrillo todavía, de nuevo el periodista sintió inquietud; pero en vez de malgastarse ya en periódicos de provincia y en escarceos de aficionado, fué derecho á lo alto y acometió una campaña de resonancia social.

Fué la siguiente.

Los frailes eran todo en Filipinas, por ser los únicos que se habían cuidado de tres cosas: "aprender el enrevesado idioma del país, á fin de entender á los indígenas; no enseñarles el castellano, con objeto de que los españoles no los entendiesen, y apoderarse de las conciencias por medio del confesonario.

„De este modo, cuanto se relacionaba con los indios les incumbía; y desde el capitán general abajó, á ciencia y paciencia de los gobiernos, todos eran allá meros agentes ejecutores de la voluntad frailuna."

La cosa, bien ó mal, marchaba; pero los curas indios fueron apoderándose del confesonario, ante la indiferencia de los frailes españoles y "sucedió lo que tenía que suceder": "el estallido de la heca-

ombe fué el primer aviso que de ella tuvieron los frailes y los que no eran frailes“.

Toda la isla, de pronto, en rebeldía, y los españoles de Filipinas, á 3.000 leguas de la patria, rodeados de enemigos, entre las amenazadoras proclamas del Katipunán y los asesinatos, que no dejaban duda de la fría crueldad tagala, teniendo por únicos defensores... ¡un regimiento peninsular de artillería!

Todos enloquecieron de insensatez ó de terror; todos perdieron la cabeza, pidiendo la lucha—¡la lucha de un regimiento con diez millones de tagalos!—, y sólo una cabeza entre todas permaneció serena: la del general Blanco. Él solo desoyó á las presiones influyentes, desoyó á la multitud y aplazó los castigos “hasta que algunos barcos llevaron desde aquí las garantías del rigor“.

Las envidias, las pasiones, las calumnias, llegaron, sin embargo, á la Península más pronto que la razón, y, junto con las tropas que pidiera el general Blanco para poderse defender... iba otro general, mandado por el Gobierno para sustituirle, como si su labor, como si toda su labor de gobernante, “de sutilísimo político, frente á una situación tan difícil, tan horrible, como jamás gobernante alguno pudo contemplar“, hubiera sido una torpeza digna de la destitución más que del premio.

Trigo, testigo presencial, emprendió una campaña

para referir lo que va dicho y para sacar en consecuencia que si los generales que sucedieron al general Blanco pudieron luego conquistar triunfos militares con ejércitos, gracias fué á que la prudencia y el valor sereno del general Blanco les supo conservar el terreno donde ganarlos; que sin el general Blanco "España hubiera recibido un cablegrama de cualquier país anunciándole que el Archipiélago filipino, panteón de españoles, no era ya de España".

Trigo escribió estos artículos por puro afán de lucha en pro de lo que él creía justo; el general Blanco había sido su enemigo personal: siendo Trigo redactor corresponsal de *El Diario de Manila* en Mindanao, el general Blanco le había amenazado con quitarle la corresponsalía, por opinar en el periódico en contra de él, y se había negado además, como castigo, á mejorarle de destino, á pesar de las recomendaciones hechas en favor de Trigo por Primo de Rivera y otras personalidades.

Alguien, pasándose de malicioso y perspicaz, hubo de escribir estas líneas: "El capitán Felipe Trigo ha tenido la debilidad de prestar su firma para un artículo en el que se advierte la huella de Suárez Figueroa ó quizás de persona más alta" (Cánovas del Castillo). Y aunque es curioso que en un artículo pueda advertirse la huella de una persona determinada... ó quizás de otra, no iba desca-

minado el periódico al descubrir en aquellos artículos una aptitud de periodista extraordinario. Trigo, que no dejó de ser periodista nunca, aun cuando novelara, supo mantener en aquellos artículos una posición que le permitía la medida, el respeto, incluso la cortesanía y la prudencia, junto con la serena audacia y la réplica pronta, aguda y ágil.

Frente á un periódico que hubo de juzgar ofensivas para los frailes las palabras de Trigo, adoptó una posición firme, pero cortés, serena y audaz al mismo tiempo, bien parecida á la que es usual hoy día entre los nacionalistas de Francia.

Otro periódico, inflamado en un ardor patriótico especial, juzgó que Trigo ofendía á los españoles al decir en su artículo que nuestros compatriotas residentes en Manila habían "sentido terror" al verse rodeados de rebeldes.

Trigo, aunque venía medio muerto en lucha por la Patria, no acudió sin embargo á los argumentos bélicos para contestar al maestro de patriotismo y se limitó á copiar del diccionario el significado de las palabras "Terror", "Miedo", añadiendo, en argumento burlón de pura cepa Trigo, que, á juicio de su contradictor, debía haber faltado á su deber la Academia Española, si no como Academia como *española* por lo menos, al no añadir *patrióticamente* á las definiciones de *Miedo* y de *Terror* esta adver-

tencia: "*Palabras exóticas. Refiérense á estados de ánimo propios de los extranjeros.*"

"Entiendo—decía á este propósito, y aún tiene aplicación el comentario—que va ya quedando un poco *démodé* el monóculo de aumento en la indumentaria crítica para los paseos por la Historia y por las tradiciones nacionales."

Los artículos produjeron un revuelo extraordinario; se comentaron en todos los tonos por todos los periódicos y Trigo añadió su celebridad de periodista á la celebridad de héroe, que le hacía á la sazón ser señalado por las gentes de Madrid cuando pasaba por la calle.

No á todos gustaron los artículos, como es de suponer; pero muchos periódicos que lo hubieran combatido por ser opuesto á su política, se vieron cogidos por la estrategia que Trigo había preparado con habilidad de periodista-diplomático:

Trigo por entonces era, en unión de otro compañero superviviente, el niño festejado por la fama. Los periódicos sacaron á relucir lo de bizarro militar, heroico médico militar, heroico inválido, militar de aureola heroica, etc... Todos ellos ensalzaron sus cualidades de caballerosa dignidad, y así, cuando el pundonoroso militar les resultó enemigo, se encontraron sin poder echar mano del arma, tan frecuentemente usada en estos casos, de desacreditar al argumentador en vez de refutar los argumentos.

Trigo habla de esto en unas cartas suyas á su familia, y dice textualmente: "Aquí mi habilidad: no han podido atacarme hasta que se han hartado de publicar retratos míos y alabanzas." Publicó los artículos de esta campaña reunidos en folleto con el título de *Cuatro generales (Blanco, Primo de Rivera, Polavieja, Lachambre)*, (1897).

Por entonces estaba en trámites la concesión á Trigo de la cruz laureada de San Fernando.

El Imparcial, *El Tiempo*, *El Herald*o, hicieron notar la justicia y el derecho á tal recompensa. El Ministro de la Guerra, dió á entender á Trigo que se gestionaba la concesión; la Reina María Cristina llegó á felicitarle por el buen rumbo del asunto y al fin, un día, fué pedida la propuesta, por cable, á Filipinas y fué contestada la petición por el Capitán de la Isla, general Polavieja, diciendo que la propuesta de la Cruz venía ya, navegando, hacia España.

...La Cruz no fué concedida, sin embargo...

Son curiosas sus cartas de aquel tiempo. Va dando cuenta á la familia de todos sus triunfos como periodista y como héroe.

Un día es una noticia referente á felicitaciones de personalidades de importancia que le daban, confidencialmente, como concedida la cruz de San Fernando; otro día es "ayer en la Castellana íbamos en coche Arrojo y yo, y la Reina Cristina nos saludó

muy afectuosamente"; el otro, "ayer, en una reunión, una señora, al oír que era yo el héroe de Fuerte Victoria, se levantó, viniendo hacia mí, para tener el honor de estrechar mi mano... y ¡era guapa como un diablo la señora".

Otros días, en cambio, son noticias de peor sabor: envidias de gentecilla perjudicada, celos de alguien que quisiera acaparar la atención pública y trata de desacreditarle á mansalva..., ruindades que Trigo tenía que deshacer con mano pronta y ágil de buen esgrimidor.

—Pero en medio de todo esto, una sola cosa le interesaba: ganarse un puesto en el periodismo, que le permitiera sostener á su familia con el ejercicio de la siempre amada profesión.

"Mi nombre ha sonado ya cuanto deseaba y me era necesario —viene á decir en una carta—. Ahora corre de mi cuenta demostrar á las gentes que me basto para sostener mi nombradía por mí mismo." Y cuando un periódico de Madrid le ofrece colaboración continuada, escribe á la familia: "Voy á cambiar mi papel de héroe de opereta bufa por el mejor de escritor". Por algo había de elegir, andando el tiempo, el título de "hombre que escribe" como su más alto título de gloria.

Cánovas del Castillo se mostró partidario y defensor de los artículos de Trigo. Tanto, que se erigió en protector suyo. Le ofreció el gobierno de Cuba,

que Trigo no aceptó porque quería consagrarse á la literatura, y el día que Cánovas salió para Santa Águeda mandó un recado á Trigo con su secretario aconsejándole que no se decidiera por nada, pues él tenía empeño en buscarle algo que le solucionara su situación.

Puede parecer curioso este detalle de que fuera un conservador quien se mostrase más al lado de Trigo, el independiente y subversivo, y algún periódico de entonces lo hizo notar.

No es tan extraño el caso, sin embargo, como pudiera parecernos. Trigo ha tenido siempre aproximaciones notorias con lo que pudiera llamarse conservadurismo liberal; era en política un partidario de la soberanía del poder, un afecto á la autoridad. Cuando publicó su novela *En la carrera*, hubo de recibir una tarjeta de La Cierva agradeciéndole unas palabras de la obra—"único consuelo de los gobernantes impopulares", venía á decir—, porque con ellas se había mostrado Trigo partidario del cierre temprano de los espectáculos nocturnos. "Tiene que dormir por la noche el pueblo que haya de trabajar por la mañana."

Y en un artículo que publicó hace años, y que ahora ha resucitado la revista *Cervantes*, se halla este párrafo, significativamente conservador:

"Un célebre personaje judicial, respetado por los gobiernos, ha sabido aprovechar la expedita ley del

anarquismo para limpiar el reino de vagos, de ladrones, de timadores, de gentes de mal vivir, enviándolos á las colonias."

"Quedé admirado. Igual que todo, hasta la tiranía y el absolutismo tienen sus buenas cosas. Siempre que voy á Madrid el primero que me saluda en la Puerta del Sol, á las seis de la mañana, es un timador amigo, que pasea entre los guardias..."

—¿Qué tal de negocios?

—*Pos mal*, señorito. Bien venido.

Y sigue paseando entre los guardias."

En general puede decirse que todo socialista es partidario de la autoridad sobre todo, sólo que unos someten el individuo á principios de autoridad, y otros, en cambio, como Trigo, creen necesaria la autoridad para garantizar la mayor expansión individual del mayor número.

Terminado este período de triunfo periodístico y popular, se trasladó á Madrid para ejercer el periodismo.

Pero ya la madurez definitiva de su aptitud llegaba á la sazón y se le reveló imperiosamente: quería escribir libros... Una novela, la vida suya entera de aspiración y de pasión que le tenía convaleciente de heridas en el cuerpo y en el espíritu, pedía con decidido imperio plasmarse en forma viva.

Y á Mérida volvió con una sola mira: la de ejercer la Medicina hasta ahorrar el dinero necesario

para publicar el libro que habría de escribir en el tiempo que exigiese el ahorro.

En aquel hombre estaba ya precisa la ruta; dondequiera que se hallase habría de quedar abstraído, con la vista lejos, contemplando un camino recto que ya tendría siempre delante de los ojos. Algo se le había cristalizado en su espíritu con aristas vivas, de geométrica y cortante precisión: el triunfo de la vida entera, toda, y el triunfo de ella merced á la armonía inteligente.

Y encontrando en sí mismo un escritor, un médico, un padre, un hombre, trataba de orientar todos estos aspectos de su sér hacia un mismo fin.

Padre, de cuatro muchachos ya, por entonces, con los tres mayores, un varón y dos hembras, marchábase por las tardes á las ruinas romanas de Mérida, y allí, sentados en las piedras, iba tomando el recitado de las lecciones á sus chicos... Aritmética, Geografía, Historia..., lo que habían estudiado por las mañanas. Oía el padre, atento, soñaba quizás, á veces; resistía paciente aquellos relatos de conocimientos inútiles, que, en gracia á la necesidad de acatar lo establecido, imponía á sus muchachos, á ciencia y paciencia de su absurdo. Alguna vez el padre doblado de maestro jugaba á desconcertar á sus discípulos:

—¿El reinado de Don Favila? Bien está, ¿qué pasó?—decía Trigo. El discípulo recitaba lo que pasó. Conforme el chico se paraba, el maestro seguía preguntando: “Y después, ¿qué pasó?”, y el muchacho seguía. Pero al terminar el reinado y la lección, todavía continuaba el maestro, imperturbable, preguntando: “Y después, ¿qué pasó?”, ante la estupefacción del discípulo, que se quedaba perplejo y asombrado al ver que su padre quería que le hubieran pasado aún más cosas al bueno de Don Jaime, ó de Ataulfo.

El repaso del curso se hacía jugando al chito ó á los bolos. De sopetón, mientras ponían de pie el chito, una pregunta: “Á ver, Felipe, di, ¿qué hicieron los Comuneros de Castilla?”; en seguida otra á Júlia: “¿Qué son números primos?”; en seguida otra á Luisa: “¿Quién fué el padre de los hijos del Zebedeo?... ”

Dos hembras, dos varones; juntos aprendían todos ellos y las mismas cosas estudiaban. “El colegio de Trigo”, decían los bromistas del pueblo al ver que D. Felipe arramblaba con todos sus muchachos y con todos ellos marchaba á la escuela aquella al aire libre.

Así, discutiendo á veces profesor y discípulos sobre quién sabía mejor extraer la raíz cúbica, tal vez el maestro salía un poco desprestigiado en el litigio; pero, en cambio, lo que perdiera el dómine

lo ganaba sobradamente el padre, intimando con los hijos en camaradería de cordialidad é independencia.

Médico, no descuidaba tampoco su profesión. Era médico extraño aquel médico; ágil é inquieto, buscaba con avidez atrevida las teorías nuevas; pero no olvidaba cuánto vale el empirismo prácticón de los viejos remedios, que la tradición conserva entre las gentes... En *El médico rural* se cita el caso de un campesino que se sacó no sé cuántas lombrices de un oído llenándolo de miel; es auténtico el caso y en sus libros de clínica consta.

Los cuadernos de clínica muestran al novelista y al... erótico. Intercala observaciones de carácter psicológico social y se permite además alguna observación admirativa: "Fulana..., tal edad..., tales caracteres... *Una Venus*"... Otras veces no era tan neo clásico el comentario.

Su aptitud psicológica, su amable dón de gentes y su afán de racionalista que hace siempre cuestión de dignidad humana el vencer con inteligencia los males de la vida, le hacían lograr no pocos éxitos en la profesión y le llevaban á infundir como nadie fe admirativa y confianza á los labriegos, á quienes entregaba en ocasiones el dinero de la consulta, para que se compraran medicinas. "A ése no le cura ya ni D. Felipe"—dícese aún hoy por aquellas tierras.

Así ocurrió que, cuando planeada por completo su novela—*Las Ingenuas*—sintió que había llegado la hora de ponerse á escribir, comenzó el tormento para todos y comenzaron los conflictos. Él no quería visitar; no quería tener consulta en casa, para reducir sus visitas. Quiso dedicar la mañana á la novela y encerrarse en su cuarto; pero llegaban enfermos, gentes que venían á veces de los pueblos cercanos, y, ó Trigo tenía que interrumpir el trabajo que le reconcentraba y absorbía para atenderlos en el acto, ó allí se estaban horas y horas esperando á que el médico saliera, con gran consumición de la familia, que tenía que atender á aquellas gentes y que sabía cómo el otro, escribe que te escribe, no se acordaba ya de que estaban esperándole.

Cuando llegó el buen tiempo trasladó á un sótano de la casa la mesa, las cuartillas y el tintero, y allí pasaba el día, para estar más tranquilo y para que pudieran hacer creer á las gentes que no se hallaba en casa.

De este modo, en dos años, escribió *Las Ingenuas*.

El éxito fué enorme.

Un impresor emeritense, amigo suyo, le ofreció imprimir la obra gratis, á condición de repartirse las ganancias; pero, una vez impresa la obra, tuvo

miedo de que el negocio fracasara, y Trigo le compró la edición por quinientas pesetas. Otras quinientas le ofreció Maucci por la obra y no quiso cederla, prefiriendo correr el albur industrial por sí mismo y no caer en manos de editores. Cinco mil pesetas ganó con la venta de aquella primera edición de *Las Ingenuas*.

Fué tan elogiosa la mayoría de la crítica, que la actividad industrial del autor pudo aprovechar las circunstancias para hacer que por las calles de Madrid se repartieran profusamente prospectos en donde se anunciaba el libro aquel de un autor nuevo del que las grandes firmas decían los elogios entusiásticos que en el prospecto se insertaban.

Escribió *Sed de amar* inmediatamente después (1902-3) y preparó *Socialismo individualista*, su libro de doctrina en el que había de dar la visión general de su orientación ante los problemas fundamentales del conocer, del sentir, del gobernar... Es la clave ideológica de sus novelas; allí está, como sistema, la orientación doctrinal que en las novelas va envuelta en emoción de anécdota y de drama.

Siguió el éxito, cada vez más ruidoso—no de triunfo, sino de discusión—. La opinión y la crítica se apasionaban en torno de sus libros.

Alma en los labios vino á dar el golpe de gracia: un atrevimiento semejante en idea no se había visto nunca en las novelas españolas. No era, sin embar-

go, aquella obra un ex-abrupto; era la consecuencia lógica de un plan que, limitado en las dos novelas anteriores á la crítica dolorida de lo existente, y en un libro doctrinario á la exposición teórica de reformas utópicas, seguía recorriendo con imperturbable tranquilidad el camino que antes había ya indicado; seguía detallando con audacia lo que antes había dejado implícito.

Ya entonces tenía en construcción *Del frío al fuego* (1905).

En cada novela hubo un pedazo de su vida, pero esa región no he de puntualizarla, porque no trato de llevar á lo privado esta reseña por anecdótica que sea. Fuera, no obstante, de interés ir viendo emparejados al hombre del sensualismo aventurero y al hombre de la voluntad disciplinada.

Hay un pequeño documento de esa época que descubre al hombre de reflexión y de firmeza. En una octavilla de papel ha pintado un círculo y una flecha, como un reloj en donde una sola manilla indicara una hora concreta de decisión. Abajo, con letra menuda, escribe: "Tengo cuarenta años"; y á continuación sigue escribiendo, como en exposición á sí mismo, cuáles son los caminos que se le presentan, dadas sus circunstancias de momento, y cuáles son los pro y los contra de cada decisión. Gano con la medicina tanto—viene á decir—, lo suficiente para sostener mi familia; los libros me dejan tanto;

puedo escribir al año tanto; luego puedo ahorrar anualmente un líquido de x pesetas... ¿Basta con eso? No. Cantidad irrisoria, que permitirá una holgura mezquina, y que no me dejará margen para una vida de amplitud cuando todos los hijos entren en el estudio de carrera. "Esta es la cosa, *mon cher*", se dice á sí mismo, bromeando. Y concluye que, matemáticamente, debería esperar seis años de querer ir á Madrid en condiciones ventajosas; pero que, pasado ese tiempo, debería marchar allá á todo trance, para consagrarse de lleno á la literatura, so pena de quererse condenar, definitivamente, á un vegetar más ó menos lucido.

Tal como allí, en diálogo con el papel, lo decidió, tal como, en la práctica, lo hizo.

No es esta una excepción. Trigo apuntaba todo, reflexionaba todo. Soñaba mucho y siempre más; pero soñaba también con que la ciencia de la economía, de la disciplina reflexiva, pudiera hacer efectivos los ensueños. Toda su aspiración de armonía entre la razón y la vida, entre lo ideal y lo práctico está expresado en esa frase suya: "las bodas del ensueño con la matemática", que escribió pocos días antes de morir en el anteproyecto de su periódico *La Vida*. Y cien ensueños suyos fueron realidad á fuerza de constancia y de cordura. En una carta se recrea en suponer á sus hijos ya mayores, cada cual con su carrera: militar uno de ellos, arquitecto

otro, respetadas y famosas las hijas en el ejercicio de sus respectivas profesiones. No hay un paso en él que á eso no se encamine, y ahí están los hijos para decir si no fueron los días aproximándolos gradualmente á la realización del proyecto paterno.

Hace un hotel, y al emprender la empresa, á plazos, vuelve al papel y estudia: "Contingencias que pueden ocurrir con respecto al pago del hotel" y medita á seguido los riesgos que pueden sobrevenir y los remedios de que podría disponer en cada caso.

Así fué en todo este hombre á quien se le supone de conquista perpetua.

En arte ocurrió igual; podía tener su arte error de orientación; falta de disciplina y de trabajo vigoroso, ni un momento. Todo lo calculaba, todo lo reflexionaba, todo lo planeaba con meticulosa precisión, y luego corregía, y reforzaba y condensaba con severidad implacable.

Aún conserva la familia el argumento definitivo de Jarrapellejos; yo lo he visto: en un pliego de papel de barba, entero, había señalado con tinta, tantos compartimientos como capítulos iba á tener la obra, y en cada uno de ellos, con letra muy menuda y apretada, el programa puntualizado de todo el desarrollo: "primer capítulo: irán en coche á la invasión de la langosta; ella echa en cara al marido los galanteos"... etcétera: Así, toda la obra.

En sus cajones se han encontrado argumentos de-

tallados, sometidos á previa crítica, de más de veinte obras, algunos de ellos incluso con capítulos comenzados, y otros tantos argumentos iniciados nada más en una sola cuartilla ó en un título seguido de alguna ligera indicación.

Hombre de voluntad indomable, sí, pero no férrea. Hay quienes van inflexibles á su meta, sin ver otra cosa que su fin y sin importarles nada fuera de eso. Trigo, no; con avidez de adolescente para todo, no había tentación vital que no despertara su capricho, su inagotable deseo, sin cansancio, de disfrutar la vida.

Sentía siempre las embriagueces de un estudiante, nuevo de experiencia, á quien dan suelta.

Era capaz de olvidar todo en el momento, tal su capacidad de entregarse y sentir las seducciones; pero era, al mismo tiempo, tan clara y decisiva su orientación, tan soberano su dominio reflexivo, que jamás rodó arrastrado por ninguna embriaguez ciega, y siempre supo mantener y realizar por sus pasos contados, los trámites graduales de ese ideal que á solas, en sus momentos de reconcentración y plan de marcha, formaba en las cuartillas y se escribía á sí mismo para más tenerlo presente en la conciencia.

No era la voluntad que no se doblega ni decae; era la voluntad que tenía que salvarse á sí misma constantemente. El esfuerzo había de ser más poderoso.

Pero siempre venció, porque en Trigo tenía dos enormes defensas: una, la de no tolerar el dominio de ninguna pasión que su cerebro no aprobara; otra, la de saber lo que quería y lo que perseguía.

Su altivez de hombre racional era el resorte propulsor de su energía; y así, tan imperturbablemente llevaba á cabo la audacia más escandalosa, de aprobarla su reflexión, sin importarle lo más mínimo los ataques, los desprecios, las calumnias y todas las vociferaciones del orbe, como detenía, implacable, cuanto á sí mismo se negaba; ó como se escupía á sí propio si caía por debilidad, en lo negado.

Se trasladó á Madrid en cuanto lo juzgó conveniente.

En las cartas á su mujer iba describiéndole los cuartos desalquilados que veía, sin que ninguno acabara de decidirle, hasta que, por fin, halló lo necesario. "Es una entrada que asustaría á las gentes —decía—; pero, una vez dentro, el cuarto es tan bonito que hará olvidar la mala impresión de la escalera."

En efecto: los que hayan conocido aquella casa sonreirán al recordarlo. Allí conocí á Trigo personalmente, y no quiero acordarme de mi estupefacción al ir en busca de la casa y encontrarme con que la portera me llevó á un patio de cochera, empedrado, lleno de coches y de arneses, en pleno baldeo, oliendo á cuadra desaforadamente, y designándome una puerta al extremo de una escalera pina, con barandilla de madera, montada al aire contra el muro, como en las casas de vecindad —recuérdese la escalera del patio, en *La Revoltosa*, por ejemplo —, me señaló, y dijo: "¡Allí es!" Y pese á mi incredulidad, allí era, en efecto.

Cuarto hermoso, por lo demás, exterior, claro y amplísimo. En él acaeció mi primera entrevista con Trigo: la impresión de su aspecto fué verdaderamente deplorable; me pareció viejo y, sobre todo, me pareció un hombre de palo, efecto cómico al pensarle "especialista en amores." El trato, la intensidad de la persona ó su camaradería borraron luego el efecto de su físico.

Publicó *Reveladoras*, á poco de llegar á Madrid, en *El Cuento Semanal*. Luego, á poco, *La Altísima* (1906). Era el primer tomo que publicaba después de conocernos. "¿Qué le parece?", me preguntó. "Una equivocación", le contesté.

Y sigo en mi creencia: con tener hondas cosas esa obra, tal vez sea la única en que Trigo no vió claro lo que se proponía hacer y lo que hizo. La razón está acaso en que escribió la obra estando en él reciente, no terminada aún, la pasión de que se habla en el libro, y no pudo verse á sí mismo, ni ver la obra con la distancia suficiente.

Yo conocí por entonces á la protagonista, y sólo de este modo comprendí, por una parte, lo que se había propuesto Trigo en la novela—demasiado prolija y oscura—; por otra parte, la dificultad enorme de expresar la complejidad del personaje y del propósito.

Esta obra fué editada por Pueyo; la primera que Trigo no hacía por su cuenta. "Tiene cara de hom-

bre honrado y formal", dice en sus cartas, refiriéndose al editor. Le pagó por la obra 750 pesetas, y al ponerse á la venta se vendieron 600 ejemplares.

Parecerá insignificante, con relación á la venta, lo cobrado por el autor. Pero entonces Pueyo era el único que se atrevía á mover un poco la publicidad de las obras y á emprender por su cuenta negocios editoriales. Trigo, además, no pensaba que sus obras pudieran tener ya la importancia que tenían en la opinión. Hecho el escritor español á la idea de que escribir libros equivale á lanzar el esfuerzo entre unos cuantos, Trigo tardó en convencerse de que millares de personas esperaban con apasionamiento la aparición de sus novelas, y, pese á que en este país de poca venta, *Las Ingenuas* se habían agotado y *Sed de amar*, estaba agotada cuando la publicación de *La Altísima*, sólo después, viendo la acogida solícita de los editores, escribe Trigo en una de sus cartas á los hijos: "Me voy convenciendo de que empiezo á tener un nombre respetado." La misma sorpresa descubre en Buenos Aires. "Mi nombre corre por el mundo entre prestigios."

Y es que Trigo era á un tiempo mismo—como ya dijo él en su *Conferencia autocrítica*—soberbio y humildísimo. Se alababa á sí mismo y citaba en cualquier libro suyo párrafos elogiosos de la Prensa: confeccionaba él mismo anuncios laudatorios de sus

obras; pero no por vanidad, sino porque estimaba la obra, una vez escrita, como un producto comercial que debe ser difundido por los medios más eficaces de publicidad. Se engañan los que creen que Felipe Trigo escribía con la mira del lucro. Sus novelas eran escritas con absoluta sinceridad y con el rigor más implacable, sin darlas á la imprenta hasta que no quedara corregido el último detalle, aunque en esta labor tardara el doble de lo que financieramente pudiera convenirle. Pero una vez hecha la obra, y en todo lo que no afectara á ella intrínsecamente, Trigo se consideraba, no sólo autorizado, sino obligado, incluso, á que la obra alcanzase un máximo de rendimiento y de eficacia.

La Bruta está dedicada á *Francesca* no sé cuántos, nombre decorativo quién podría saber si de alguna italiana de abolengo... Pues Francesca era... la Paca, una camarera de café que tenía de guapa lo que no tenía de estirpe.

Por entonces también se hizo unas postales, en donde aparecía él de sombrero de copa, levita con vueltas de raso, gabán al brazo... ¡Matador! Y decía en la tarjeta: "Escritores ilustres. Serie A." Ni había tal serie, ni había más editor de las postales que el propio interesado.

Así sus obras todas habrán defraudado quizás á más de un lector que fuera atraído por signos exteriores. Su libro póstumo, que lleva un título de cha-

bacanería descocada, lindante con la literatura de quiosco, *En camisa rosa*, es un libro de inocencia, de amargura, de dolor, sin que la mostaza prometida por el título aparezca, hasta la última página del libro, y allí, fugaz y de soslayo.

¿Puso de intento Trigo ese título para lograr más resonancia? Supongamos que sí, aunque lo ignoro. No sabría decir si eso es legítimo y si más de una vez ha conseguido con este procedimiento que en este pueblo apático, lea y piense más de un lector que, atraído por la fama concupiscente, encontrase, al leer, más motivos de pensar y de sentir que de excitarse. Pero sí sé decir que esos procedimientos no transcendían á la composición de la obra, hecha con perfecta honradez, y que Trigo se reía, incluso en público, de esos expedientes espectaculares y reclamistas.

Un periódico de América y otro de Italia solicitaron de él una *interview*. Trigo se prestó á ella, y se las agenció de manera que los retratos de su familia y suyos tuvieran un aspecto de efectismo suntuoso. La famosa chistera y la levita salieron á relucir para retratarse en la escalinata del Palacio de Cristal, y así lo demás por este orden...

Al poco escribió un artículo—creo que en el *Heraldo*—donde venía á decir: “¿Que D’Annunzio tiene hoteles y palacios?... Pues nada más sencillo: se va uno á la puerta del Palacio de Cristal del Re-

tiro y ¡zás!, "Felipe Trigo saliendo de su casa..."

Pero aunque él mismo creyera seriamente en algunos momentos que aquella magnificencia de gran mundo era positiva y real, su fondo distaba mucho de estar contaminado por esas debilidades. Cualquiera que le haya tratado, poco ó mucho, puede decir si Trigo no era el hombre más ajeno á estiramientos encopetados. Este hombre que se retrataba de tiros largos, contaba ante cualquiera, ante los mismos enemigos que habían de criticarle luego, cómo en una ocasión que hubo de ponerse el frac, se le había quedado estrecho, y cómo tuvo que ir con un *smoking*, que guardado desde la prehistoria con el frac, olía á naftalina hasta el desmayo.

Trigo era ése, el que llegaba invariablemente tarde á una comida de etiqueta, porque mientras esperaba el agua para lavarse, se liaba á sacar en la mandolina el vals de moda, ó á enseñarle al amigo que estaba con él las fotografías que había revelado aquella tarde.

Era Trigo de trato encantador. Hombre que escribe, en efecto, no literato, se hallaba uno á su lado libremente, en presencia de una persona afable, generosa, cordial, constantemente llana.

No se podía estar quieto, por movilidad de imaginación más que de nervios; siempre había de estar ideando alguna travesura. Si nos reuníamos para leer algún artículo, algún trozo de obra que tuviera

entre manos, se interrumpía á cada paso la lectura. "Oye, ¿no podría subirnos la portera un café?" "Oye, ¿dónde estará el botijo?" "¡Espératel..." Y era para cambiar de asiento...

Cuando iba por la calle, tan pronto se paraba para mirar á una mujer, ó proponía un acertijo: "¿Á que conozco por la espalda las guapas y las feas?", como detenía la conversación para observar de los automóviles eléctricos. "Oye, tú, ¿no te parece que andan en zapatillas?"

Trigo, que siempre trabajó mucho, no se dió descanso desde entonces. Solicitado por publicaciones y editores en la madurez de su energía, sintiéndose lleno de motivos que transformar en libros, publicó, á más de sus novelas, como extraordinario dentro de su producción normal, cuentos largos, en publicaciones volanderas, como *Los Contemporáneos*, *El Cuento Semanal*, *El Libro Popular*; y una recopilación de cuentos de juventud que fué publicada en volumen con el título de *Cuentos ingenuos* (1909).

Escribió por entonces no pocos prólogos de gente novel que le comprometía; aprovechaba en ellos la ocasión para divertirse ó polemizar. En un prólogo se incluyó entre los médicos "insignes" que dejaron la Medicina por la Literatura, y se produjo instantáneamente el revuelo pueril con que el autor contaba. "Insigne—contestó—no quiere decir sino poseedor de un signo distintivo, y yo tengo una

mano anquilosada y un balazo en la sien: dos signos distintivos."

En *La de los ojos color de uva* hace viajar al protagonista y cambiar de tren, con arreglo á un itinerario que no existe; en no sé qué otro libro—*En la carrera*, me parece—echa cuentas de lo gastado por un personaje y equivoca el autor la suma. Eran disparates que Trigo incluía en la novela á todo intento, riéndose de antemano al pensar que no faltaría, de seguro, la observación de esa crítica cazadora de gazapos que juzga comprometido el valor de una novela si el autor no maneja al dedillo la *Guía de los Ferrocarriles* ó no se preocupa de comprobar las sumas.

Después de *La Altísima*, en Febrero de 1907, dió Trigo en el Ateneo su conferencia autocrítica, que incluyó en su segundo libro de doctrina, *El amor en la vida y en los libros* (1907).

Al año siguiente publicaba *La Bruta* (1908); publicaba luego *Sor Demonio* (1909), y *La de los ojos color de uva* (1908-9) novela corta que fué publicada en unión de *Reveladoras*.

Por esta época abrió un concurso *El Cuento Semanal* y nombró á Trigo del Jurado. Me consta que Trigo cumplió con imparcialidad su misión, porque me consta igualmente que quería premiarme un cuento que envié, y no me lo recomendó... por parecerle malo, como en efecto lo era.

En el año 1909, trasladado ya á la calle de la Academia, para que sus hijos estuvieran más cerca de San Carlos, publicó *En la carrera*.

Esta obra le atrajo bastantes partidarios: en ella encontraron que el autor parecía preocuparse por otros hondos problemas á más de los sexuales. No es que Trigo cambiara de orientación—no cambió nunca—; es que desenvolviendo su manera de ver, conforme el tiempo le dejaba ir estudiando en sus obras sucesivas todos los puntos de vista que en el vivir le interesaban, después de los exclusivamente amorosos, llegaba el turno á otros que, siendo igualmente informados, en parte, por el amor, según su teoría, mostraban igualmente otros aspectos. Tal, por ejemplo, *En la carrera*, *El médico rural*, *Jarrapellejos*.

No hubo cambio en él, porque estas obras las tenía proyectadas y determinadas ya cuando publicó las anteriores, como tenía asimismo otras tantas, que han quedado sin escribir porque así lo han querido las circunstancias.

Cuando publicó *En la carrera* me habló una tarde á mí de cómo á la novela del adolescente en crisis con la educación y con el medio, habría de venir otra—que vino años después—, *El médico rural*, la novela de él mismo en los pueblos, para estudiar varios problemas relativos á la crisis del hombre con carrera, en lucha con el medio; y des-

pués de ésta habría de venir otra—que no vino—del desastre de nuestra guerra colonial, en donde quería dar, sangrante, el desorden de la conciencia patria en la tragedia.

De Agosto de 1909 á Enero de 1910, escribió y publicó *La Clave*. Y en la primavera del mismo año, en poco más de un mes, trabajando sin descanso, para complacer á la casa Renacimiento que quería obras suyas, escribió *Las Evas del Paraíso* (1910).

Ya este exceso de trabajo le quebrantó un poco la salud. Apareció la primera queja de su naturaleza, trabajadora sin descanso.

En publicaciones periódicas se iban publicando otras novelas cortas suyas que habían de formar un tomo, *Así paga el diablo* (1911).

Fué á París Trigo por entonces; viaje de placer y de descanso, de donde trajo: bártulos para todos los de la casa—mandolinas, arpas, estereóscopos—una maniquí lindísima que se vino tras él desde Francia, y un señor que había sido aviador, se había roto la cabeza, y ahora se dedicaba á gestionar la explotación de un invento industrial de mucha utilidad, al parecer: un fundente mecánico para conseguir la soldadura autógena.

Trigo acogió la idea con vehemencia y se dispuso á dar dinero para establecer el negocio.

Fué otra de las obsesiones de Trigo: los negocios. Y no hay que extrañarse de ello: escritor por

circunstancialidad; escritor que escribe para propagar un ideal de vida en el cual sean innecesarios los ensueños leídos porque cada cual halle en su vivir los ensueños vividos, aspiraba á fundar algún negocio que trajera á su vida la prosperidad material, no tanto por afán de enriquecimiento, como por deseo de ser un hombre de acción como los otros, como los que triunfaban en la lucha.

Enamorado de la acción y del triunfo en la acción, no se resignaba á ser un intelectual, un hombre de visiones internas que se contentará con imaginar, sin inquietarse de realizar lo imaginado. Trigo quiere ser uno de tantos, un comerciante, un industrial, un ingeniero que instala su especialidad práctica, sin perjuicio de tener sus ideales de corazón ó de pensamiento para la región ideal de la vida.

Y lo mismo que establecía las visiones del porvenir en sus novelas, establecería sus planes en las cartas.

Escribe á su hija mayor, ausente entonces, y le refiere el negocio en planta, los informes que del asunto le han proporcionado, la manera de distribuir el trabajo entre los hijos, á fin de hacerlos hombres.

Fracasó el proyecto, como era de rigor, porque, bueno ó malo, Trigo estaba sobrado de buena fe y falta de tiempo para llevar cuenta del dinero que entregaba.

Pero en este negocio, como en algunos otros que intentó ó planeó, se ve, por encima de la más ó menos ilusoria confianza, la tendencia á considerar el negocio en doble aspecto: industrial y social. Dijérase que tanto como el ganar dinero y dejar en posición holgada á los suyos le seducía ensayar una organización colectiva, en donde el afecto de los lazos familiares viniera á facilitar el trabajo de una cooperación no basada sólo en el interés, sino sostenida y fomentada porque el afecto de las personas aumentase y diese cohesión viva á la mutualidad, y la comunidad de la obra y del esfuerzo fuese acreciéndo, á su vez, el afecto entre las personas que tomaran parte en la obra.

Por eso, comprendiendo acaso que estos negocios necesitaban demasiados conocimientos especiales y demasiada concentración para que pudiesen abarcar dos actividades heterogéneas, fué pensando cada vez más imperiosamente en el negocio periodístico, asunto que podría atender y del que podría entender, dentro de su normal actividad.

Cuando estuvo en París hubo ya de proponerle la casa Michaud la fundación y dirección de un gran periódico. Trigo detalló programas y prospectos, y ya entonces apareció su firme propósito de no aceptar la dirección del periódico, sin la condición de remunerar espléndidamente á sus colaboradores.

Pronto había de aparecer el mal que, aminorado

ahora, en tregua luego, volvería al menor descuido, para vencer al fin al hombre.

La neurastenia es el achaque de los hombres de acción, y Trigo tenía que padecer forzosamente aquella enfermedad, por razones fisiológicas, morales y hasta me atrevería á decir que metafísicas.

En *Las Ingenuas* aludió á sus nervios de señorita, nervios á flor de piel y á flor de alma. El estremecimiento sutil le escalofriaba con ventura ó dolor. No era un nervioso en apariencia, porque se contenía, porque el arranque explosivo del impulso, despertado siempre, se contrarrestaba con otro impulso de freno.

Los hombres de este modo necesitan para cada aparente impasibilidad ó para cada reflexiva decisión una tormenta interna entre elementos fuertes todos. En Trigo la mano firme y dura tenía que regular sus caballos indómitos y ardorosos. De ahí á la larga, un cansancio para los corceles y para el brazo del auriga.

Esto repercutía en lo moral: apasionado vehementemente de la vida, sensible á todo, tanta mayor delicia para el goce, tanto mayor tormento para la contrariedad y el desengaño, y tanta mayor irresignación ante lo codiciable que no llega.

Por eso después de sus grandes entusiasmos, en medio de su mantenida defensa de la vida, caía

Trigo repentinamente en hondonadas de negro desaliento.

Eran momentos nada más, treguas que él aprovechaba para descansar y recobrase. No conseguían desviarle de la resultante animosa, porque él tenía la convicción de que es el ánimo quien nos propociona el afán de la vida, pese á todo; y á sus desfallecimientos los llamaba cansancios, tentaciones que no responden á una existencia metafísica del mal.

¿Creía Trigo en esto porque *quería* creer, porque *necesitaba* creer—como son casi todas las creencias—y en el fondo quedaban los abismos de la sombra? Seguramente sí; en cualquier hombre hay esto, y más en él, que era intenso; pero aunque fuera así, no se permitía la contemplación de tales sombras, no por cobardía, sino porque, buen racionalista—demasiado racionalista, por desgracia—, lo creía inútil y aun perjudicial, ya que la tal contemplación podía quebrantar su fe en la vida terrena, y esta creencia en lo de acá era su dogma. Era un acto de disciplina humana el mantenerse sin mirar; pero harto subían rumores de allá abajo á sus oídos, y aunque no se manifestaban nunca en decisiones, en su silencio y en sus ojos, en sus distracciones profundas, bien podían advertir los que le conocían la enorme crisis de su espíritu, cercano á reconocer que estas idas y venidas por la prisión nos

aturden y nos distraen, pero no nos libentan (1).

Cayó en abatimiento... Le cansaba escribir, aunque no se cansaba de querer escribir; y cuando, sentado en el Retiro, pretendía tomar el sol y descansar, encontraba el consuelo de... planear una novela nueva y ver al hacerlo que no se hallaba imposibilitada su capacidad de trabajo...

Decidió entonces un viaje á la Argentina, para cambiar de ambiente y descansar...

Su estado como pasajero neurasténico dicho queda en su novela *Sí sé por qué*.

(1) En la imprenta estas líneas, publica el Sr. López Ballesteros en *El Día*, una carta de Trigo, en la que éste le escribía: «...los hombres, las mujeres, ¿somos así, como somos, porque somos y habremos de ser eternamente los monstruos de la vida, ó somos monstruos sociales á pesar de la vida hermosa que nos pone en el corazón la chispa del amor y la esperanza?» «Si usted, en vez de proponerse en la sombría y bellísima *Cueva de los buhos* arrojarle al público un palpitante pedazo de verdad, se hubiera propuesto en otra obra novelesca discurrir acerca de *la razón* de esa misma verdad trisísima, ¿habría encontrado en la profundidad de su conciencia motivos bastantes para afirmar que llevamos fatal, en nosotros mismos, por naturaleza, la duda y la maldición del amor, ó, por el contrario que, por naturaleza somos dioses y habremos, por el amor, de redimirnos sobre la gloria de la Tierra?»

«Si la respuesta hubiera de ser desolada, preferiría que no me la dijese usted, por preservar, en ansia de fe, mi voluntad de la cruel sinceridad formidable de un hombre de talento.»

Llegó á Buenos Aires á primeros de Junio.

El día 5 escribía á su hija menor esta carta.

Buenos Aires, 5 de Junio de 1911.

Vidita Luisa: ¡Oh, ansiosa de mi cariñol... Tuya es la primera carta de mi adorado mundo que recibo en Buenos Aires, y de ti fué, en unión de mamá, la primera que me saludó en Cádiz. Tu letra, tus frases, tus caricias, han querido y han sabido romper esta sensación de lejanía que el silencio multiplica al infinito. Acabo de recibir y leer tu carta, y ella ha puesto una lágrima de gratitud en mis ojos.

Mira, Luisa (y díselo tú á los demás): tanto miedo me causaba entregarme al pensamiento vuestro, á vuestra evocación, á la ambición de volver á recobrar el paraíso de consuelos que es para mí esa casa, en que desde mi Consuelo grande á mi Consuelo chica lo sois todos, uno á uno, que durante el viaje por el mar, aprovechando el narcotismo de dulce embrutecimiento que da el ir rodando por las olas, y luego aquí, en medio de la aturdida confusión que toda gran ciudad produce, he puesto la más violenta voluntad en rechazaros del recuerdo, como un bien que por su ausencia trocaríaseme en martirios, dejándoos vivir no más en el fondo del corazón, sagradamente. Quiero decir que he rechazado y sigo rechazando de mí el mimoso empeño

de atormentarme con la idea del brusco arrancamiento á la dulzura en que todos me habéis rodeado siempre, y sobre todo en estos últimos meses de mi tempestad nerviosa. Débil yo, necesité vuestra dulzura, y la tuve como un niño. Pero necesitaba ser nuevamente el enérgico y el confiado al mundo y á la vida, y ese acto de mi voluntad por huir de un sentimentalismo morboso, me está siendo saludable. Del niño enfermito y cobarde va quedando poco en mí... y tu papaíto, Luisilla mía, siente renacer otra vez el dominador dentro de mi alma.

Hablemos, pues, de mi viaje, de mis nuevas impresiones. Yo te diré, ante todo, que en este hotel, en esta tierra, tan separada de la que pisáis por tantas olas, echo de menos muchas veces tus cuidados, Luisa. Aquí tú no estás á la hora de levantarme y vestirme, para darme los gemelos ó el alfiler que necesito, para poner un poco de esencia en mi pañuelo... para despedirme, con mamá, á la puerta con mis besos, para darme tu adiós de "hasta luego" en un balcón... Pero de todas esas emociones yo hago un algo de poesía fugazmente lejana que forma mi esperanza, y ellas, dándome la seguridad de que yo poseo sobre la tierra raudales numerosos de cariño, déjanme mirar con alegría las nuevas cosas. Miro, y por mis ojos ven los negros ojos grandes, candorosos de esa niña inmensa y buena que es mamá; los ojos negros y ávidos é inquietos

de esa Julia mía y del demonio; miro, y por mis ojos ven tus ojos serenos, reposados, Luisa; y por mis ojos ve con mirada de ángel de la gracia nuestra Pilitina, y ven por ellos los del noblote Felipe, los del recóndito y saladísimo Manolo y los del granuja de Félix... golfo simpático y futuro estudiante prodigioso en cuanto se decida á estudiar.

Así, almuchas más, estáis viendo á Buenos Aires, porque yo lo veo... Y aunque bien sé que una sornita os hará decir que fuese mejor que lo vieseis al mismo tiempo por vuestros ojos propios, á mi lado, no estará de más que os resignéis por esta vez á esta extraña delicia de viajeros... sin haberos movido de esa corte.

¿Qué?... Ya estáis advirtiéndolo que bromeo, que estoy contento; es que me resigno también, afablemente, á que no hayáis podido acompañarme en este viaje delicioso, en este viaje interesante, digno, en realidad, del tiempo y del dinero que cuesta. Buenos Aires es un París por todos los conceptos. Os mandaré postales de él, aunque las que he encontrado hasta ahora son malas y no os darían idea de la magnificencia de esta capital inmensa. Yo me alegro mucho de haberlo visitado, porque si no, yo mismo ignoraría que había dejado de ver uno de los pueblos más hermosos del mundo. Tiene millón y medio de habitantes y una verdadera suntuosidad moderna en sus calles y palacios. Como á

país que es un gran centro de riqueza, todos los demás países, y sobre todo Francia, Italia, Inglaterra y Alemania le envían sus mujeres más hermosas. Sorprende el número de ellas que se encuentra á cada paso. Este *Hotel Majestic*, que es el mejor, el más aristocrático de Buenos Aires, tiene unos salones, y una terraza, y un *hall*, y un comedor que se transforman á estas horas en jardín de maravilla. Hay, principalmente, una italiana casada con un diplomático uruguayo, que es un hechizo de armonía: se parece á ti, Julia, en la cara, en la expresión... y ella me hace pensar (ella y todas las mujeres de aquí) que vosotras dos, Julia y Luisa, no queréis acabar de entender cómo el principal elemento de belleza se cifra en la física energía... en estar fuertes, en correr mucho y dormir mucho para ser walkyrias capaces de derribar á no importa quién de un puñetazo. La gatita madrileña, pálida y menuda, delgadita... se ha acabado aquí, y no se ve más ese tipo romántico de señorita *fina*, que vosotras por falta de orden seguís siendo también, entre las argentinas, entre las extranjeras del mundo entero que diariamente llegan en los grandes y lujosos trasatlánticos.

Bueno, nenitas; es que he querido con esto excitaros á comer más; ¿conformes?... También para Felipe veo lecciones por aquí. Disfrutando yo los encantos de este viaje, me acuerdo de ti, Felipe, y

de buena gana te transmitiría el ansia intensa de viajar, el ansia poderosa de no dejarte condenado á ti propio, y por ti propio para siempre á ser un modesto empleado que no pudiese hacer en su vida madrileña más que *chupar del bote*... No, muchacho; tienes eso como una seguridad, como un triunfo excelente de tus diez y ocho años, como una base contra las eventualidades del porvenir... y no por eso debes renunciar á ser algo grande en la vida, terminando tu brillante carrera de arquitecto y aspirando á despuntar al fin entre los mejores. Créelo, Felipe, créelo: es muy agradable triunfar un poco en la vida... y es al mismo tiempo muy sencillo, pues basta la voluntad, que convierte en un placer el trabajo. Tan sencillo, que en mí lo ves: yo no tuve consejeros á tu edad, ni casi medios de realizar, de prepararme á realizar nada extraordinario, y, sin embargo, dentro de la posible modestia española, mi nombre es algo que está repartido por el mundo entre prestigios.

Sin hacer yo nada para excitar ó estimular á esta Prensa americana, ella me rinde consideradamente sus saludos; y no sólo en los periódicos de Buenos Aires, sino también en los del Uruguay, Chile y otras repúblicas se publican diariamente noticias, retratos y caricaturas mías. Castillo va coleccionando cuantos puede; yo, más descuidado, apenas conservo las que tropiezo al azar ó las que me en-

vían. De ellas os envío adjuntas cuatro ó seis que tengo á mano.

Y corto esta carta aquí. Me llaman por teléfono. Mañana mismo, y expresamente para ti, Consuelo mía, seguiré escribiendo muchas cosas. No tengo tiempo de nada. Almuerzo y como casi siempre invitado, fuera del hotel.

Y adiós todos, y adiós, Luisa, á quien especialmente va esta carta... ya que también tú, hoy, sola y especialmente me has escrito. Está contenta por el éxito, que ya me indicas en los exámenes y por mí, porque estoy bueno y mucho más grueso y capaz de seguir escribiendo novelas hasta el día del juicio.

Cien mil abrazos.

FELIPE."

Fué allá con propósito decidido de no ejercer de literato: ni artículos, ni conferencias, ni más ocupación que la de pasear, conocer el país, tratar gentes...

No era esto poco, sin embargo, porque las visitas y las invitaciones de unas y otras gentes se enlazaban sin tregua; y así, cuando escribe refiriendo que se mantiene sin trabajar y que incluso ha retirado la promesa de dar una conferencia para señoras en un

teatro porque, en cuanto trató de trabajar, volvió el cansancio, añade que, pese á todo, su salud va tan en buen camino que pasa el día entero de visita en banquete y de reunión en almuerzo íntimo, sin notar cansancio, "¡yo que allá, cuando en casa había forasteros, no pude nunca resistir la presencia de un huésped durante un día enterol"

En 1912 publica *El médico rural*. Por la primavera cayó en abatimiento, y se fué al campo... Era pasajero el mal y no interrumpió su vida de trabajo. Por entonces escribió *Los abismos* (1913) y en ellos vuelve el campo á mostrarse como encalmador, como saludable curativo, por el oxígeno del aire y por la rústica sencillez de las costumbres. "No sabía, no había podido sospechar nunca tampoco, la comodidad de la humildad, ó, á mejor decir, de la pobreza, con tal que fuese limpia y un poco perfumada cordialmente". "... cuencos del café para el servicio de los dientes, esquilas de cordero como timbres, trípodes de palo con una tabla en no fácil equilibrio y que cubierta con toallas servían para sostener los trastecillos de tocador no menos que mesas de mármol y jaspes; y principalmente, y alrededor de todo, entre la limpieza mística de ermita, lazos, lazos y flores, muchas flores de los campos, del jardín" (*Los abismos*.)

Véase un trozo de carta en donde me habla de escenas á que alude en la misma novela.

“Te escribo en la cocina, á la luz de un mal quinqué de petróleo, cerca de una lumbre que me abraza, oliendo la liebre que sobre unas trébedes están guisando y teniendo al pie los tres podencos que ayer levantaron la liebre por el monte. No creas que es este un detalle fanfarrón, porque no la maté yo, sino un amigo, excelente cazador de un pueblo vecino y que ahora mismo nos acompaña tocando la bandurria al compás de la guitarra de Felipe.

„Bueno; en una mesita de la izquierda, donde reposa el tintero, hay en este mismo instante un tablero de ajedrez, dos discos de gramófono, un pan, un paquete de arroz, una botella de vinagre, una cebolla y el tres de espadas... Inventario que puede resumirte, mejor que nada, mi vida aquí, y que se cifra en comer, dormir, trabajar por la mañana y tratar de pasar las demás horas con el menor posible aburrimiento.

„Te engañaría si te dijese que me encuentro mal. No sólo de salud estoy bastante *acceptable*, sino que, lejos de ese Madrid, donde casi todo me era odioso (neurastenia), me va tal cual con esta campestre vida de niño ó de babieca, en que hasta de jugar á tirar piedras hacemos ó hemos hecho en algunas tardes de lluvia una excelsa diversión. Estamos reunidos mucha gente, entre mi familia y *parientes* y amigas de Julia y Luisa, y guardas y pastores. Unas veces

se baila la jota con candil y revuelan los refajos encarnados, y otras el *two-step* al fonógrafo, con *elegancia principesca*... y sin perjuicio de alguna gota de pringue de morcilla que destila la matanza. Si el día está bueno, cazamos ó paseamos, cogiendo ranas y berros; *constatamos* que el sol traspone las crestas de la sierra á su hora en punto y nos acogemos luego en torno de la hoguera (no lumbre) á mirar cocer una especie de tinaja de té, en torno á la cual espera cada *bebensal* ó *bebensala* con una tostada de manteca en la mano.

„La vida campesina, por lo demás, y claro que ya la conocía de mis tiempos de médico rural, no puede ofrecer un encanto de rusticidad sencilla á largo plazo. En los primeros días íbamos á las chozas de los pastores y gozábamos en oírlos y verlos componer sus sopas en caldero...; luego se conoce á las cosas y á la gente demasiado; con el trato se van viendo sus miserias y... ¡adiós idilio patriarcal!...”

Vuelto á Madrid, los cantos de las antiguas sirenas, olvidadas, tal vez, en el reposo de los campos, volvieron á armar guerra en los nervios del amor carnal incorregible. El reposo obligado de las enfermedades le tornaba al tumulto de los goces con más brío que nunca.

“Tengo en la boca un gusto á vida nueva”—escribía á su hija Julia en una de estas convalecencias en las que la misma enfermedad finge un ex-

ceso de contento, como en los períodos contrarios finge un abatimiento desmedido.

Llevó un verano de agitación y de sacudidas pasionales... No cesó por eso de trabajar y la enfermedad surgió de nuevo. Claramente vió Trigo que se trataba de fatiga acumulada que necesitaba persistencia en el cuido.

Se trasladó entonces á la Ciudad Lineal. Era la manera de tener despejo de campo y tranquilidad de alejamiento.

Allí escribió *Jarrapellejos* (1914) y *La Crisis de la Civilización* (1915). Allí, también, aquel hombre activo, en el sentido más dinámico de la palabra, en el de "no poder estarse quieto..." más que para escribir, se dedicó á carpintero y á fotógrafo.

Así estuvo tres años, sin vérselo por Madrid apenas, y al cabo de estos años surgió Trigo de sope-tón por todas partes...

Trigo tenía un libro terminado, y un tomito pequeño en prensa, y una novela corta entregada, y un periódico formidable en plan. Tenía un hotel, propio; una librería entera hecha por él; un armario con fotografías en colores, hechas por él, y un entusiasmo activo que le llevaba y le traía.

Por la ventanilla de un coche, la cabeza de Trigo que asomaba, un grito al cochero, un grito á un amigo que pasaba, para que se detuviera y explicarle...: Quería contar con su firma para un periódico estupendo.

En una cartera de cuero llevaba las *maquettes* y se las enseñaba al amigo... "Vaya por casa el jueves; he citado también á Fulano y á Mengano". De allí marchaba en busca de un librero que le informase respecto al precio del periódico... De allí á La Peña, para hablar del asunto con un capitalista de importancia.

En esto eran las tres de la tarde. "Bueno, coma-

mos juntos. Por teléfono, á casa, que no voy á comer."

Acabado de comer á las cuatro y media, recordaba que había quedado en reunirse en su casa con otros escritores. Iba... les hablaba del periódico, les enseñaba el hotel y las fotografías en color, obra propia; les hacía propaganda de la Ciudad Lineal é insistía, entusiasmado, con la idea de que pudieran venir unos cuantos amigos allí y reunirse en el jardín á cambiar impresiones... "¿Por qué no os quedáis á cenar? Eso es; quedaos á cenar." Y á veces no tenían más remedio que acceder, y la familia se encontraba con cuatro ó cinco invitados de repente...

Necesitaba expansionar su afabilidad comunicativa.

Hubo algún tiempo, la primavera pasada, en que se dijera aquella casa la casa de la dicha, de la prosperidad regocijada; todo eran venturas, satisfacción, alegría, contento de vivir y esperanzas frente al futuro.

Un hotel claro, alegre, con paredes blancas, con grandes ventanales por donde entrar el sol y el aire; abajo el gabinete de trabajo de Trigo, lleno de máquinas fotográficas, y el cuartito de revelar, hecho expofeso; el salón de billar y de música, el hall en la terraza, sobre el jardín; en el comedor otro pequeño hall confidente, con grandes cristala-

das también sobre el jardín,—el hermoso jardín con rosas frescas á diario, que venían á adornar los sombreros de las hijas—; y los inmensos y bellos eucaliptos sobre el cielo de Poniente.

Trigo podía contemplar todo ello terminado, construído bajo su dirección, ganado con sus obras; y en el hotel sus hijos todos... Julia intensa, rebelde, inquieta, de ágil travesura en cuerpo y en espíritu, bella y graciosa, comprensiva y audaz, voluntariosa, parecida al padre en no poco, en casi todo, revolviéndose contra el padre en arranques de independencia personal, que él mismo acababa por ver con tolerante complacencia, por lo que aquello suponía de entereza; Luisa, tenue flor de ternura y de constancia, idolatrando al padre, terminando la carrera con la respetuosa admiración del claustro entero; Felipe, hombre ya, ganando con su trabajo lo necesario para continuar su carrera de arquitecto sin gravamen; de ingenio despierto, agudo en el decir y reflexivo en el obrar; Manolo, oficial de Caballería, reposado, grave, de respetuosa formalidad ante las personas y las cosas; Félix, el truhán indómito, de salvaje independencia en las maneras y de cariñoso natural en el fondo. Pili, de doce años, robusta, alegre, hermosa, jugando el día entero por el jardín.

Hoy Trigo llegaba con un gran automóvil; mañana entraban un pavo real espléndido, una flor más,

viviente, entre las flores... Hasta el perro era un ejemplar inmenso, noble, magnífico.

Hubo una noche en la que pareció concentrarse el conjunto de circunstancias felices en un festival de amigos y alegría. Era por Mayo... La Exposición Beltrán estaba abierta, y fué Trigo al Palace Hotel en busca del pintor, amigo suyo. Íbamos á cenar aquella noche con Trigo y allá fuimos, en algazara alegre, con rumbo á la Ciudad Lineal, Federico Beltrán, su cuñado Narezzo, el escultor, Mariano Alarcón, Manrique de Lara, Carlos Soria... En la Ciudad Lineal esperaban toda la familia de Felipe y algunas lindas amigas.

Fuimos veinte á la mesa. Felipe refería sus proyectos y el resultado feliz de sus días: la fundación de una casa editorial marchaba viento en popa; el periódico *La Vida*, que pensaba fundar, contaba ya con la colaboración de los mejores y daría en España el ejemplo de redimir de miserias al obrero intelectual que ayudara á la empresa. Contaba cómo le miraban asombrados los artistas cuando les decía que en el periódico que iba á fundar, *La Vida*, serían pagados los artículos al doble que en cualquier otro lado, y lo refería con gozo, porque soñaba con enseñar la redención económica á los literatos españoles; contaba cómo tenía en plan seis tomos facilísimos de escribir; contaba cómo había descubierto aquellos días que sus tres hijos mayores

eran literatos de grandes aptitudes: Felipe había escrito una novela corta, de un humorismo singular; Julia, sin disciplinar aún, era la de la inventiva extraordinaria y la plasticidad en el estilo; Luisa formaba el diario íntimo con una prosa fluida y una sutileza en el análisis á un tiempo ténue y penetrante. (*En mi castillo de luz* (1917) publicado como obra póstuma de Trigo ¿no es de Luisa?)

Todo era prosperidad, satisfacciones, esperanzas...

Salvado de la neurastenia, que le había tenido en tiempos pasados á punto de tirarse á la calle, por la terraza del Casino y, camino de Buenos Aires, al mar, por la borda del barco; sano y fuerte, y contento, fecundo; en la plenitud de su carrera literaria, podía ver á todos sus hijos criados y en camino de prestigios, y ver, por lo tanto, la existencia con tanta exuberancia de ventura que para más gozarla en todo su esplendor se levantaba al amanecer todos los días, para oír cantar los pájaros y contemplar la luz del alba. "Me dice más un pájaro que todos los libros de la tierra", decía él, una tarde.

Tal vez aquella noche, sólo una persona, su hija Luisa, no compartía el regocijo general, porque se hallaba enferma á fuerza de tantos estudios, á fuerza de sensibilidad en carne viva y á fuerza de zozobras al haber visto al padre enfermo.

Hablando yo con ella aquella noche, ¿se acuerda, Luisa?, le decía: "No sé si es un inconveniente, pero no puedo entregarme á estas alegrías tan tumultuosas y embriagadoras, porque tengo la manía de estar viendo siempre más allá del momento. Me parece excesiva esta alegría... y pienso en qué secretos guardará á estas horas el destino..."

No era presentimiento; no se me ocurrió que fuera tan concretamente grave el secreto del destino; era sólo que, en general, me parece que son demasiados los dolores en torno, anejos al vivir, para que podamos olvidarlos excesivamente, y porque me parecía aquel jolgorio demasiado de embriaguez para que pudiera ser de ley y duradero. Presentía, eso sí, una reacción.

Era de ley, realmente. Trigo pasaba por la embriaguez optimista de la neurastenia en convalecencia; aquella exuberancia de alegría, que él juzgaba salud, era excitación, por el contrario.

Más de una persona en aquel tiempo aseguró que estaba loco. Y, en efecto, aunque lúcido y moderado, Trigo estaba loco.

Extraña situación desconcertante, por lo menos para los no conocedores al detalle, de este achaque del juicio. Porque la locura no consistía en la aparición de ninguna figuración fantástica y extraña, sino en la desmesurada prolongación, hasta lo insensato quizás, de las cualidades que, en su pru-

dencial medio, habían constituido siempre la normalidad de su persona.

Todo lo quiso gozar á un tiempo sin descanso: era bello el amanecer, era bello el silencio del trabajo, era bella la actividad enérgica para concitar voluntades, á fin de realizar la vasta empresa editorial que dignificase al escritor y realzara la industria literaria; eran bellos los frutos tentadores y sensuales, y bello reunirse con los artistas compañeros para animarlos y ofrecerles un salvador medio de trabajo, en donde la cordialidad camarada y el pago del esfuerzo, fueran inherentes é inseparables; bello traer á su revista á los propios enemigos, sin más mira que el interés de la obra entera.

Vea la Naturaleza en su jardín, risueña y seductora; vea á los suyos asegurados en prosperidad para siempre, en cuanto se formara la empresa que podía hacerlos millonarios; vea á su patria con una casa editorial que compitiera con las más espléndidas del extranjero que se enriquecen vendiendo... nuestros libros; vea un gran salón de exposiciones; vea la posibilidad de que, al amparo de las ganancias proporcionadas por los grandes autores, pudieran hallar crédito los noveles para editar sus obras por cuenta de la casa.

¡Locos ensueños? Yo no sé... Locos más que por nada por falta de medida quizás... Pero ¡qué generosamente locos!... ¡Qué honroso, al fin y al cabo,

que un hombre al enloquecer le dé por estas cosas...!

Estos temas habían sido siempre los temas persistentes de su vida. Solo que en su normalidad tuvo resistencia para renunciar, para esperar, para restringir la aspiración á la desesperante pero precisa limitación de lo posible; y ahora quiso gozarlo todo, soñarlo todo y trabajar en todo.

Cuando no se desgastaba gozando, se desgastaba trajinando; cuando no, pensando y escribiendo.

Hubo un momento en que paró. . La empresa del periódico estaba encarrilada y ya podía dejar aquel período de ir y venir, salir, entrar, y hablar con todo el mundo sin descanso. Abandonadas sus tareas normales en tres ó cuatro meses, quiso resarcirse del tiempo que perdiera.

Los tomos de las *Sonatas del diablo*, le esperaban... Se encerró tarde y mañana, y en quince días un tomo de 300 páginas marchaba, concluído, á la imprenta. El libro era ligero, ameno, fácil...

Pero la reacción de aplanamiento estaba allí.

La neurastenia, nuevamente, pujante como nunca, estaba allí...

Fácilmente irritable por cualquier nadería, caía en abatimiento y en mutismo, reconcentrados y tenaces.

Sin embargo, su razón funcionaba... Su personalidad consciente, tan dominadora de continuo—

jamás fué un hombre que no supiera lo que hacía—, tornaba en el reposo y en la meditación á ver su estado.

Tal vez no había estado loco, precisamente, en aquel tiempo, sino aturdido, ciego; en el estado de quien, dispuesto á correr, corre y corre de tal manera y tan sin tiempo, que no halla paz para mirarse. En cuanto se detuvo, halló que en un período de tres meses había estado fuera de sí mismo, y ¡se aterró!

Racionalista él, creyendo que no tenemos ni más seguridad ni más sostén que el discernimiento racional que descubre, regula y equilibra, nada peor para él que la locura.

“Vuelvo á ver las cosas con claridad—escribía desde Buenos Aires, sintiéndose curado del primer ataque neurasténico—y á no escribir con el terror de haber perdido mi cerebro.”

El último día que estuve en su casa, en vísperas de una ausencia veraniega, me dijo su mujer: “Felipe está caído, muy caído. Me ha dicho esta mañana que teníamos que arreglar nuestros asuntos, porque se sentía muy mal.” No supe más detalles, porque cambiamos de conversación al llegar una de sus hijas.

Tengo para mí que la obsesión de perder el juicio enloquecía á Trigo bastante más que la dolencia.

La posibilidad de caer en un definitivo estado de

inconsciencia le parecía tan horrible y además tan cobardemente fuera de lo que debe permitirse un hombre entero que á Trigo se le impuso aquellos días el suicidio—estoy seguro de ello—, no sólo como un alivio y como una sugestión inherente á la enfermedad, sino también como un deber.

Honda su amargura por verse privado de la vida, tan tentadora en variedad; honda, más que nada, por la amenaza suprema para él: “No poder escribir ya sin rendirse” Él, sin sus escritos, se moría. ¡Tragedia del hombre superpuesto que nuestro afán crea sobre el mítico hombre natural! *El hombre que escribe* había suplantado al hombre-hombre. Pero ante todo y sobre todo se le aparecía como posible el riesgo de arrastrar á los suyos y á su dignidad propia por un derrotero de insensatez y desenfreno irresponsable si volvía á perder la conciencia.

Él, que sostuvo toda audacia cuando la creyó defendible, reflexionada y permitida por sí mismo, no debía permitirse, sin embargo, aquellas otras de las que no pudiera responder, enfermo y ciego ¿Era él, efectivamente, despojo vital de sí mismo, condenado irremediable á quien sólo le queda el último y único resto de conciencia suficiente para ver su porvenir y cortarlo en el umbral mismo de la perdición? ¿Ó era espejismo de la enfermedad un diagnóstico tan severo? ¿Quién podrá decidirlo?

Trigo, á pesar de las crisis naturales de una vida que se quiere aferrar á la existencia, meditó y midió el caso como cualquier otro de su vida.

Subía algunas noches á la habitación de su hija Luisa, y mientras ella traducía, ordenaba sus papeles ó escribía, él fumaba en silencio ó conversaba...

“Según lo que tú dices de los locos, yo he estado loco en estos días”—le contestó una vez. Y le discutió el caso seriamente.

Otra mañana dijo, á Luisa también, en una de tantas conversaciones en las que comentaban entre los dos las obras que preparaba el padre ó que escribía: “Dime qué solución darías tú en un libro al caso de un hombre que se arruina como le sucedió á Fulano... ¿Tiene derecho este hombre á suicidarse?” “No tiene mucho que pensar el problema—contestó ella—; la solución en ese caso estaba clara, y si te refieres á cualquier otro caso, *el tuyo, por ejemplo*—abordó la hija, á fondo, saliéndole al paso de posibles pensamientos—ni tú tienes deudas, ni ruina, ni aunque la tuvieras estamos nadie ya en situación de no podernos ganar la vida libremente.

Entre los mil y un disparates que corrieron por Madrid á la muerte de Trigo, los menos ofensivos, pero igualmente falsos, concernían al asunto económico. Se dijo que se suicidaba por estar ahogado de deudas y hasta que había dispuesto del dinero de la empresa editorial que preparaba.

A esta suposición segunda basta contestar que los capitalistas no habían entregado un céntimo aún y que todos ellos mandaron cartas de sentido pésame á la familia; mal podía Trigo haberles malversado sus caudales. A la suposición primera se contesta: que la propia casa Renacimiento dice á quien quiere oírlo que los anticipos hechos á Trigo eran insignificantes ante el crédito que Trigo tenía abierto en aquella casa, con la sobrada garantía de sus libros en depósito.

Sin escribir Trigo una letra hubiera tenido recursos á montones para acrecentar sus ingresos, sin contar con que la empresa editorial, constituida ya ante notario, hubiera podido marchar sin gran esfuerzo y ofreciéndole no pocas probabilidades de fortuna contra ninguna de perjuicio, pues aun en el caso de fracaso, Trigo se quedaba, financieramente, como antes.

Lo único que ocurrió fué que Trigo—enfermo en esto—se vió agobiado por el pesimismo de la enfermedad, y como el único sostén de su energía era la confianza en sí mismo, al verse traicionado por la debilidad no razonó con la imperturbable claridad de otras veces.

Los gastos cuantiosos hechos en los meses pasados, por desenfrenada prodigalidad de su carácter, siempre desprendido, y determinados excesos de vida, le trajeron remordimientos, remordimientos

de hombre pundonoroso y de racionalista á quien no le ha servido la razón.

En el prólogo de su obra póstuma añadió párrafos de amargura y desprecio á sí mismo, que no existían en la primera versión del prólogo, tal como me lo leyera á mí mismo un mes antes, recién terminado.

Enfermedades nerviosas que todo lo agudizan fingieron en la conciencia hiperestesiada de Trigo neurasténico, una gravedad, y sobre todo un desaliento de sí mismo, que le llevaron á mirar el suicidio acaso con una suerte de atracción mística de purificación ó de descanso.

“Ignoraba que tuviera tal encanto el deseo de morir”, había puesto en boca del protagonista, en *Sí sé por qué*, tomando de sí mismo la experiencia... Y acaso la enfermedad traidora, la sirena eterna que acecha en nuestros nervios, en tanto que le desfiguraba todo lo viviente, aumentando su horror, le presentaba al mismo tiempo el más allá con un dulce atractivo de descanso, de sueño, de infinito.

“Tenía mi padre en la mirada aquellos días algo que no era de este mundo; parecía que sus ojos estaban más allá.”

Llegó el 2 de Septiembre.

Era sábado: iba á publicar *La Novela Corta* aquel día una reducción de *La Altísima*. Su hija Luisa, viendo decaído al padre, le propuso vestirse para

dar un paseo juntos, por la Puerta del Sol, al mediodía, y oír su nombre pregonado por todas partes.

No le sedujo grandemente la idea á Trigo; pero no se negó.

“Ya veremos más tarde.”

Su dejadez desalentada era grande; pero no mayor que tantos otros días.

Vagó por el jardín... Miró al pozo... El asistente de su hijo se le quedó mirando. Trigo hubo de notarlo y se apartó...

Pensaba marchar á su pueblo, por temporada, una criada antigua y fiel, “cazada en los montes” de Extremadura, como decía el mismo Trigo en broma cariñosa, y aquella mañana se le presentó ocasión de marchar, aprovechando la compañía de unos paisanos que hacían el viaje en ese día.

“No te marches hoy—le dijo Trigo—; dentro de poco nos vamos todos, y es mejor. No te marches.”

¿Tenía ya decidido el suicidio? ¿Ó más bien temía que tuviera aquella mañana más fuerza ejecutiva, lo que acaso llevaba en lenta y vaga, pero constante incubación á cada hora?

¡Quién sabe!... Cualquiera palabra adquiere en estos casos significación de gravedad.

Su hija Luisa estaba en el cuarto de baño, encerrada: para llorar. Acongojada por ver á su padre en tal estado, se pasaba los días en llanto... Sutilizados también sus nervios, oyó, con la percep-

ción aguda, morbosamente aguda, de las excitaciones neuróticas, cómo su padre subía la escalera, cómo marchaba por los pasillos al cuarto de su hijo (allí cogió el revólver), cómo volvía después, hasta llamar en la puerta del cuarto de baño:

—¿Qué haces? —preguntó.

—Me estoy bañando —contestó ella, para no verse obligada á abrir la puerta, y evitar de ese modo que el padre descubriese sus lágrimas—. ¿Querías algo?

—No.

Preguntó por su mujer: estaba en los quehaceres de la casa...

Nadie más había... Su otra hija, Julia, estaba en Los Molinos, Félix por la huerta, Felipe y Pili fuera, Manolo en Alcalá de Henares, de cantón...

Marchó al despacho, entonces...

Una vez, viéndole á Félix el revólver, habían comentado sus hermanos la inutilidad de aquel arma, que parecía un juguete. "Ya puede matar á una persona", dijo Trigo, considerándolo en la mano...

Eran las once... Trigo escribió una carta breve... De pie, delante de su mesa de despacho, alejado el revólver de la sien, para más eficacia—pues no se advertían en la herida las huellas de quemadura que suelen presentarse cuando el cañón se ha apoyado sobre la carne—, disparó.

La detonación se perdió en la amplitud de la casa

como uno de tantos ruidos del trasteo matinal...
Alguien creyó que era un portazo...

Pero la ausencia de Trigo y la zozobra de quienes, siempre temiendo, notaran su falta, les despertó la urgencia inquieta de ir hacia su despacho, en viva alarma. El pestillo estaba echado, nadie respondió al llamamiento, y la alarma entonces creció.

Escaló el hijo la ventana; forzaron el pestillo de la puerta...

Una herida en la sien con orificio de salida...

Ni habló, ni se movió... Dos horas de agonía, y á las dos de la tarde, la muerte.

SEGUNDA PARTE

SU OBRA

I

FUNDAMENTOS ESTÉTICOS, FILOSÓFICOS
Y MORALES DE SU OBRA

PLAN DEL CAPÍTULO

ARTE ÉTICO

Significación del arte ético.

Lugar del arte ético.

VERDAD VIVA

La novela ética como análisis y reconstrucción de la verdad viva.

LA NOVELA ÉTICA, AUXILIAR DEL NATURALISTA

Verdad viva implica unidad.

Unidad implica relación.

Relación implica política.

LA NOVELA ÉTICA, AVANZADA DEL POLÍTICO

LA VERDAD PARA TRIGO

EL BIEN PARA TRIGO

LA MORAL DE LA INTEGRIDAD

Por los sentidos, á la razón:

Por la razón, al convenio (conveniencia).

Por el convenio, á la bondad.

Por la bondad, al sacrificio.

EL BIEN, PRODUCTO NATURAL (SALUD) (CULTURA = CULTIVO)

EL BIEN CONSCIENTE, PRODUCTO NATURAL HUMANO (JUSTICIA. AMOR)

EL MAL PARA TRIGO

EL BIEN SOCIAL PARA TRIGO

(Socialismo individualista)

REMEDIOS SOCIALES



ARTE ÉTICO

Significación del arte ético.

La obra de Felipe Trigo no debe ser estudiada como obra de arte, porque ni lo es ni fué escrita con propósito artístico.

Trigo fué un analista, un crítico y un propagandista social; su obra tiende á examinar, á demoler ó á propagar, todo ello con fin ético. Es arte tendencioso, por lo tanto, y como tal debe estudiarse.

Pero esto merece aclaración.

La denominación de "arte ético" lleva á no pocas confusiones, porque las dos palabras son de tal condición que para vivir la una con significación plena y propia tiene que zafarse de la otra; por eso se encuentra uno á diario con que tan pronto se arremete contra el arte en nombre de la moral, diciendo que es cruel ocuparse de ornatos cuando la humanidad carece hasta de lo más imprescindible, como se desdeña el arte que se llama de ideas,

porque quiere sacar á la belleza de un egregio aristocraticismo indiferente ó ajeno á todo interés utilitario.

Intransigencias de partido todo ello.

Si al hablar de arte ético no se le da al término "arte" más significación que la de "habilidad para realizar una obra hermosa", y se entiende por "obra hermosa" la que produce en nosotros una emoción tal que nos lleva á identificarnos conmovidamente con el sentido de la obra, sea ó no conveniente á nuestros planes é intereses particulares, en ese sentido sí puede ser una idea hermosa, que es como decir atrayente, arrebatadora, insinuante. La elevación del concepto, la nobleza de la aspiración, pueden producirnos entusiasmo, y en este caso la emoción será legítima, alta, pura; pero las fibras que entonces se conmuevan en nosotros serán las que se relacionan con el bien, no las que se relacionan con la belleza.

Esto es lo importante que hay que diferenciar: la hermosura en moral es sinónimo de nobleza, de elevación, de generosidad, de grandeza; pero una idea moralmente grande, nobilísima y alta, puede ser mucho menos bella que una obra indiferente al bien ó perversa pero concebida y ejecutada por algún artista soberano.

Jamás llegará el día en que junto al *Caballero de la mano al pecho*, ó la *Gioconda*, ó la *Primavera*, de

Botticelli, junto á las obras más altas de belleza, se cuelgue un cuadro en el que no haya otra cosa que esta inscripción: "Amaos los unos á los otros", la más alta idea moral que haya sido nunca pronunciada.

Y á la inversa: una obra bella no nos hace adelantar un paso en el camino del bien por el hecho de ser bella.

En consecuencia, el arte que se llama de ideas, el arte de tendencia, de predicación, de tesis, demostrativo, empieza por no ser arte, por no tener que ver apenas con la Estética.

Si hay algo de belleza será exterior y tal vez pese á la tesis; pero no consecuencia ó condición intrínseca de ella.

Lugar del arte ético.

Esto es así, pero esto no quiere decir de ningún modo que el arte de tendencias sea un producto ambiguo, indefinido—ni carne ni pescado—, sin territorio propio y exclusivo.

Por el contrario, es conveniente detenerse un poco en este punto para ver de qué modo hay en el hombre tres maneras de obrar y sólo tres, genéricas, autónomas, precisas; y cómo en una de ellas puede la novela tendenciosa cumplir una mi-

sión determinada, que ningún otro género puede cumplir tan completamente como ella.

Si formamos una como tabla de categorías de la actividad espiritual humana, ó, dicho de otro modo, si enumeramos los departamentos *suficientes é imprescindibles, con finalidad peculiar y exclusiva*, que existen en el espíritu del hombre, veremos que hay tres departamentos, sólo tres: uno, el de los pensadores —matemáticos y lógicos—; otro, el de los contemplativos —místicos y poetas—; otro, el de los activos ó prácticos—moralistas y reformadores en general.

Ninguna de estas actividades puede ser suplida por cualquiera de las otras, y en el grupo final ocupa la novela tendenciosa un puesto indeclinable importantísimo.

Descarnan todo hecho los hombres del primer grupo —cerebrales—, y descubren el esqueleto de la ley que determina toda forma. Químicos, físicos, naturalistas, matemáticos, reducen á fórmulas abstractas y á ley los hechos de la naturaleza externa; psicólogos, estéticos, filósofos, reducen á fórmulas abstractas los hechos de la naturaleza de la idea.

Necesario todo ello para comprender y ordenarnos el mundo, pero no suficiente: sin ciencia no se vive pero con ciencia sólo nos ahogamos. Por eso, complementando á los científicos se dan los contemplativos—místicos, poetas, artistas puros, en ge-

neral—, hombres que perciben la esencia, la armonía de la ley directamente, más en emoción que en abstracto. Dícenos el científico que la llama es combustión y que la combustión es una oxidación fulminante; el poeta, en cambio, dirá: “la fiamma e bella”, y agotará, entusiástico, todas las significaciones expresivas de la llama, como tal espectáculo sagrado.

Altos y egregios grupos el de abstractos y el de contemplativos: acaso entrambos integran lo absoluto. Ciencia y Arte: una da la ley, otro la emoción del espectáculo.

Pero el hombre pide algo más, como tal hombre.

Contemplar las esencias será puro; lo supremo acaso en orden á lo divino; pero volver los ojos á la tierra pensando en que allá abajo quedan todos nuestros hermanos, sin ver y presintiendo la luz que nos embriaga; sentir al recordarlo la necesidad de abandonar el remanso del éxtasis divino para ir á redimir de su sombra á los ciegos, es más humano, menos puro; indica que la contemplación no nos ha cogido hasta el extremo de olvidarnos del mundo; pero como humanos y no divinos somos, acaso sea divinamente humano sentir este dolor terrenal que rompe, generoso y abnegado, la felicidad de nuestro éxtasis.

Cuando el hombre siente de esta manera nace el reformador, el apóstol. “¡También la llama es

calor, reacción para el yerto; energía, producción para el pobre; ahorro de trabajo y de esclavitud para todos!" piensa entonces el hombre. ¡La llama es bella, sí; también la llama es bella, y su belleza conforta acaso tanto como su calor mismo; pero hay hombres que no saben aprovechar el fuego de la llama ni saben contemplarla en su hermosura: preciso es enseñarles ambas cosas!"

Á esta necesidad responden los educadores, los reformadores, en general.

Esta esfera es, de intento, reducida, estrechamente humana. Un redentor diría que no hay más afán legítimo ni más mira digna que la de la salvación toda y eterna, que la de la verdad absoluta, bien y belleza ciertos. Pero estamos en el mundo de la limitación y de la economía: cada cual tiene que reducir su ansia del Todo y renunciar al "bien total" para conformarse con aportar un "mejor que antes". El reformador trata de hacer y de avanzar, no de llegar: su aspiración es el progreso.

Este es el tercer grupo de hombres ó el tercer aspecto de los tres que deben integrar al hombre.

En este último grupo, dejando a los maestros, que cogen al hombre desde niño, y concretándose simplemente a los que se dirigen ya, directamente, a hombres hechos, queda el inconveniente de que, mientras unos predicán empleando procedimientos exclusivamente cerebrales y pretenden demostrar

por razonamiento o por consejo la ventaja de una acción sobre otra, otros, en cambio, se ocupan nada más que de arrebatarse por la emoción, persuadidos y con razón, de que, si de conducir hombres se trata,—sea incluso a la muerte—consigue más que un dialéctico perfecto, una charanga.

Ambos, los que aconsejan y los que convencen, son defectuosos por parciales: los últimos convencen, pero no hacen caminar; los emotivos, en cambio, hacen caminar pero con rumbo al precipicio muchas veces.

Era necesario un sistema que emocionara y arrastrase tanto como las músicas arrebatadoras, pero que arrastrase a lugares previamente fijados por la visión serena y reflexiva.

Esto es lo que pretende el arte ético, la novela reformadora, al modo que Trigo la entendía.

LA VERDAD VIVA

Sólo al darse de esta manera la verdad, en conjunto unificado, de razón y emoción, tan compenetrado y fundido que la emoción lleve en sí lo razonable, se da la verdad viva de la vida: la vida analizada, primero, reconstruída, después, en su conjunto activo.

Este es el fundamento verdadero de la obra de Trigo.

La vida, según él, no puede ser explicada plenamente como no se la estudie entera, en vivo, funcionando. La vida se nos da en unidad de arte y ciencia, de pensamiento y corazón, de necesidades é ilusiones. La verdad abstracta de la Ciencia es á la verdad viva lo que es el cadáver al hombre; y si, según Aristóteles, una mano cortada no es mano, tampoco una verdad lo es completamente, biológicamente íntegra, mientras no se la vea conduciéndose.

Si esta "armonía armónica" de la vida, que el autor dice haber "repartido con la varia armónica armonía de la vida misma" por todas sus novelas, si esta unidad armónica se rompe y deja de estar cada órgano y cada función en su sitio, y todo funcionando con el equilibrio de simultánea reciprocidad que es la vida misma, deja de ser la vida vida y el hombre deja de ser hombre para caer en la condición de monstruo, por excrecencia patológica del cerebro, ó del corazón, ó del vientre, con menoscabo del resto y del equilibrio total, por lo tanto.

*La novela ética como análisis
y reconstitución de la verdad
viva.*

Disciplina que estudie así la vida, reconstituída en su integridad, no existe para Trigo, en ninguna de las ciencias particulares ya clasificadas: sólo se encuentra en la novela. "¿No os parece, en verdad, que siendo la vida imparable é impartible, la Anatomía, y la Fisiología, y la Psicología, que sólo pueden estudiar la vida en la muerte ó en la paralización y segmentación, son menos ciencias de la vida que la novela moderna, que la ha recogido, y la observa y la experimenta á la vez en su libertad absoluta?" (1).

Yo, glosador, no sé si es ó no es más ciencia, lo que se dice ciencia; pero desde luego parece algo propio, con eficacia y dominio inalienables.

Ese dominio pertenece á los artistas, á los novelistas, según Trigo.

El estudio de la vida... *viviendo* debían acometerlo los artistas, unos antropólogos artistas que tuvieron más en cuenta la emoción que la forma del cráneo.

Consagrados á la abstracción los filósofos, la vida en vivo la sentían, y estudiaban y reproducían

(1) *El amor en la vida y en los libros* (pp. 238).

los artistas; y así "habituados (los artistas) á desenredar con el conveniente método" el lío de lo vivo, del sér emocional vivo, "sólo ellos, al recibir como refuerzo el arma aguda y sutil del análisis, se encontraron adiestrados y capaces de desenmarañar-lo totalmente" (1).

*La novela ética auxiliar del
naturalista.*

Trigo vió en la novela un rango y un alcance que la inscriben entre las ciencias naturales con más razón que entre las artes.

„Va sufriendo la novela moderna una transformación tan radical, tan honda, desde que dispuso del análisis, que de simple arte que era se va convirtiendo en ciencia. Quien lo dude no tiene más que considerar la frecuencia con que se ha dado, á partir de entonces, la invasión de las teorías científicas en los novelescos relatos" (2).

"Zola, Gorki, Tolstoï, Pardo Bazán, D'Annunzio, France, Mirbeau"—escribe Felipe Trigo—"Cada uno de éstos es un biólogo. Lo es porque había una parte de Biología, la más importante, que estaba negada para la Ciencia por una ardua cues-

(1) *El amor en la vida*, etc., pág. 238.

(2) *Ibidem*, pág. 240.

tión de procedimiento; que estaba reservada intacta, por lo mismo, para la novela. Esa rama de la Biología, ó de su rama la Antropología, la forma todo lo que se refiere al sér emocional (1).

Por eso, "hombre", rechaza el nombre de artista "en cuanto significa el de un oficio social cualificado "y lo peor es, añade, que no puedo tampoco, novelista, aceptarlo como algo substancial, ni mucho menos, en la tarea de escribir novelas" (2).

Trigo formuló á este respecto todas las aclaraciones apetecidas: dijo por qué quiere ser arte su obra: porque es "el poderoso talismán que le da extensión al libro novelesco, superior al científico" (3); por qué no quiere ser arte su obra: porque la novela moderna "tiene que ver más con la pura reflexión que con el arte" (4); dijo por qué quiere ser ciencia y por qué, al mismo tiempo, no quiere ser ninguna de las ciencias catalogadas: porque "toda una vida, todo un amor no pueden reproducirse en el gabinete del psicólogo, ni cabrían debajo de su análisis sistemático y severo. En cambio, pueden reproducirse y caben bajo la amplia observación de una novela" (5).

(1) *El amor en la vida*, etc., pág. 240.

(2) *Ibidem*, pág. 238.

(3) *Ibidem*, pág. 238.

(4) *Ibidem*, pág. 238.

(5) *Ibidem*, pág. 238.

Véase por qué cuando en *La Altísima* se encuentra “el novelista” (trasunto del autor) con “el sábio” en un vagón del tren, y éste le pregunta al compañero si es novela el libro que prepara, éste contesta un “¡Claro!”, como diciendo: “¿Puede esperarse de mí otra cosa que la adecuada á mi propósito?” Véase también por qué rechaza los calificativos consagrados de artista, novelista — que le vienen anchos ó estrechos— y se califica “hombre que escribe”.

“Sentimental, intelectual y animal á un tiempo mismo, tengo el honor, querido cerebral, de ser un hombre desde la frente á los pies, pasando por el ombligo. Mi universo es grande, el de Dios, y lo pongo igual y lo medito y lo beso en unos labios de mujer que en una rosa (1).”

“Siendo hombre-hombre se está capacitado, y sólo entonces, para conocer la vida toda, la Vida (con mayúscula), la nuestra, desde luego, pero la nuestra *viva*; sólo conociéndola así por estudiarla hallándola en los demás y en uno—en lo que uno tiene de relación con los demás—, sólo así puede hablarse “en nombre de la Vida”.

La novela auxiliar del político.

Y habla “en nombre de la vida.” “¿De cuál?”, preguntale Unamuno. Y él contesta: “De ésta, nada

(1) *La Altísima*, pág. 178.

metafísica ni abstracta, de los barcos por el mar, de los astros por el cielo y de las gentes por las calles; de esta en que se esquila á los perros de lanas dejándoles una borla en el rabo, y en que si uno no se aparta de la vía lo parte por el eje el tren; de esta de las rosas, de las sonrisas de alegría y de la fresa á diez reales..." (1).

Y aunque no creo que él pudiera probar tan fácilmente como lo dice que "no hay más vida que esa", lo cierto es que esa vida, esa vida que si le falta á un hijo de Unamuno, Unamuno solloza, existe, sin disputa, y la conocemos todos sin titubeos en lo que concierne á determinadas actividades, y que, por tanto, determina con bastante claridad el territorio que Trigo escoge para objeto y campo de sus obras.

De esa vida y para esa vida va á escribir sus novelas, y como en ella no hace relación á la vida eterna, ni á la íntima, individual, sino á la social, á la ciudadana, vida política ha de ser, en resumen, la vida que le ocupe; y este género de novela, por tanto, deberá ser una avanzada del político: un previo estudio de la vida en activo en donde los gobernantes aprendan á ver las necesidades verdaderamente vitales de los hombres y los pueblos.

Es la misión moderna del literato para Trigo: "Si en la Revolución francesa flotaron dos nombres de

(1) *El amor en la vida* (pág. 11).

filósofos, Rousseau y Voltaire, en la Revolución rusa acaban de flotar dos nombres de novelistas, Gorki y Tolstoï" (1).

"En Francia ya van llamando los políticos á los novelistas para hacer leyes"; y añade, no dejando lugar á confusión—: "Yo las preparo".

De ahí que dedique *Jarrapellejos* á D. Melquiades Álvarez y resuma en el prólogo cuanto va dicho en estas líneas: "Yo, desde la majestad de mi independencia de "hombre que escribe" (no de *artista*, ni de *novelista*, dejemos eso para los del castillo de marfil) en nombre de la Vida, que no es de marfil, sino de angélica bestialidad de carne y hueso, le digo á usted", etc. (2).

"Si por artista, en el sentido social, se entiende una especie de fante colgado ante el pim-pam-pum de la crítica, para divertimento del público; una suerte de sér ridículo y profesionalmente selecto todo hecho de vanidad y para la gloria, para la pasión del Arte, y para su despacho, y su teatro, y su ateneo, no soy, ni puedo, ni quiero ser esto monstruoso, sino mucho menos, mucho más: *un hombre* hecho para la vida, y que se la finge escribiendo porque no la encuentra; *un hombre que escribe...* y que daría todas sus escrituras y las de los demás

(1) *El amor en la vida*, etc., pág. 242.

(2) *Jarrapellejos*, pág. 6.

por un poco de la felicidad del bello y amplio vivir que aún no hay en la Tierra" (1).



Y bien, si Trigo pretendía preparar gobiernos con sus novelas, forzosamente había de tener algún sistema ideal determinado, porque gobierno es eso, aplicación práctica de un fundamento ideal previo, reforma de la realidad con arreglo á una norma. Lo que se reputa como bueno y lo que se reputa como verdadero es lo que se trata de hacer vigente.

LA VERDAD PARA TRIGO

¿Qué es, pues lo verdadero, para Trigo?

De lo verdadero metafísico no sabe nada, ni le inquieta, ni lo considera necesario.

Su posición es puramente activa.

Aunque supiéramos unos cuantos, por haberlo estudiado, dónde vamos y de dónde venimos, quedaría en pie la cuestión decisiva: ¿Y los otros?

(1) *El amor en la vida*, etc., pág. 230.

¿Puede ser democratizada la cultura? Éste es el problema previo que interesa á todo removedor de sociedades.

¿Qué hacer si la salvación está en la Ciencia, y la Ciencia no ha terminado aún de decidir?

Y aun cuando hubiera terminado, ¿cómo aprender todos en poco tiempo, razonadamente, lo que exige una consagración especialista y larga para ser dominado?

Cuanto más respeto se conceda á la Ciencia y más creamos que la especulación exige cuidados absorbentes y exclusivos; que en ella el diletantismo es indecoroso, y la improvisación imposible; que sólo triunfará en Ciencia quien se entregue á ella en cuerpo y alma, tanto más se nos agiganta el interrogante patético: ¿Qué se habrá de hacer la parte de humanidad que no puede consagrarse al estudio?

(Se ha dejado para ella el recurso salvador de la fe, talismán del que no sabe. Pero la fe ciega ya no sirve; que no sabemos ya si el lazarillo que nos manda tomar impulso es un alma vidente y caritativa que quiere avisarnos para que saltemos el río, ó es un pícaro cualquiera del Tormes que nos engaña para que nos rompamos la crisma contra un poste.

Acudir en demanda al faraón que se dice representante del Misterio supone duplicar el conflicto y

tenernos que convencer de si el faraón no nos engaña y de si no se engaña á sí mismo. Ya no hay más fe posible que la sabiduría suprema de saber cuándo hay que abrir los ojos y cuándo será inútil abrirlos y preferible abandonarse. Pero para tanta discreción hay que ver más que nunca.

Queda la vulgarización... Pero la llamada vulgarización no significa lo que nos figuramos: ni en arte ni en ciencias puras hay vulgarización: ni el cálculo infinitesimal, ni la *Gioconda* pueden ser vulgarizados jamás. ¿Cómo podrán saber los incultos en dos días lo que al especialista le cuesta diez, veinte años?)

¿Qué hacer, pues? ¿Tendremos todos que aprender griego, y alemán, é inglés, y chino para conversar con los Sócrates del ayer y del hoy y pasarnos la vida en eso? Bien para los que hagamos de ello profesión ó para los predilectos de la suerte; pero, ¿qué será de los pescadores de Galilea? ¿Podrán atender á Platón, Santo Tomás, Descartes y Kant al mismo tiempo que á la mar, á la barca, á la red y á los hijos?

¿No hay en el mundo más? Si sólo pueden salvarse por la Ciencia unas cuantas docenas que consagren su vida entera á ella, ¿van á quedar el resto de los hombres reducidos á repetir la Parábola de los ciegos con el gesto trágico de Breughel?

Trigo ha pensado en la cuestión.

El protagonista de *El médico rural*—que habla por cuenta del autor—, expone sus dudas y tanteos á un jesuíta misionero que pasa por el pueblo.

Allí se habla de la certeza, de la inmortalidad, de la presciencia divina, sin que los argumentos del misionero ni los estudios propios logren resolverle sus dudas.

Aquel hombre, sin embargo, se halla “incapaz de resignarse á seguir cruzando por la vida sin un norte ideal”; y debatiéndose de este modo entre su pensar, su ansia de fe y sus sombras, logra formarse un “racionalismo escéptico y extraño, rectificable”, que nada afirma, pero que nada niega, y que le sirve para caminar por el mundo todo lo firme que es posible.

Llega á pensar, después de muchas dudas, que si bien es verdad que no sabemos nada ni del origen ni del fin, no es necesario tampoco saberlo para determinados pasos de la vida, que habían de ser los mismos, sea la que fuere la solución. “¿Dios el principio?, ¿la materia?” Igual cuesta suponer á Dios increado, como á la materia increada.”

“Yo, conforme con los dos bandos, el de teólogos y el de cosmólogos, no conforme con ninguno, he fallado la cuestión con plena sencillez:

“El Universo, ordenado tal como se encuentra, se encuentra así desde el Infinito. Los mundos en el

Universo y los hombres en el mundo, digo que como raza son eternos, increados... hasta que se me demuestre otra cosa" (1).

Transformismo ó no transformismo y explicaciones semejantes, ¿qué más dan para el caso? Si el hombre se parece al gorila en esto y se diferencia en lo otro, lo importante será saber cuanto antes esas analogías y divergencias, sea porque venga de él y lo superó, sea porque nacieron parecidos en algo y desiguales en el resto. Desde el momento en que todos nos alegraríamos de tener determinadas ventajas que nos faltan, y esas las podemos obtener poniendo manos á la obra, dejémonos de más, y si sabemos nosotros utilizar la máquina, poco nos importa—por lo menos para su manejo—saber quién fuera el inventor.

"En cuanto al remoto porvenir de los confines del tiempo... ¡oh, descansa!... si este mundo es un tren que allá nos lleva, allá iremos, donde sea, sabiéndolo ó sin saberlo" (2).

La misma posición toma frente al problema de la certeza y de su garantía. Aunque sea nuestro conocimiento parcial y relativo, es lo cierto que hay determinadas creencias que nos ofrecen una relatividad... absoluta.

(1) *El amor en la vida y en los libros*, pág. 40.

(2) *Ibidem*, pág. 45.

"Sé y no puedo saber si lo que sé es falso; pero sé" (1).

Así en los demás puntos: *sean* las cosas como se quiera, es lo cierto que podemos ir las manejando en determinados respectos terrenos, así como podemos sembrar, y cultivar, y recoger, aunque nada sepamos del misterio de las germinaciones.

"Y sobre todo piensa esto: si la materia es eterna, lleva en sí propia su destino y su fin. Es decir, que no *vamos* á ninguna parte, sino que *estamos* desde lo Infinito. La cuestión, por lo tanto, no es *ir* sino *estar*. Aquí, en el buen mundo de las flores con brazos y con besos y con su más ó menos cerebro" (2).

La cuestión es estar, hacer lo más llevadera posible nuestra estancia. Y cómo las cuestiones de estancia vienen á reducirse, en consecuencia, á cuestiones de Estado, por eso Trigo consagra su atención á los aspectos de gobierno, de relatividad, de oportunismo, de avance, de armonía circunstancial, de progreso.

(1) *El médico rural.*

(2) *El amor en la vida, etc.*

EL BIEN PARA TRIGO

¿Y el bien? ¿Qué es lo bueno para Trigo?

Siendo el problema de la vida una cuestión de *estar*, el bien deberá de ser para quien tal piensa... un bienestar.

Para Trigo lo es, en efecto.

El bienestar del hombre consiste en la satisfacción normal de sus deseos naturales.

Toda aspiración al bien se manifiesta por medio de los deseos y todos los deseos aspiran al placer, de una ú otra índole.

"... y cada vez que he visto á éstos (á los gatos) dormir en los sillones, junto al fuego, tranquilos de haberse relamido bien después de haber comido y jugado con las gatas, he pensado: la felicidad consiste en la simple satisfacción de los deseos" (1).

"Los instintos, desde los menos complicados á los más altos, no tienen en su esfera de impulsión otra finalidad que el placer; todo lo demás son orgánicas consecuencias independientes de ellos mismos" (2).

Y en otra parte dijo:

(1) *Socialismo individualista*, pág. 103.

(2) *El amor en la vida*, etc., pág. 69.

“Vivir es llenar grata y sabiamente la vida de placeres. Toda la misión de la inteligencia está en eso, en saber crearlos, en saber volar con inocencia sobre los colmos ó tormentas de placer de los sentidos” (1).

LA MORAL DE LA INTEGRIDAD

Pero los instintos y deseos, como son ciegos, tan pronto quieren una cosa como se les antoja la contraria: no todos los deseos deberán ser igualmente fomentados.

“Sobre la base fisiológica del hombre es fácil comprender que hay deseos (propensiones) naturales, deseos también falsos, artificiosos. De la voluntad de realizar aquéllos se deriva una libertad natural, legítima; de la voluntad de satisfacer éstos, una libertad ingrata para el mismo que la ejerce” (2).

Léanse bien estas palabras, porque de lo contrario pudiera entenderse todo esto—peligroso y escurridizo—de manera bien contraria á la voluntad del glosador.

Hay deseos que deben ser fomentados y deseos que deben ser suprimidos... en bien de los deseos principales. Es decir, que se impone un convenio

(1) *Alma en los labios*, pág. 238.

(2) *Socialismo individualista*, pág. 104.

entre las tendencias múltiples del hombre, tendencias que, solas, son defecto, que son, unidas con otras, excelencia. El instinto de placer, solo y soñero, degenerará en materialismo: unido á la razón, incluso á ésta dará jugo.

El bien, en este caso es, pues, un equilibrio dinámico, como la vida toda, una cooperación de fuerzas simultáneas que, apoyándose unas en otras se auxilian mutuamente y se sostienen.

Este contrarresto de fuerzas en activo implica el concepto del hombre como un ser íntegro y uno.

Es la integridad humana lo que para el bien se requiere por lo tanto.

Por eso, á los que pudieran caer en excesivo animalismo los advierte el autor:

“El hombre tiene la animalidad que le atribuye el paganismo, pero tiene también la espiritualidad (intelectualidad) que le atribuye el cristianismo“ (1).

Y en cambio, á los que quieren hacer del hombre un ser abstracto, de razón pura ó puro espíritu, les arguye que el cristianismo se excedió en sus reivindicaciones queriendo denigrar la animalidad, y aboga por el hombre completo:

“Perfección humana, pues, en buena hora. Pero según la Naturaleza. Y como la Naturaleza nos ha

(1) *Socialismo individualista*, pág. 91. (Sobre este error de equiparar la espiritualidad y la intelectualidad, se volverá más tarde).

dotado de cabeza, tronco y extremidades, según la más elemental anatomía, acaso no haríamos mal en entender la perfección con respecto á la integridad del humano sér, tratando de perfeccionar al mismo tiempo la cabeza, el corazón, el estómago y los brazos y las piernas“ (1).

No perdiendo de vista este concepto de la integridad natural, quedan en su puesto el sensualismo, el materialismo y el antropologismo de Trigo.

Por los sentidos, á la razón.

Su sensualismo y su materialismo consisten en elevar la materia en vez de abandonarla.

“Sé feliz con tus sentidos; pero no juzgues con ellos“, dice una bella frase de Camilo Mauclair, que fija claramente la diferenciación.

Se ha hablado de los cerdos de Epicuro—tópico sin justicia—; pero es que si el hombre se degrada á la condición de cerdo siguiendo sus deseos, será porque tenga deseos de cerdo, no de hombre, y no podrá ser culpa de nadie que el hombre que tiene de común con el cerdo la noble animalidad que al cerdo como cerdo dignifica, se quede en tal y no, añadida á su condición digna de bestia todo lo de-

(1) *El amor en la vida*, etc., pág. 45.

más que le diferencia de ella y le hace hombre, hombre digno desde los pies á la cabeza.

Cuando habla de deseos antropológicos no hay tampoco que incurrir en la torpe confusión corriente de creer que sólo se trata de los deseos del estómago ó del vientre, y no del corazón ó el pensamiento.

“Los deseos se tamizan en la razón, librándose de artificios“ (1)—dice Trigo—, y creo que con esto queda aclarada la intención. Sólo serán deseos naturales, verdaderamente antropológicos, aquellos que, tamizados por la razón, sean favorables á la marcha total del individuo, á la expansión total, a-placer todo. No será, pues, deseo bueno todo lo que desee el individuo, sino solamente aquello que le favorezca.

*Por la razón al convenio (con-
veniencia).*

Toda moral—la individualidad y la social—dependen de esto.

Porque si se ha dado por supuesto que nuestra “integridad“ es el equilibrio de las tendencias humanas mutuamente contrarrestadas, se tendría, en consecuencia, que, así como el hombre que quiera ser íntegro individualmente tendrá que hallar con-

(1) *Socialismo individualista*, pág. 119.

venio entre sus varios deseos personales, así el hombre que quiera ser íntegro socialmente, tendrá que hallar convenio entre su persona y las demás.

Convenio es conveniencia, Y siendo el hombre antropológicamente un "animal sociable", la conveniencia antropológica será esa: la de entrar en convenio cada cual con el resto del universo, para convertir en aliado lo que pudiera ser enemigo.

Algo de esto debió pensar Felipe Trigo, porque dice en uno de sus libros, textualmente:

"Es bueno y justo socialmente todo lo que *le conviene* al individuo" (1).

Con lo cual se ve que el individualismo rabioso queda purgado de egolatría, puesto que se modera con tres palabras de formidable disciplina moral: lo justo, lo social, lo conveniente.

"No hay conflicto de la libertad natural con la libertad civil y la libertad moral. Ó lo que es lo mismo: el pacto social tiende á la armonía de las libertades naturales" (2).

Por el convenio, á la bondad.

Hay un punto común al interés del todo y al de las partes:

(1) *Socialismo individualista.*

(2) *Íbidem*, pág. 107.

“Dentro de la lógica amoralidad de una universal perfección concebida en esta forma, la humana vida hallaríase sujeta fatalmente á una serie de mudanzas capaces de engendrar *una moral que al impulso del egoísmo y bajo la dirección inteligente, podría llamarse conveniencia*. Conviniendo á cada cual y á todos ser buenos, lo seríamos“ (1).

Egoísmo y dirección inteligente, insuficientes cada uno aisladamente, entrambos se completan, formando una conveniencia bien entendida que á todos favorece.

Por la bondad, al sacrificio.

No obstante... Eso no basta.

Decir que una moral debe fundarse en “la conveniencia bien entendida” es decir poco, porque entonces toda seguridad queda pendiente de como entienda cada cual la conveniencia.

El sacrificio, por ejemplo ¿entrará ó no entrará en la conveniencia?

En la moral de Trigo entra, sin duda.

Por lo que respecta á su persona, bien claro está que, pese á todo, aunque predica como ideal “vivir la vida”, se convierte en “hombre que escribe” y

(1) *El médico rural*, pág. 147.

no que vive y que, aun predicando como finalidad de la vida la dicha y los placeres, expone su vida y la de sus hijos mismos á las contrariedades y peligros de ir contra no pocas convenciones rutinarias.

Y no es contradicción entre el dicho y el hecho; es que Felipe Trigo sabe bien que no podremos abandonarnos á vivir mientras el orden de la vida no sea propicio al abandono.

“Cuando todo era pelea, cuando ardía la sociedad de punta á punta, y de ser á ser, en guerra que la haría saltar y transformarse... sería insensato que aspirase nadie á la calma y á la felicidad, sólo posibles después de la victoria” (1).

Aunque la vida no sea ir, sino estar—según Trigo—, bien claro se ve que ese estar es un ir también, un ir á la conquista de un estar ideal, puesto que no nos resignamos á estar de cualquier modo.

Trigo protesta del “navegar es necesario, vivir no es necesario”, pero el hecho mismo de protestar es navegar, y es que, en rigor, Trigo protesta por una cuestión de fin y no de medio: es necesario navegar porque es necesario vivir, y la necesidad de vivir nos lleva á navegar y á hacer de la navegación nuestra vida.

(1) *La sed de amar*, pág. 400.

La diferencia entre Trigo y los del navegar por navegar está en que Trigo supone—como todos los reformadores políticos—que el día del triunfo, del vivir por antonomasia, ha de llegar alguna vez.

Y como, sea ó no quimérica esa confianza, lo cierto es que la travesía á esa tierra de promisión ha de durar más que la vida de un hombre, resulta que al aceptar Trigo la guerra, al aceptar la navegación dura y penosa, aceptaba la posición moral de quien se decide á pelear á conciencia de que no ha de ser él quien recoja los frutos de su esfuerzo.

... Y se podría decir: En Trigo, bueno, la dificultad está salvada porque tiene facultades para descubrir con buen sentido, la conveniencia más elevada. Pero, volvamos con respecto á la moral, á la misma pregunta que se hiciera con respecto á la ciencia: ¿Y la moral de los restantes?... ¿Puede ser democratizada la moral? ¿Sólo podrán ser buenos los que tengan buenas entendederas?

Para un Sócrates, tal vez no haya problema, pero los trajinantes no socráticos, que á más de no comprender bien, están vendidos ¿cómo habrán de aceptar las privaciones, si no esperan ninguna recompensa, ni divina ni humana? ¿Cómo si se les dice que la vida es la satisfacción de los deseos, podrán aceptar después la austeridad del “por nosotros y no para nosotros?” ¿cómo no caer en las consideraciones corruptoras de “para cuatro días que

vamos á vivir“, si al fin todo se acaba, para qué molestarse? “este mundo es un fandango...” y tantas otras?...

Trigo responde á todo eso: en cuanto eduquéis á un hombre sano y limpio dejará de asentir á tales máximas.

*El bien, producto natural (salud),
(cultura = cultivo).*

Trigo, que sólo se preocupa del progreso, ha citado en sus libros una frase de Letamendi que fija bastante la cuestión. “El progreso—dice Letamendi—no es un tren que corre, es un árbol que crece“ (1).

El progreso, por tanto, es obra de la evolución natural, y no se construye, ni se inventa, sino que se cultiva.

La labor de cultura es de cultivo en lo que á su parte de hacer respecta. No se debe inventar nada; se debe descubrir, aprovechar, favorecer; no estorbar, más bien. Nada de directores de humanidad, en cuanto que un señor, con más imaginativa que los otros, quiera someter á la humanidad á un experimento nuevo, como á quien se le ocurre intentar un nuevo guiso. El mejor director es, aunque no lo sepa, un dirigido.

(1). *Socialismo Individualista*; pág. 5.

“Dirigir, ¡qué tontería! Cree dirigir el que va delante y ni dirige *ni va empujado* (Unamuno). Dirige la gravitación universal de los centros de los astros y de los centros de las vidas. Si puede ir delante la gota de agua que tiene detrás á otras muchas del arroyo, es porque en nada de las demás se diferencia, y rueda como todas. Cuestión de sitio” (1).

Y como al pensar esto pudiera presentarse la pregunta de ¿Para qué el cultivo si el árbol ha de crecer de todos modos?, bueno es observar que, en opinión de Trigo, el cultivo no es algo necesario sino en cuanto queramos cada uno que el árbol crezca más deprisa ó que crezca en determinadas condiciones

Así, cuando Trigo aplica este criterio al problema del Socialismo,

“¿Será inútil preocuparse de este problema?—se pregunta.

“Para el hecho de su resolución definitiva completamente inútil—se contesta.—El solo se dará resuelto”. Pero añade en seguida, completándose:

“Para el modo más ó menos violento é ingrato de su resolución, no es inútil tomarlo en cuenta como labor social trascendentísima. Es una perspectiva de gobierno” (2).

(1) *El amor en la vida.*

(2) *Socialismo individualista*; pág. 202.

El bien consciente, producto natural humano (justicia-amor.)

Aplíquese este criterio al problema de por qué nos decidimos á vivir aunque es seguro que hemos de morirnos y al problema de por qué nos decidimos á luchar aunque sepamos que no hay premio; y en ambos contestará Trigo que es la salud, que es la energía—el árbol mismo—quien resuelve.

En un bello pasaje de *Alma en los labios*, siente la protagonista, al contemplar la tumba de su madre, un ataque de desaliento y amargura: sus ilusiones, sus ideas, sus venturas irán allí también como los de aquella madre suya que amó tanto la vida... El momento de depresión es hondo y duro. Pero se consuela al cabo; y se consuela ¿por filosofía y por razones...? No: porque es joven, porque está sana y fuerte y reacciona su energía al ver el cielo alegre, y por el cielo, en un globo, á sus hijos; porque ve á su perrazo inmenso que viene hacia ella, dando saltos, y se tiende el sol sobre una tumba sin preocuparse de que él también habrá de irse á la tierra. “¿Por qué si de una eternidad venimos sin espanto nos espanta otra eternidad?” se dice al cabo la mujer razonando el problema; pero esta consideración reflexiva no viene sino luego, cuando su energía

venció la depresión pasajera, y no viene á demostrar nada en realidad como no sea la razón de la sinrazón de no entristecerse ante lo triste, la razón de la vida toda que quiere vivir á todo trance.

Exactamente igual se resuelve el problema de decidirnos á luchar en vez de arregostarnos a lo cómodo. El trabajar por el progreso es una necesidad imperiosa para el que nació progresista.

Ese árbol del progreso que crece aunque nosotros no queramos, no solamente crece, sino que se crea asimismo sus jardineros cuando siente en su evolución, la necesidad, no sólo de crecer, sino de crecer de una manera determinada.

No es que, por lo tanto, la Naturaleza vaya por un lado y que el hombre, por otro, se pueda ocupar ó no de la Naturaleza, según quiera. Es que el hombre es naturaleza también y sufre el influjo de los imperativos universales, como cualquier otra cosa de este mundo. Mi acción puede modificar la vida; pero la vida me ha inducido antes á la acción. En todo esto, pues, se cierra un ciclo en el que la Naturaleza se modifica en sí misma por el intermedio del hombre. Todo reformador, para hablar propiamente, no deberá decir: "Siento ganas de reformar la vida", sino "la vida siente en mí ganas de que yo la reforme".

(Donde se dice "vida", dígase "ley unitaria de la conciencia", si se quiere).

Cuando llega la hora de luchar el hombre sano, dueño de todas sus facultades vivas, siente tal amargura ó rebeldía al ver el mal, que en vez de ser arrastrado por sus deseos cómodos y personales que dicen "aprovéchate del naufragio", es decidido por sus instintos generosos, que le dicen: "la compensación mayor á todos los trabajos es la de sufrir por una causa noble".

Esto es lo humano, esto es lo privativamente humano, *porque el hombre es el único ser que ha traído á la vida, por vez primera y única, los principios conscientes de nobleza, de generosidad, de simpatía: de "justicia", y de "amor", en dos palabras*; Y lo mismo que es natural el egoísmo en todos los seres, es natural en el hombre, á más del egoísmo, el sentido de amor y de justicia.

Por eso cree Trigo que los problemas de moral se reducen á cuestiones de normalidad.

La integridad da el equilibrio; y la salud la integridad antropológica.

Según este criterio, no es que la razón nos dicte la conveniencia y nos convenza de que sabemos obrar así, es que la normalidad de nuestro ser sano nos impone al mismo tiempo y, antes de nada, la razón.

Razón y hecho, son, digámoslo así, la flor y el fruto de una sola necesidad de la vida que quiere madurar porque está sana y le llega su hora.

Es el instinto y no la inteligencia quien impulsa.—La inteligencia no hace más que ayudar al instinto, más aún que descubriéndole caminos, previendo obstáculos.

“El mundo, mundo, y mi razón una especie de farol para irme alumbrando en sus tinieblas” (1).

Por eso la ciencia no puede ser vulgarizada y, en cambio sí puede ser democratizada la moral: porque se basa en el instinto más aún, que en la ciencia.

El instinto no conoce la verdad, pero... la lleva dentro... Sabe donde quiere ir, pero no sabe como ir... La inteligencia conoce los caminos, pero como conoce tantos, no sabe bien por cual decidirse...

Sólo cuando razón é instinto coinciden es cuando el ser marcha de acuerdo y la vida humana se produce en su integridad antropológica. Sólo cuando la razón, no invente, sino que descubra, nada más, el cauce que convenga á un tiempo mismo al instinto y al hombre será cuando esa integridad se realice conscientemente.

EL MAL PARA TRIGO

El mal es para Trigo, por lo tanto, un desequilibrio de la integridad de nuestro sér, producido por

(1) *El amor en la vida y en los libros.*

la atrofia ó por el exceso de una cualquiera de nuestras facultades que, ó no funciona cuando hace falta, ó funciona demasiado, dificultando el funcionamiento de las otras.

En lo físico, por ejemplo, se tiene: la fatiga es exceso de trabajo y falta de oxigenación; la tuberculosis, carencia de defensas orgánicas, ó por desgaste excesivo de energías, ó por debilidad y constricción de ansias naturales; los tumores, corrupción de la sangre por ensuciamiento hereditario ó adquirido á causa, principalmente, de profilaxis descuidada; la neurastenia, trastorno nervioso por excesos, sea en el placer, sea en la moderna competencia, insensata y febril, de trabajos. Nada de esto existiría en una sociedad donde la higiene pública y privada fuesen normales y donde el trabajador supiera que un Estado-justicia y no verdugo, cuidaba de darle el pago de su esfuerzo y de velar por los hijos si muriera.

Exactamente igual en lo psíquico: las llamadas virtudes son casos de equilibrio, que dan por resultado la corrupción cuando ese equilibrio se rompe.

El *amor* da, por corrupción, la lujuria y los celos; la *emulación* inteligente—base de toda noble superación—da por corrupción la *notoriedad*; el vano afán de distinguirse; el sentimiento de filantropía, que nos lleva generosamente á dirigir á nuestros hermanos ciegos por el sendero de luz que descubrimos, lleva por corrupción al caudillismo, á con-

ducirlos en provecho de nuestros apetitos, aprovechándonos de nuestra mayor maña y de su ceguedad. El sentimiento estético, por corrupción da el lujo; y así, la comodidad, poltronería; el ocio, vagancia; el fervor, fetichismo, y tantos otros... No habría tal si una educación natural ni atrofiase ni exasperase lo legítimo, y si una sociedad limpia y lógica dispusiera su régimen justamente del modo opuesto á la de hoy, donde todo son trabas para lo legal y facilidades para lo ilegítimo.

EL BIEN SOCIAL PARA TRIGO

Socialismo individualista.

Del bien individual, al bien social.

El bien del individuo debe ser el punto de partida y el único propósito de todo orden social.

Lo que convenga al individuo será lo que determine la forma de gobierno.

Y como la integridad social consiste—según lo dicho ya—en un convenio entre cada individuo y los demás, se tiene que todo se reduce por un lado á determinar los intereses individuales (*derechos*); y por otro á determinar las restricciones que á cada

individuo le imponen los intereses individuales de los demás (*deberes*).

El armisticio entre derechos y deberes es una cuestión de economía, de organización.

Toda organización social supone la necesidad de delegar en un cuerpo administrativo, en un gobierno, en una autoridad, que deberá ser elegida por todos, y que al serlo, deberá ser suprema. Este concepto lleva al *socialismo* como forma, como instrumento de gobierno, pero deja vigente el individualismo, el fomento del individuo, como única finalidad y esencial necesidad que á tal gobierno justifique.

Por eso llama Trigo á su gobierno *Socialismo individualista* (1).

El gobernante, pues, deberá saber: por un lado, cuáles sean las verdaderas tendencias naturales del hombre—esto lo dice la Antropología y lo dice el Derecho natural—; por otro, cuales sean los procedimientos eficaces para fomentar gubernativa-

(1) «¿Individualistas? ¿Socialistas? ¿Por qué no á la vez individualistas y socialistas?—dice en su libro *Individualismo y socialismo* D. Álvaro de Albornoz—. «El socialismo es, según Bernstein, la tendencia hacia una sociedad basada en la asociación. Y el fin de la asociación es *multiplicar la potencia individual*...» «Tiene razón Posada, el insigne maestro: «Va siendo hora de pensar si individualismo y socialismo no son como opuestos, más que dos abstracciones, dos ideas que no traducen la realidad positiva.»

mente esas tendencias: esto lo dicen la Economía y el Derecho políticos.

“... no puedo concebir otro socialismo — dice Trigo—que aquel capaz de conciliar todos los intereses de la comunidad con toda la “libertad natural” del individuo; es decir, *una síntesis realizada por la Antropología con la tesis de la Economía y la antítesis del Derecho*” (1). Socialismo éste—dice Trigo—que vendrá á libertar al rico mismo, esclavo actualmente del pobre, como éste de aquél.

Esta forma de gobierno es para Trigo una formación orgánica natural, y por lo tanto este socialismo tendrá que llegar fatal, inexorablemente, cuando le llegue la hora, porque lo impone la naturaleza misma de las cosas, pero será imposible que llegue, sin embargo mientras no se produzcan determinadas transformaciones previas, sin las cuales todo intento de instauración llevaría á un fracaso del sistema, no por inservible en sí, sino por prematuro.

*Transformaciones sociales que
harán posible el bien social.*

Trigo anuncia en su libro *Socialismo individualista* las transformaciones que son imprescindibles para

(1) *Socialismo individualista*, Introducción.

la posibilidad de ese gobierno: Unas "previas" (impuestas por la cultura, independientemente del socialismo), pero sin cuya posibilidad absoluta no es posible el socialismo": transformación de las nacionalidades, de las aptitudes individuales; de la receptividad para las enfermedades (degeneración orgánica) y para los vicios (criminalidad); del amor y de los deseos. Otras "transformaciones consecutivas (ó impuestas por el socialismo) sin cuya posibilidad no es posible el socialismo tampoco": transformación de la propiedad, de la herencia, del trabajo y de las jerarquías, de la mujer como entidad social, del hogar (1).

Aunque tiene en cuenta Trigo todas estas transformaciones, y á todas alude en sus novelas, formando el subsuelo de la obra entera esta visión total de su doctrina, escogió la cuestión sexual como punto de especialización, y á la cuestión del amor y de los deseos, á sus ramificaciones y á su alcance, dedicó íntegro el esfuerzo.

Las razones que tuvo para ello, en el otro capítulo.

(1) *Socialismo individualista*, pág. 31.

II

EL PROBLEMA SEXUAL

PLAN DEL CAPÍTULO

EL PROBLEMA SEXUAL

Influjo en la adolescencia.

Influjo en el hogar, en la sociedad, en los hijos.

SOLUCIONES APARENTES

Solución económica.

Solución educativa.

¿REPRESIÓN?

Insinceros.

Equivocados.

Fracaso histórico de la represión.

CULTIVO

EL PROBLEMA SEXUAL

Influjo en la adolescencia.

El problema sexual es para Trigo el primer problema de la vida, el más general, el de más alcance y el más pertinaz de todos ellos.

El primer misterio que aparece ante la conciencia atónita del niño es sexual, en efecto.

Ayer dormía la criatura con la madre ó se vestía en la alcoba de la hermana; al día siguiente, separación, comentarios velados, explicaciones del hecho en "ya es un hombre", ó "ya es una mujer"; y la criatura, que no ha perdido aún la inocencia, no piensa todavía, afortunadamente, ni puede comprender—pero algo queda—que la precaución así expresada se funda, sin escape, en que la naturaleza de la madre ó del hijo, ó de los dos, es de tal condición monstruosa que pudiera originar deseos de continuar en proximidad de desnudeces.

Nada de esto piensa el niño, porque su carne está más limpia que la precaución de los mayores; pero la estupefacción ha dado así el primer aviso. Pronto vienen otras circunstancias á continuar la labor: padres, contertulios, familia toda, comentan con enternecimiento y regocijo la próxima boda de la hermana; prepáranle la ropa, el lecho mismo; bromean los amigos alusiones indescifrables, pero harto deladoras de malicia, y al llegar al secreto, otra vez el secreto, de la alcoba, todo se vuelve reservas y cautelas. Hay algo evidentemente, que los niños no deben conocer, aunque no será tan punible cuando los padres lo conocen. "¿Por qué la única cosa que ocultan en la vida es la que precisamente se relaciona con la hermana, la casta azucena del hogar, y con motivo de un suceso que se cumple en la casa de Dios al son del órgano?"

Nada explican al niño, por respetos sagrados al pudor, al candor, al rubor...

Quedan las revelaciones á cargo de la literatura pornográfica, los criados, los amigos mayores y los descubrimientos solitarios.

El ángel de candor, de pudor, de rubor, se encuentra en disposición de escoger: ó promiscuaciones de colegio, ó desenfrenos de imaginación sobreexcitada, ó excursiones clandestinas á... ¿dónde? ¿Dónde ha de ser si aún no dispone el muchacho de dinero, ni de representación suficiente para acudir á

los "establecimientos dignos y legales"! Á lo clandestino habrá de ir; á carnicerías humanas tan miserables y bajas que, faltas de parroquia, tienen que aceptar lo que les llege, sin reparar en inocencias ni si es poco ó no es poco el dinero.

El muchacho va adquiriendo una vaga opinión sobre el asunto, que pudiera expresarse así:

"Mi padre no puede ignorar que todos los muchachos hablamos de este asunto entre nosotros y curioseamos cuanto se puede. Él á mi edad se habrá encontrado en las mismas circunstancias. ¿Por qué entonces no me habla de esto, claro y bien, si sabe que otros van á hablarme de ello, fatalmente, y, por añadidura, turbio y mal?"

Claramente se le va alcanzando al muchacho que lo que le ocurre al padre es que se encuentra en un atolladero irremisible.

Quiere hacer creer al hijo que al tener la edad del padre podrá saber lo que hoy le ocultan, porque entonces tendrá reflexión para no caer en tentaciones. Pero el hijo ve que son precisamente los mayores, los de la edad reflexiva, los que mantienen la industria pecadora. No hay tal, pues. Cuando él sea mayor como papá, podrá —ya lo dicen ellos— "comer huevo", comer de cuanto comen los millones y millones de padres que van á estos lugares tan á escondidas como el chico. Lo que el padre pretende, pues, no es defender al hijo de un peligro que

luego desaparece con la edad, sino engañarle para que descubra lo más tarde posible que con la edad el problema se agrava y no desaparece.

Todo va aprendiéndolo el muchacho á fuerza de mirar por las cerraduras de la vida. Pero todo se lo calla con precaución, porque, al régimen de silencio en los padres, régimen de silencio en los hijos; á la ocultación, ocultación; al disimulo, disimulo.

Después, la práctica completa lo que comenzó el noviciado. Un ansia indefinida va consumiendo, en unos, la resolución, la alegría, y dejándoles un desencanto precoz en plena sed. Otros, recelosos, misántropos, quieren ocultar, más aún que sus acciones, sus pensamientos. Otros, reclusos, para más garantía, en colegios de sacerdotes, al mismo tiempo que aprenden á pervertir el amor, aprenden á no respetar á los representantes del Altísimo—pagando con esto la fe culpas de sus ministros.

Los afortunados, ¡oh fortuna irrisoria!, que logran iniciarse con mujer, sólo tres caminos de amor se le ofrecen, y en los tres tiene el enamorado que amordazar á su conciencia:

Ó seduce muchachas libres, inocentes, aún puras,—camino de mentir, perder y abandonar.

Ó salta los cercados ajenos,—camino de traición y abuso de lealtad.

Ó busca á las profesionales,—simulacro de amor que achabacana, enferma y no satisface.

Este es el bautismo del hombre en el sacramento del amor.

Á tal bautismo del nacer, tal creyente luego.

“Así yo, por ejemplo—dice Trigo, y son palabras escritas ya en la crisis de su muerte—, así yo, por ejemplo, que en los besos de mi madre recibí toda la infusa ciencia necesaria para ser un hombre de ternuras y altruísmos..., en los besos bestiales de la vida horrenda fuí poco á poco recibiendo, después, toda la infusa ciencia fatal y más que precisa para haber llegado á ser esto tan desalmado, esto tan repugnantemente idiota que se llama *un Don Juan*” (1).

Influjo en el hogar, en la sociedad, en los hijos.

En otros aspectos de la vida matrimonio, hijos, sociedad—, aparece el factor femenino influyendo con igual decisivo imperio.

No hablemos—¡y cuánto habría que hablar!—de las enfermedades venéreas, consecuencia, en gran parte, del régimen sexual que mantenemos.

Reduciéndonos á las influencias morales, ¿adónde no alcanza el influjo de la mujer?

La política se hace por polítics, humanamente

frágiles ante la tentación y así sabemos á diario de aquéllos que malversan fondos públicos para sostener con joyas y automóviles á la mujer que se lo exige; sabemos de estos otros que no niegan la concesión de becas y de empleos á los recomendados por su esposa; y sabemos por la historia del ayer y del hoy, cómo á manejos de mujeres diplomáticas se ha debido más de un cambio de Estado. Tiene la mujer sobre el hombre la ventaja terrible de que puede usar el recurso de su propia persona para expugnar la firmeza del enemigo, y puede acudir al arma de la concupiscencia manejándola con el arte magno de la mañosidad y el disimulo, adquirido en la escuela de una experiencia secular.

Y es fácil que esta falta de escrúpulos abunde en la mujer, porque todo la favorece: mujer que se decide á ser venal tiene en su mano los poderes, el festejo público de todos y hasta el honor social, si es lista; en cambio, la que cae por inocencia ó por engaño, se encuentra despreciada, despedida, y con tantas facilidades para ir al mal como dificultades para retornar á la vida moral de antes del engaño.

Puede calcularse, por lo bajo, que, por cada esposa legítima, quedan ciento que nos sirvieron de comodín antes de elegir compañera, cien mujeres á quienes perdimos nosotros mismos, seduciéndolas, ó á quienes enfangamos más, contribuyendo con nuestra asiduidad á la profesión afrentosa; cien se-

res decididos á devolver á la sociedad, en general, á los hijos, en particular, el germen de amargura ó de vileza que nosotros les fomentamos. Dedúzcase la cosecha que nos espera con tal siembra (1).

En "el sagrado del hogar", el influjo de la mujer legítima, de esa privilegiada á quien damos amor, respeto y nombre, sigue rigiendo peligrosamente los destinos del esposo, del hijo y de la Patria.

La mujer, usando desde el mimo y el halago hasta el enojo, las impertinencias, la resistencia pasiva ó el llanto, no desperdicia nada con tal de salirse con la suya. Esta era la táctica tradicional para obtener el capricho, el vestido, el abono al teatro, la joya... Hoy, la mujer va adquiriendo importancia y da sus batallas para conseguir que el marido la secunde en tareas sociológicas ó políticas.

La formación moral del hijo depende mucho más de la madre que del padre; es ella la que está en el hogar con los pequeños, mientras el varón está en su trabajo, y es ella la más decidida—digámoslo en su honor—á que el hijo tenga la educación que á ella le parezca conveniente, entienda de esto ó no.

(1) Preguntaba yo una vez á una señora—conocida de Trigo, por cierto—: "¿Cómo es que educa usted en un convento á su hija, si usted se educó en ellos y no los alaba?" "Porque la enseñarán á ser hipócrita y á disimular, como á mí—me contestó—, y es una gran ventaja."

Si el padre muere, en manos de la madre quedan los hijos por completo.

Nuestra propia paz y nuestra conducta; nuestro hogar, nuestros hijos, no hablemos ya de nuestra ventura amorosa, dependen en gran parte de que la mujer elegida por nosotros tenga ó no tenga carácter, conocimiento y aptitudes suficientes para no corromper ó desperdiciar cuanto ponemos en sus manos; es decir, casi todo lo más transcendental de nuestra vida.

SOLUCIONES APARENTES

Puede pensarse después de esto:

Si el conflicto está en que los adolescentes no pueden casarse cuando aparece en ellos el instinto amoroso, porque la falta de dinero se lo impide, el problema sexual es un problema económico, y todo se reduce á que un régimen sabio les proporcione el dinero necesario para establecerse en matrimonio ahorrándose así esperas nocivas.

Si el conflicto está en que la mujer, por falta de educación social y humana, cumple mal los cometidos que le confía nuestro amor, el problema sexual aquí es un problema educativo, y todo se reduce á subsanar el mal dándole educación á quien le falte.

Pero á eso se nos responde: No; esos reme dios

son convenientísimos, é incluso imprescindibles; pero lo esencial del problema no se resuelve con ellos, ni siquiera se toca.

Si pudieran casarse los hombres al alboréar la pubertad, dos amores vírgenes se unirían, y el amor se nos revelaría entonces quizás como un verdadero sacramento. Pero casados pronto, ¿no disentarían pronto también? Parejas formadas á los diez y seis, diez y siete años, ¿continuarían á los treinta con las mismas razones para vivir juntos y quererse?

Puede que sí; pero también puede que no. Lo que nos distanciamos con los años de nuestros amigos de niñez puede indicarnos algo de cómo varían con el tiempo nuestras necesidades y de cuán arriesgada habría de resultar la garantía vitalicia de un enlace matrimonial hecho cuando el hombre aún no está formado.

Y aún estándolo: casados ya los hombres y con dinero suficiente para sostener su hogar con toda holgura, quedaría siempre indómita el ansia de amar cuanto es amable. No es probable que se contente el corazón con que una compañía de seguros amorosos, en un estado socialista providente, facilite rentas á los enamorados primerizos y los instale en un hogar confortable y pacífico.

Como en lo intelectual es el ocio el timbre de estirpe que inviste al hombre egregiamente, acaso en lo sentimental sea el equivalente del ocio esta c

lidad humanísima de no conformarse con lo estrictamente necesario y querer palpar, en comunión de alma ó de beso, con cualquier corazón digno de amarse.

Por amor á las flores y á las rosas votan los municipios presupuestos para el cultivo de jardines y la plantación de rosaledas, junto con el aforo de las reses y el reposo del pan, y no protesta nadie. Es que en nuestra vida "es muy necesario lo superfluo", y no basta instituirse en matrimonio como quien se proporciona una buena butaca y un buen fuego.

"Si la necesidad económica es la mitad de nuestra vida, la necesidad sentimental es la otra media" (1).

Resuelve el matrimonio, en todo caso, la necesidad material con una componenda burguesa; pero el problema del amor rebasa con mucho el matrimonio.

En lo que respecta á la educación de la mujer, tiénese otro tanto.

Si la mujer se educa como el hombre, puede que también se conduzca como el hombre.

Esta es la verdad franca y rotunda.

Terminará quizás el acoso tenoriesco y se bastará la mujer para hacerse respetar si alguien intenta lo contrario; pero una cosa es saberse guardar y otra querer guardarse.

Terminaría la grosería, y el engaño quizás,

(1) *Socialismo individualista.*

pero no los instintos y las tendencias naturales.

Pensar que cuando la mujer esté educada será un prodigio de seriedad, de castidad y de... insensibilidad es hacerse ilusiones.

Se enamorará como ahora,—aunque probablemente más digna y más conscientemente que ahora —pero se entregará más que ahora—, aunque también más dignamente que ahora. Por lo menos, no puede asegurarse lo contrario.

Y siendo así, quiere decir todo esto que el hecho capital es el siguiente: que el amor se presenta cuando quiere y se presenta en quien le place, sin meterse á preguntar si el enamorado está ó no en condiciones legales ó económicas de sancionar su amor con arreglo á las leyes escritas.

Que dos enamorados que se querían ayer, ó bien dejan de quererse hoy para querer á otras personas, ó quieren á éstas otras sin dejar de quererse. Y todo esto, se hayan ó no casado cuando jóvenes, y esté ó no educada la mujer como conviene.

El problema debe plantearse pues en estos términos:

¿Cómo se resuelve la disparidad entre lo legal y lo natural?

Esos nuevos y posibles amores, ¿deben ser perseguidos por delincuentes? ¿Ó deben ser fomentados y protegidos, para que prosperen cuanto puedan?

¿Represión ó cultivo?

¿REPRESIÓN?

Hay quienes dicen: "Represión. La mujer y el amor no tienen la importancia que se les quiere conceder. Elevémonos á las regiones superiores de la Ciencia y del Arte."

Y Trigo les contesta: En cuanto se me demuestre que la represión ha dado fruto, represión. Pero mientras vea que la predicación empieza por no ir de acuerdo con la conducta casi nunca, no tomaré en serio las austeridades... nominales.

Trigo adoptó, frente á estos opinantes, la burlesca posición de una sátira... *ad hominem*: "Mientras escribís vosotros vuestros libros, yo sigo vuestros pasos"—dice en *El amor en la vida y en los libros*, obra consagrada en gran parte á combatir la insinceridad más que la razón de los desdeñosos en amores.

Sinceridad, primero.

En estas cuestiones del hacer, del vivir, del conducirse no puede bastar el que todos, uno á uno, estemos diciendo siempre: "Se debe hacer esto", y todos, uno á uno, estemos eternamente haciendo lo contrario.

Cuando los sabios y los puros desdeñan las concupiscencias eróticas, sin perjuicio de caer en ellas si un Eros despreciable los arrastra, se preguntan las gentes, allá en su fuero interno por qué no acuden los sabios y los puros al cirujano ambulador de la flauta panida, que les evitaría, de raíz, toda posibilidad de pecado. Pero como ocurre que no, que hablan de disciplina y de deberes sin que jamás quemen las naves, queda el vulgo pensando, con su mezcla de sentido común y de escarmiento, que hay un "por si acaso" prudencial en el fondo de los moralistas austeros, y que no quieren cortar la retirada por si cambian de ideas algún día ó por si se da el caso de que les atormente con exceso la añoranza de su inferioridad ya irrecobrable.

Al hombre intelectual que abomina de la mujer, y predica la superioridad del cerebro y de la Ciencia, le opone Trigo la realidad patente de su vida:

"Tú que te debes todo á la Ciencia... Tú que eres astrónomo, quizá, no puedes comprar el telescopio con que sueñas, porque tienes que comprarle cada mes diez y ocho pares de zapatos á tus hijos."

"Tú, sabio, que eres tal vez químico, sociólogo, y que sabes que en congresos extranjeros podrías brillar y recoger ciencia de otros, no puedes ir á los congresos extranjeros porque necesita un sombrero y un traje tu... ¿tu amada? ¿tu esposa?... esa cosa

legal que has metido en casa, máquina cruel é inesperada de hacer muchachos...”

„Tú, sabio, que eres probablemente un filósofo de más allá del bien y del mal, escribes un libro de amoralidad, que quién sabe si un amigo aprovecha para seducirte á la señora con tus propios argumentos... y un día ¡oh genio superior por cima de preocupaciones!... se te escapa la mujer con el amigo, y, ¡horror!, tu vida que se hunde... los chicos sin quien los lave, tú sin quien te *sirva más fisiológicamente*... Y por todo remedio, el sabio conquistando á la criada.

„Mas ¿qué importa? Tú, sabio, sonríes, se entenebrece más tu concepto de la vida, y escribes á continuación otro libro en que sigues negando de soslayo á la *cuestión sexual* toda importancia.”

„Sabios, artistas, ¡oh vosotros, los de estas horas de inquietud!, cuando me hubieseis probado con hechos, y no con frases, que desdeñáis en verdad á la mujer, á la frívola, á la estúpida, á la tosca, á la grosera, á la *cosa de bajos placeres trivialísimos* en que por rigor de nuestros tiempos “práctico-transcendentales” ha venido á convertirse el antiguo arcángel ideal de los poetas... yo os creeré; y creeré entonces, sólo entonces, que hay una cuestión sensual rodando ya únicamente por el mundo, gracias á la inmensa y vulgar idiotez de los idiotas.”

Garantías de eficacia, después.

Sólo que no .. No bastaría ni siquiera con que los sabios castos fueran consecuentes con su prédica: yo sé de quien, viril y honrado, se disciplina con rigor; y si no acude á remedios quirúrgicos totales, débese á creer, y con razón, que lo de menos es la abstención si el alma queda deseosa y queda turbia.

Y por muy digno de respeto que eso sea, tampoco prueba nada, porque este asunto no se resuelve con que efectivamente haya uno ó dos, ó ciento, que sean castos, si el resto formidable de los hombres se rebela pertinaz y por doquiera contra la castidad, pese á toda clase de represiones y castigos.

Hay que pedir á los consejos de los sabios, no tan sólo sabiduría, ni tan sólo sinceridad, sino también alguna garantía de eficacia, sobre todo si quieren exigirnos sacrificio de algo que no sabemos bien si debe ser y *si puede ser* sacrificado.

“Porque, ya veis: habéis escrito cien libros geniales; habéis clamado acres ó solemnes vuestra media vida, vuestra vida entera, contra la voluptuosidad, contra la liviandad, y por las cinco partes del globo, y aun sobre los barcos del mar, se siguen besando y abrazando locos hombres con mujeres. No comprendo” (1).

(1) *El amor en la vida y en los libros.*

Una teoría que pretenda “hacer” algo en el mundo y no consiga al cabo de los siglos más que poner en contradicción mútua todas las tendencias del hombre y de la vida, es mala como teoría y como práctica, y el sabio que la inventa se desacredita igualmente como hombre y como sabio.

“Reflexionad un poco, si os place, que tanto os vale predicar la castidad (aunque no la practiquéis) como si hubierais venido predicando contra la manía de andar á pie y no de coronilla..., que fuera acaso más distinguido y resueltamente más nuevo.”
(*El amor en la vida etc.*)

¡Castidad, no: templanza.

Pero es que él hecho de amar la castidad—puede decirse—nos libra de caer, no en tentaciones naturales, sino en tentaciones desmedidas y superfluas. El hecho de entregarnos á la atención de las cosas universales—Arte, Ciencia—nos alivia y nos purifica, porque nos aleja de nuestro yo ambicioso, que pretende hacernos olvidar el mundo entero y ablandarnos el ánimo con sus particularismos mimosos é indolentes.

Mucha verdad todo eso; pero enfrente de esa verdad está esta otra: y es que el astrónomo ayer andaba loco sin hallar en el Álgebra sosiego; que olía el mundo á acacia y que la estrella pura del lago azul turquí no era el astro algebraíco que ca-

mina según no sé qué fórmula, sino un puñal de plata perfumado que se le clavaba en el pecho; y es la verdad que hoy ese astrónomo, porque besó con carne y con cariño, puede encontrarse en paz entre sus libros, desarrollando un cálculo, sereno, con la casta armonía de los números.

Y la inversa es igualmente verdadera ¡oh, Doctor Fausto!, aunque tengamos satisfecha nuestra sed de ciencia y de gloria; á todo se sobrepone un "para qué" desalentado en el corazón si el corazón no tiene objeto.

¡Cuántas veces en la metáfora de un sabio que nos está hablando de Ciencia, incluso en el tono de la voz, pueden verse afañes no bien ocultos y no bien reprimidos de algo hartado ajeno á las abscisas ó á los alcalóides! Ya lo decía Nietzsch: "¿Es que yo os aconsejo que matéis vuestros sentidos? Yo os aconsejo la inocencia de vuestros sentidos. Y ¡con qué gentileza suele mendigar la perra sensualidad un trozo de espíritu cuando se le niega un trozo de carne." (*Así hablaba Zaratustra*).

Pero nada de esto quiere decir, en fin de cuentas, sino algo ya sabido y que para nada afecta á la cuestión: que en la mujer y en el amor hay algo sagrado é imprescindible por un lado, y algo peligroso por el otro; y que, por lo tanto, en esto, como en todo, hay que mantener el equilibrio entre lo personal y lo objetivo.

En conclusión...

Lo importante no es eso—que es cuestión de disciplina particular—; lo importante y que atañe al fondo de la cuestión, es esto otro:

que no hay en la Historia ni un momento en el que se pueda comprobar que la mujer y el amor hayan dejado de tener importancia primaria en nuestra vida, y que allí donde esto se ha negado ha podido negarse con palabras, pero no con hechos comprobantes de que lo afirmado fuese cierto.

Dígase lo que quieran, y repítase lo que plazca, cuanto más nos empeñamos en poner puertas al campo, más el campo se enterca, pese á todo en hacernos ver lo innegable. Y lo innegable es esto:

que perseguida la mujer y en entredicho de tentadora y perdición, la mujer ha sabido, sin embargo, irse conquistando, pese á todo, adoraciones y respetos;

que mantenida la mujer al margen de la vida cívica, como ciudadano incapaz, la mujer ha ido ganando privilegios políticos;

que pregonada la casta moderación con la mujer, no han conseguido observarla ni los mismos que la predicán;

que proclamada la fidelidad, el honor y el respeto amorosos, cada hombre se ha dedicado á defen-

derlo para sus madres, esposas é hijas, tratando al mismo tiempo de profanar por todos los medios á las madres, esposas é hijas de los otros;

que proclamada la monogamia ó el celibato, una poligamia indecorosa y comercial se ha extendido manchando el mundo entero;

que instituido el sacramento matrimonial, la rectificación matrimonial se ha ido imponiendo con la ley del divorcio;

que en estas cuestiones de amor, mujer y castidad, siendo todo aherrojado, encarcelado, perseguido, ni ha muerto nada, ni se ha mantenido nada en sumisión, ni ha cesado nada de libertarse paso á paso de las prohibiciones.

Y siendo cierto esto, no ha de parecer descabellado que venga quien exclame: si vosotros los que negáis, los que limitáis, los que prohibís, no habéis conseguido concordaros ni con vosotros mismos, y allí donde ha surgido la negación ha surgido el disturbio; si todos vuestros preceptos y decretos han tenido que ir retrocediendo de concesión en concesión, bueno es que alguien intente cambiar la posición y examinar si en la opuesta, en la que afirma y liberta cuanto vosotros negáis y limitáis, no estará la concordia que en vano os habéis esforzado en descubrir, sin encontrarla nunca.

La experiencia de vuestros principios ha sido secular, y puesto que nada ha conseguido, dejadnos

que ahora nosotros pretendamos hacer la experiencia con los nuestros.

CULTIVO

Trigo entonces expone su parecer; una vez criticados los pareceres de los otros.

Recuérdese en lo que consiste el bien para Trigo: es bien cuanto favorece la máxima libertad posible del deseo; mal cuanto á ella se opone.

Aplíquese este concepto al amor y se tendrá: es bueno en el amor cuanto tiende á la libre expansión de todas las tendencias físicas, intelectuales y morales que en el amor concurren. El bien para la mujer, en lo que respecta al amor, consiste igualmente en la libertad, entendida esta libertad á la manera que para sí la entiende el hombre: plena facultad de hacer ó de no hacer lo bueno y lo malo, en amor como en lo demás, sin otra limitación que las naturales é inherentes á tener que decidir por sí mismas si su conducta les es ó no perjudicial por insensata y no porque lo manden unas leyes que ni componen nada, ni rigen hoy en dos tercios del mundo, ni vivirán el día de mañana más que en los archivos arqueológicos de legislaturas morales.

Serán malos, por tanto, en el amor, todos aque-

llos desequilibrios parciales que rompan la armonía integral á expensas del desarrollo excesivo de una sola cualidad, por noble que ésta sea.

Trigo los enumera en su libro tanto citado, *Socialismo individualista*.

La lujuria, pues, será un mal porque hace predominar á los sentidos esclavizando las demás potencias á sus antojos de lascivia; el misticismo despreciador de la vida, y la sensiblería asustadiza serán un mal porque desatienden las aspiraciones vitales en nombre de una sentimentalidad ó espiritualidad alquitaradas que quieren regir en dueñas únicas, con menoscabo de las otras funciones; la frivolidad será un mal, porque invirtiendo el orden natural y lógico, lo accesorio y fútil se apropia al rango prócer que corresponde á lo esencial y á lo profundo; los celos serán mal porque—aparte de implicar ceguedad, arrebatos y tantos otros síntomas de clarísima y ya diagnosticada procedencia patológica—tienden á motivar la preponderancia del egoísmo y el derecho de propiedad hasta el punto de disponer de otra vida y forzarla á que su albedrío y su conducta se dobleguen á las leyes de nuestra vanidad, nuestro capricho y nuestras pasiones personales; la fidelidad, el honor, la pureza, tal como se entienden hoy en el código moral amoroso, son un mal, porque pretenden reprimir las expansiones naturales irrepresibles y someterlas, aunque sean nobles y justifi-

·cadas, á la fuerza convencional de leyes humanas transitorias.

El amor armoniza lo opuesto.

Trigo no pudo pensar de otra manera; si él creía que el único conflicto vital es el de resolver y armonizar nuestro deseo y el del prójimo, sólo en el amor se da espontáneamente como manifestación imprescindible y peculiar, esta circunstancia de que el interés de lo ajeno sea nuestro propio interés.

Y no es que se dé como consecuencia ventajosa del amor; es que el amor mismo lleva en sí esa armonía y ese bien, de tal modo que si no lo implica no es tal amor entonces.

“La característica verdadera del amor, en vez del egoísmo, es la generosidad — dice Trigo—. El que ama hace su ventura principalmente del espectáculo del que la transmite” (1).

Tiene el amor un doble carácter paradójico; queremos que nos amen y queremos amar, queremos entregarnos y que se nos entreguen; buscamos la felicidad propia no pensando más que en el modo de amar la dicha ajena.

Egoísmo abnegado, el del amor, “resume—según

(1) *Socialismo individualista*, pág. 101.

Trigo—todas las simpatías humanas (1), las ternuras de la madre, la serenidad de la amistad, las atracciones del instinto“ (2).

Simpatía quiere decir sentir con otro, sentir, fundirse en otro; hacer de uno lo ajeno. Por eso en el amor hasta el sacrificio es gozoso; por eso en el amor hasta la esclavitud es voluntaria; por eso únicamente en el amor se da espontáneamente—libre y gozosamente—la armonía de los polos opuestos de la vida: la ambición y la abnegación, el individualismo y la sociabilidad; por eso, en fin de cuentas, no puede haber, sin amor, ni vida particular ni vida cívica, y, en cambio, con él sí.

“Es la adaptación más completa—dice Trigo—de una vida á otra vida“; y siéndolo “es el más perfecto lazo de sociabilidad“, “es la sociabilidad determinada por el conjunto de todas las aptitudes humanas: inteligencia, belleza, sensualismo“ (3).

El amor exige libertad.

En consecuencia, si el amor es la suprema manifestación de la vida, y la vida el equilibrio de facultades libres, el amor será el supremo equilibrio de las supremas libertades.

(1) *Socialismo individualista.*

(2) Idem, íd.

(3) Idem, íd.

Por eso el amor de hoy no es amor, en opinión de Trigo; porque ni la mujer ni el hombre son iguales, y no pueden, por tanto, equilibrarse, ni la mujer ni el hombre son libres. El hombre, hoy, es tan esclavo como la mujer misma.

No es libertad la puramente externa y formulista que conceden las leyes y decretos. Poca libertad darán las leyes si el hombre no se libera interiormente.

La libertad exige educación.

“Libertad sin perfección no es nada”, dice Trigo, con frase de rigorismo formidable, excesivo. Los hombres á quienes se conceda libertad deberán estar educados de antemano para que la ejerzan y no la desvirtúen.

Por eso Trigo estima que no hay más fundamento que el de la educación. No basta con dar leyes á quienes no están hechos para usarlas. Pero... no estarán hechos para usarlas mientras no se les vayan concediendo.

Sólo se aprende á hacer, haciendo; sólo se aprende á ser libres, usando de la libertad, mal ó bien. No hay, pues, que *esperar* á que la humanidad se halle en estado de utilizar bien las libertades para concedérselas entonces, porque ese estado no llegará mientras no se ejerciten: hay que simulta-

near la concesión de libertades con la educación pertinente.

Libertad, pues, á la mujer, igual que al 'hombre. Consecuentemente: educación para la libertad á la mujer y... educación para la libertad al hombre mismo.

Esa es la posición total de Trigo, y el cimiento de todas sus reformas. Todos los demás problemas que señala, á éste se subordinan y de esta resolución dependen todos.

Así como el socialismo individualista habría de traer, según Trigo, la liberación del rico mismo, así la libertad de la mujer de que aquí se habla es efecto y causa á la vez de la liberación del hombre, esclavo de sus esclavas. Al liberarse el hombre liberará á la mujer, y al liberarla, se emancipará él mismo. Abránse los libros de Trigo y se verá que, al enunciar el principio de libertad como remedio de los males, añade á renglón seguido: "¿Qué se opone á esta libertad?"; y lo que se opone son prejuicios, errores, de los hombres, no de la mujer; esclavitudes de los hombres: "Somos nosotros los que debemos reformarlas, ó, por mejor decir, no deformarlas." (*Si sé por qué.*)

Si el hombre fuera libre, lo sería igualmente la mujer, porque al hombre libre se le impondría entonces, con imperio avasallador, la necesidad de tener una igual por compañera. Para un hombre libre es insoportable, intolerable, la injusticia y la

pobreza de no amar y de no fomentar en cada sér la misma expansión amplia que para nosotros deseamos. Si el hombre fuera libre sabría ya de sobra que el yo de cada uno se engrandece más cuanto más grandes son los otros; que, por tanto, *rendir á una mujer es destrozar á una mujer y desmerecer lo que amamos.*

Si los hombres fuéramos libres, dejaríamos de considerar á la mujer propiedad nuestra y haríamos depender nuestro honor de nuestras obras, no de que se abstengan de hacer ellas... lo mismo que con ellas estamos nosotros haciendo cada día.

Por la libertad, á la dignidad.

Por eso esta cuestión sexual no es simplemente un problema que se refiera al modo más ó menos práctico de entendernos con las mujeres, sino que es una cuestión de derechos humanos y de dignidad propia ante todo.

La cuestión sexual así trasciende de sí misma, se hace cuestión de engrandecimiento humano. Ennoblecere á la mujer es ya, en último término, un soberbio lujo de hombre noble que quiere hacer grande cuanto toca.

INTERMEDIO FANTÁSTICO

Un buen día pudo Trigo pensar:

“¿Cuál será mi posición entre los autores que influyen en el mundo moderno? ¿Seré un descamisado de la Literatura, á quien tan sólo se le ocurren desvaríos, pensamientos inconexos sin relación alguna con el momento histórico en que vivo?”

No fué hombre que se preocupara mucho de lecturas; si alguna vez le intrigaron pronto se limitó á un hojeo superficial y escaso; pero cuando un hombre piensa con todo su ser debe recoger, aunque sea inconscientemente, no poco de los anhelos de su época que, sin duda, van condensándose en el ambiente moral del momento, y debe coincidir en algo con ellos aunque se desconozcan mutuamente.

“No me importa saber si tengo enemigos ó si tengo secuaces---debió seguir pensando---. Quisiera saber más bien si estoy completamente alejado de esas personas que dirigen las conciencias y que tienen fama bien distinta de la mía”.

Era preciso, pues, conversar con personas que reuniesen los cuatro requisitos siguientes:

Ser prestigios de fama universal; ser influyentes en la marcha popular de las ideas; ser representantes de algún aspecto importante de la ideología moderna; usar—lejos del tono habitual de Trigo—un lenguaje de corrección, de medida y de limpieza.

Platón, los saintsimonistas, Maeterlinck y Barrés reunían las condiciones requeridas (1).

(1) *Maeterlinck*, porque entre los autores modernos que más se leen en Europa, ninguno como él tan conocido por los españoles; ninguno tampoco de lenguaje más casto, alejado de la chabacanería libertina.

Mauricio Barrés, porque «en una encuesta abierta en Francia preguntando cuáles eran los literatos más leídos en aquel país, resultó Barrés con uno de los primeros puestos» (Vittorio Picca: *Letteratura d'eccezione*); porque «Barrés es uno de los autores que más debieran influir en España.» (Ortega y Gasset. *Personas, obras, cosas*); porque Barrés milita en el partido moderado y católico de los nacionalistas franceses.

Los saintsimonistas, porque, si bien más subversivos que los demás y más escandalosos en el tono, Barrés, el católico, los garantiza: «El punto de partida para investigar el género de perfección que convendría á la sociedad moderna le pareció Saint Simón.» (*M. Barrés L'ennemi des lois.*)

Platón, por último, porque ninguno más antiguo y más moderno ni que pueda influir más que él en cualquier época.

Y la conversación discurrió de este modo:

Trigo.—Quiero innovar. Ni las cosas pueden continuar como están, ni puede verlas con calma ningún hombre de sensibilidad moral un poco viva.

Quiero innovar; pero todo son burlas contra los innovadores, y todo suponerles motivos malévolos, ó cuando menos insinceros. ¿Deberé ceder ante las calumniosas apreciaciones?

Platón.—Sócrates en la República dice al hablar de la cuestión del matrimonio y de la comunidad de mujeres: “Puesto que nos hemos atrevido por fin á hablar de esto, no debemos hacer caso de los donaires de los bufones á quienes una innovación de esta naturaleza pondría, sin duda, de buenhumor, y echarían mano contra ella de toda especie de burlas.” “Sigamos nuestro punto de vista dirigiéndonos desde luego á lo más fuerte de la ley, suplicando á esos truhanes que dejen por un momento su humor chocarrero y examinen seriamente la cosa.”

Trigo. --Es que no todos son burlones. La costumbre tiene su fuerza y su razón. ¿Deberé inquietar las costumbres de todos y hacerme el sordo á las protestas de tantos como se escandalizan sinceramente, ó, por el contrario, resignarme y renunciar?

Maeterlinck. --Hay que ir á la acción; no resignarse.

"La resignación es buena y necesaria ante los hechos generales é inevitables de la vida; pero en aquellos puntos en que la lucha es posible, la resignación no es otra cosa que ignorancia, impotencia ó pereza disfrazadas." (*La sagesse et la destinée.*)

Trigo.—Ese testimonio necesita ser aclarado. Puede ser sospechoso que aconseje la acción quien, como Maeterlinck, cantó las excelencias del silencio y la vida interior frente á la aturdida vida externa.

Maeterlinck.—Entiéndase de qué modo prediqué la vida interior. La miel se hace en silencio, pero se recoge en la acción. Esa es mi idea. "Sobre el techo de los que no salen de su casa no descienden, por lo general, más que las alegrías que no ha querido nadie." "Verdad que hay almas que no se sienten vivir sino cuando se sacrifican; pero también verdad que son almas que no tienen fuerza ó valor para ir en busca de otra vida moral" (*La sagesse et la destinée.*)

Trigo.—Quiere decirse, según eso, que deberemos intentar toda acción, porque aunque se escandalicen al principio, llegará un día en que parezca á los hombres natural lo que hoy les parece escandaloso. Yo he dicho que "la Humanidad del porvenir tendrá que horrorizarse de cómo hemos tratado los hombres actuales á nuestras madres, nuestras hermanas, nuestras hijas" en este asunto del amor,

lo mismo que nosotros nos horrorizamos de las atrocidades neronianas. (*El amor en la vida, etc.*)

Maeterlinck.—Hablando yo del matrimonio, del amor, del reparto de propiedad y del trabajo he dicho análogas palabras: “No sabemos aún cómo se realizarán esas exigencias; pero está descontado y es seguro que un día cualquiera, por circunstancias simplicísimas, nos parecerán tan naturales como la supresión del derecho de primogenitura ó de los privilegios de la nobleza. (*L'intelligence des fleurs. Notre devoir social.*)

Platón.—Esa opinión expongo en la República: “Hace muy poco tiempo que los griegos creían aún, como lo creen hoy día la mayor parte de las naciones bárbaras, que la vista de un hombre desnudo era un espectáculo vergonzoso y ridículo.” “Pero después que el uso ha hecho ver que era mejor ejercitarse desnudos que ocultar ciertas partes del cuerpo, la razón, descubriendo con sus discursos lo que era más conveniente, disipó lo ridículo que los ojos encontraban en la desnudez, y mostró que sólo un espíritu superficial puede tener por ridícula otra cosa que la que es mala en sí.”

Trigo.—Pero, ¿no sería mala en sí mi doctrina? ¿Esa es la cosa! ¿Es tan importante esta cuestión sexual como pretendo?

Platón.—“Nosotros estamos persuadidos que el partido bueno ó malo que se tome en este asunto

(en el de la comunidad de mujeres y de hijos) es de gran consecuencia, ó, más bien, *es el todo para la sociedad.*" (*La República*)

Trigo.—Puede ser buena esa cuestión y no serlo mi solución por extrema, y difícil, y lejana.

Platón.—Para mí eso no fué obstáculo. Mi procedimiento consistió en presentar el bien extremo, la fórmula por la cual, de ser posible, la sociedad se arreglaría.

Antes de saber si es ó no posible la conquista del bien óptimo, es necesario que determinemos y digamos cuál es y en qué consiste ese bien preferible á los otros.

Trigo.—Es mi opinión. Mis amigos me han oído decir muchas veces: "El que quiera tirar piedras para dar á la luna, no llegará á la luna, pero será el mejor tirador de su lugar."

Todos los autores de utopías asintieron á estas palabras, y Mauricio Barrés, abriendo un libro suyo, leyó sin comentario:

Barrés.—"Para excitar á que las gentes ganen por lo menos el purgatorio, hay que presentarles un paraíso" (1).

Maeterlinck abrió por todas partes sus libros, y en todos encontró palabras pertinentes.

(1) *L'ennemi des lois*. Las citas siguientes de Barrés pertenecen á este libro.

Maeterlinck.—“No nos limitemos á la experiencia de la Historia.” “La verdad se encuentra en este caso más lejos de la razón, vuelta siempre hacia el pasado, que en la imaginación que ve más allá del futuro.” “Continuemos, pese á todo, actuando, amando y esperando, como si tuviéramos que entendérmolas con una humanidad ideal. Este ideal es una realidad más amplia que la que vemos.” “Llegue nuestra razón donde la experiencia no llega.”

“¿No ha vivido ya bastante la Humanidad para que se dé cuenta de que es la idea extrema, es decir, la más alta, la cimera del pensamiento, la que tiene siempre razón?”

“Nuestros excesos de porvenir son necesarios al equilibrio de la vida.” “No temamos ir lejos... Bastantes son ya los hombres que hay en nuestro derredor encargados de apagarnos los fuegos que encendemos. *L'intelligence des fleurs. (Notre de voir social.)*

“Lleguemos siempre á los lugares más avanzados de nuestro pensamiento, de nuestras esperanzas, de nuestra justicia.”

Trigo encontraba un poco peligrosas estas frases. Seguir un impulso hasta el extremo, sin cuidarnos de reflexionar, ni de examinarlo atentamente, por aquello de que la vida se encargará de corregirnos si erramos, viene á ser como prescindir de nuestra prerrogativa de conscientes y convertirnos en una fuerza ciega.

Maeterlinck le tranquilizó aclarando su intento; quería decir que entre equivocarse, por exceso de decisión, ó no decidirse jamás, por meticulosidad reflexiva, era preferible lo primero:

Maeterlinck. — “No es que haga falta, precisamente, amar como un loco; pero quien haya amado con locura llegará á ser más cuerdo (*sage*) que quien sólo haya amado cuerdamente.” (*La sagesse etc.*)

Volvió Trigo á Barrés sus preguntas, para hacerle también un reparo.

Trigo. — Eso de que haya que ofrecer un paraíso para lograr un purgatorio puede acaso dar al ideal un aspecto de alhigui ó de espejuelo; puede hacernos pensar si esto de la utopía y del progreso no vendrá á ser un ardid como el del asador de los mesones, en donde el pobre can, guiado por el hambre y por la esperanza quimérica de que alcanzará una carne que no ha de catar nunca, va entretanto haciendo girar el artefacto en provecho de pícaros. El progreso que yo predico lo creo antropológicamente posible.

Barrés aclaró su pensamiento:

Barrés. — “Todo manzano que quiere de veras sus manzanas, acaba por lograrlas.”

Trigo. — Tenemos, pues, que debe amarse con locura y que debemos ir hasta el extremo. Pero, ¿en qué sentido? Concretemos. ¿Será mejor amar con locura la castidad, la emancipación de toda tenden-

cia material, ó amar y defender, como yo hago, la sensualidad, el goce corporal, la desnudez? ¿Debo marchar hasta el extremo por este camino, ó justamente por el opuesto?

Abrió Barrés su libro *El enemigo de las leyes*:

Barrés.—“Clara Pichon-Picard (uno de los personajes de la obra), maravillosamente inteligente, veía menos claro en la vida que la frívola Marina (otro personaje, una aventurera), que para decidir toda cuestión se dejaba guiar tan sólo *por esa sensualidad que es exactamente el sentido de la vida.*”

Fué después Maeterlinck quien habló y dijo: “La castidad, que esperaba con los ojos cerrados y con las manos juntas, tiene el derecho de convertirse en pasión, para que ésta decida y la fije destino.”

„Una virtud no es más que un vicio que se eleva en vez de degradarse.”

“No sabía hasta entonces que todo hombre tiene el derecho de ser como es; que no existe en su corazón ni en su espíritu, como no existe en su cuerpo, ninguna parte vergonzosa.” (*De la sincerité Le Double Jardin*).

Y de nuevo volvió á buscar en otra parte, y de nuevo volvió á leer:

“Porque dicho sea de paso, suele concederse corrientemente á los triunfos del espíritu sobre la carne una importancia infinitamente excesiva, y esos pretendidos triunfos no suelen ser más que unos fra-

casos totales de la vida." (*La sagesse et la destinée.*)

Trigo.—Parece que, en efecto, esas palabras concuerdan con las mías. Pero, es preciso decir, concreta y claramente, hasta qué extremos he llegado para no lograr la aquiescencia por engaño. Yo soy el que ha llamado *Altísima* á una mujer que se vende por un ópalo y el que ha sentido amor entusiasta por ella; soy el autor de *Alma en los labios*, donde un marido dice á su mujer: "Sigue siempre tus instintos, tus pasiones; ellos te han traído á mí y deberán ser tus guías hasta si te mandaran... traicionarme." Soy el que en *Las Evas del Paraíso*, entre bromas y veras, acaba por recrearse en describir la edénica existencia de dos matrimonios *entrecruzados* que juegan desnudos en el mar con los hijos—quién sabe si de uno ó de otro—, y que esperan un tercer matrimonio que vendrá á ser... otra pareja comanditaria en negocios y en amor.

Á esto he llegado, y convendría saber si los que me apoyaron hasta ahora se llevan las manos á la cabeza horrorizados de tanto disparate—como habrán hecho, espero, muchos de mis lectores—, ó si, por el contrario, opinan que no soy tan absurdo como creen y que puedo tener algún apoyo.

Platón.—"Que las mujeres de nuestros guerreros sean todas comunes á todos; que ninguna de ellas habite en particular con ninguno de ellos; que los hijos sean comunes y que ni los padres conozcan á

sus hijos, ni los hijos á sus padres." (*La República.*)

No obstante, con ser rotundo el párrafo, no era alegato tan convincente como pudiera parecer, porque al decir esto Platón, como al decir luego que los guerreros que se distinguan más en las batallas tendrán "como premio" el permiso de tratar, fuera de regla, con las mujeres más hermosas, lo dice con la única mira de que el Estado pueda obtener así, por ayuntamiento de los tipos mejores, los ejemplares más perfectos de cría. No habla Platón, ni por asomo, en nombre del sensualismo, ni de la libertad de los sexos, sino, por el contrario, en nombre de un despotismo ilustrado que todo lo doblega á la conveniencia de un Estado supremo en donde los magistrados filósofos van determinando, con impasibilidad de científicos ó de ganaderos humanos, con quiénes y á qué edad deberán unirse los guerreros para obtener de ellos buen producto. Pero aunque esto es verdad, no lo es menos que luego, "cuando así las mujeres como los hombres hayan salido de la edad determinada para dar hijos á la Patria, dejaremos á los hombres—dice Platón—la libertad de tratar con las mujeres que bien les pareciese, fuera de sus abuelas, sus madres, sus hijas y sus nietas. Las mujeres tendrán la misma libertad de elección, fuera de sus abuelos, sus padres, sus hijos y sus nietos. Mas esto no se les permitirá sino después de haberles encargado expresamente que

no den á luz ningún fruto concebido de semejante trato, y que le dejen expósito si, á pesar de sus precauciones, naciese alguno, como que la república no se encarga de alimentarle."

La posición es, pues, bien clara: si á los guerreros—que son en la república platónica los hombres sometidos al más severo régimen—se les da *como premio*, cuando son valientes y fuertes, las mujeres que más les gusten, y cuando se retiran del oficio pueden hacer en esto lo que quieran, parece incontestable que Platón no tiene por pernicioso ni por abominable el sensualismo sexual, sino que, bien por el contrario, lo conceptúa un premio, y un derecho tan digno de tenerse presente, que debe permitírsele al ciudadano libertad absoluta en estas cosas, siempre que de ello no se derive perjuicio para la marcha de los otros.

En cuanto á la desaparición de exclusivismos amorosos, cierto que en *Las Leyes* establece Platón el matrimonio monogámico; pero esto lo hace al estudiar la forma de gobierno que ocupa el segundo grado en la escala de la perfección. Cuando habla del gobierno de primer grado dice—con razón ó sin ella, no es ahora del caso—dice bien claramente lo que sigue:

—*Platón*: "El estado, el gobierno y las leyes que es preciso colocar en primera línea, son aquellos donde se practica á la letra y en todas las par-

tes que constituyen el estado, el antiguo proverbio que dice que entre amigos verdaderos todo es común. En cualquier parte, pues, en que suceda ó pueda llegar á suceder que las mujeres sean comunes, los bienes de todas clases comunes y que se hagan los mayores esfuerzos para quitar del comercio de la vida hasta el nombre de propiedad."

"...*Allí donde sus penas y sus goces recaigan sobre los mismos objetos...*, en una ciudad de tales condiciones la vida es completamente dichosa. Por esta razón no hay necesidad de buscar en otra parte el modelo de un gobierno, *sino que es preciso fijarse en éste aproximándose á él cuanto sea posible*". (*Las Leyes.*)

Dejando Trigo de atender á Platón, escuchó á unos saintsimonistas que leían un párrafo del *Globe*, periódico de la secta de Enfantin: "Se verán entonces —decían— hombres y mujeres unidos por los lazos de un amor sin nombre que no conocerá ni la saciedad, ni el sufrimiento, ni los celos. El hombre y la mujer entregarán su cuerpo á muchos, sin que por esto cesen de estar unidos por el amor; porque este su amor será como un banquete divino, que es tanto más espléndido cuanto más numerosos y escogidos son los invitados que toman parte en él."

Esto era por el 30; por el 48, unas hojas, las llamadas *Boletines de la República*, en los cuales colaboraba, entre otras celebridades, Jorge Sand, de-

cían lo siguiente al hablar de las prostitutas: "Estas santas muchachas que por un sacrificio entusiasta se dedican á un oficio que nos abstenemos de nombrar..." (1). (*Otto von Leixner. — Nuestro siglo. — Traducción de Menéndez Pelayo*).

Trigo, considerando lo escuchado, había hecho una pausa y meditaba. En estos puntos parecía que sí, que había alguna conformidad; en otros, ¿parecería lo mismo? Porque su intención no queda nunca expresada totalmente con la sola enunciación de un principio. Era necesario aclarar más y persistir en las preguntas.

Trigo.—Todo principio, en esta compleja y es-

(1) Y hoy, en la actualidad, una señora norteamericana, profesora colegiada, de honorable posición social, recomendaba al que esto escribe, ha poco tiempo, el libro de una mujer, Emma Goldman, *Marriage and love*, en el que se defiende la tesis de que matrimonio y amor son dos cosas independientes y á menudo antagónicas; y me refería esta señora la anécdota de una amiga suya á quien, por hablar de estas cuestiones poco morigeradamente, hubo de preguntarle su madre, persona timorata: "Pero, qué, ¿tú eres partidaria, por ventura, del amor libre?" Á lo que contestó la interpelada: "Pero, qué, ¿es que hay otro?"

La persona que me lo refería, la que lo escuchaba referir, la que lo dijo y la autora del libro que motivó esto, todas, señoras: parece que la emancipación de la mujer, anunciada por los saintsimonistas á principios del siglo XIX, sigue ya sostenida por las mujeres mismas, sin que lleve el mundo camino de asustarse.

curridiza materia de la vida viviente, no es más que... un principio, algo que indica un camino á seguir, pero que necesita ser seguido.

Detrás de cada palabra que yo formulo: "sensualismo...", "egoísmo...", "placer...", "libertad...", hay una serie de puntos suspensivos que la hermenéutica del lector debe llenar, so pena de que nos detengamos á cada paso en aclaraciones y distinguos, ó de que me interpreten torcidamente.

Yo, por ejemplo, he hablado de egoísmo y de individualismo; he proclamado como único bien lo que al individuo conviene; pero no he dicho nunca que eso implique el mal de los otros; quien juzgue así mi egoísmo y no crea, por el contrario, que el bien del individuo presupone en mi creencia el bien de los demás, se engaña plenamente. ¿Creen ustedes que hay en esto contradicción?

Barrés.—"El día en que reciban solución feliz todos los problemas morales y los económicos que de ellos dependen, ¿no será justamente el día en que la dicha de los otros aparezca á cada cual como condición de su propia felicidad."

"El hombre llega á un punto en el que sufre si perjudica, y en el que hace el bien por necesidad, como va á su voluptuosidad el voluptuoso."

Maeterlinck.—"El egoísmo de un alma clarividente y fuerte es más eficazmente caritativo que toda la consagración de un alma ciega y débil."

Trigo.—Pero hay en mi doctrina un peligro: es que como yo hablo tanto de fisiologismo, antropologismo, sensualismo, y me declaro “bestia inteligente”, pueden creer que yo proclamo no sé qué suerte de bestialidad excesivamente materialista. Y yo lo único que pretendo hacer notar es que por el instinto se llega á la razón, que el instinto es el padre de cuanto somos, razón inclusive, y que en nuestra bestialidad hay algo tan importante y esencial como en la razón misma.

Barrés.—“Los instintos se templan en la razón.” Mi obra entera gira sobre esa única creencia de que la vía del instinto nos lleva á la razón y de que la vía de la razón, en cambio, puede llevarnos á un callejón abstracto sin salida.

Maeterlinck.—“La conducta es un pensar, no sólo con el cerebro, sino con todo el sér entero.” “La vida instintiva constituye nuestra fuerza vital primitiva, el fondo mismo insustituible de nuestra energía de existencia.”

Trigo.—Los instintos siempre y ante todo, pero complementados con la inteligencia; esa es mi idea.

Maeterlinck.—“¿Podremos prever lo que vendrá á ser la Humanidad cuando tome parte, toda ella, en la libertad intelectual, que es *la labor propia de nuestra especie?*.” (*Notre devoir social.—L'intelligence des fleurs.*)

Trigo.—Pero tampoco es eso todo: sobre la inteligencia y los instintos tiene que estar el sentimiento en forma de piedad ó de amor. Esa es, plena, mi concepción del hombre y de la vida.

Maeterlinck.—Somos los representantes de una forma especial de la vida en el planeta: la vida del pensamiento y de los sentimientos, y, en consecuencia de esto, cuanto tienda á disminuir el ardor del pensamiento y el ardor de los sentimientos es probablemente inmoral. (*La sagesse et la destinée*).

Trigo volvía á callar, repitiendo, evocador, pensativo, las últimas palabras del libro en donde por última vez dijo su idea:

“Únicamente de la fusión del amor intelectuado con la enamorada inteligencia surge la piedad capaz de hacer que las entrañas sepan decirle á la inteligencia que todas las sabidurías sin amor no son más que crueles é inútiles orgullos.”

Y aún le pareció escuchar la voz de Barrés, que también, pensativo, recitaba:

“Ceda un poco por todas partes la inteligencia en su manía de los talleres, de las fábricas, de los gabinetes de los sabios, de la yerta pequeñez cerrada de los templos... Falta solamente la civilización del corazón...”

No eran ya necesarias más aclaraciones en lo que se refiere á la doctrina; pero sí en cuanto al modo de propagarla y exponerla.

Trigo quiso asegurarse también en este extremo.

Trigo.—¿Qué leyes, pues, deberán ser predicadas por el reformador y cuáles atacadas? Para mí, que voy á especializarme en el amor, ¿puede haber respetable ningún Código que se oponga á las leyes naturales del amor?

Maeterlinck creyó inútil contestar que no, puesto que toda su obra lo contesta. Mauricio Barrés habló, porque su obra es menos conocida.

Barrés.—“No hay que contradecir las inclinaciones del hombre, sino buscar una forma social que se adapte á esas inclinaciones.” Y añadió todavía: “Un sentimiento generoso no puede equivocarse jamás frente á una ley escrita.”

Trigo.—Entonces, el camino eficaz para la reforma del mundo no consistirá en dictar leyes, sino en reformar el íntimo sentimiento de los hombres.

Barrés.—En efecto: “Realizar una sensibilidad que corresponda á nuestra comprensión, no edificar un sistema nuevo, tal habrá de ser la solución.”

Trigo.—Y será inútil que tratemos de implantar esa solución por leyes antes de que estén reformados los sentimientos, porque fracasará, ¿no es eso?

Barrés.—Exactamente: “Aquellos que quieran mejorar la organización de sus contemporáneos más allá de lo que permita el estado de sus luces, fracasan necesariamente en su empresa.”

Trigo.—Según todo esto, pues, se debe hacer una obra moral, atentos á mejorar la vida, ó sólo se debe hacer obra de arte, dejando que el progreso salga solamente de ese influjo siempre purificador de lo bello?

Maeterlinck.—“Todos los conocimientos deben verterse en la grandeza de alma, so pena de morir miserablemente en el llano, como un río que no encuentra la mar.”

Barrés.—“Demos un sentido al trabajo de nuestros padres, *hagamos costumbres* con sus filosofías acumuladas.”

Trigo. —Sólo hay tres caminos para hacer costumbres: ó reformas gubernativas, por medio de leyes; ó reformas pedagógicas, por la educación de la niñez; ó reformas de sentimientos por medio de obras literarias. Yo escogí el último camino; pero dentro de él no me dediqué á obras de razonamiento, por frías, por estériles, sino á obras de vida, de emoción. ¿Hice bien?

Barrés.—Mi opinión queda dicha en mis libros: “Inquietar, remover.” ¡Siempre cosas de inteligencia!... ¡Yo quisiera estar removido!... ¡Ah!, cosas que puedan cambiar los corazones, no teorías

sobre el fundamento de una nueva moral. Un folleto, cada vez, que haga llorar... Es preciso que encuentre cada uno la anécdota que funda la sequedad de su alma, y que, aplicándola á la vida, pueda gritar: "Pobre yo mismol"

Volvió Trigo á callar, esta vez para siempre: el camino y las condiciones estaban ya concretos al detalle:

Habría que partir de una doctrina; doctrina elaborada por la razón, dictada por el sentimiento y los instintos y condicionada por la vida.

Esta doctrina habría de transformarse en leyes; leyes que se adaptarían á las condiciones de la vida, en vez de contrariarlas.

Para hacer corregir estas leyes habría que reformar los sentimientos.

Y al reformar los sentimientos, reformar las costumbres.

Para reformar las costumbres, habría que propagar la doctrina.

Para que la doctrina se propagara con eficacia habría que propagarla por medio de obras éticas, reformadoras.

Estas obras no deberían ser puramente doctrinarias, que hicieran sólo pensar, sino que fueran: por un lado anecdóticas, para que cada cual pudiera reconocer el dolor de su yo en el caso de la obra; por otro, removedoras de sentimientos, para que,

haciendo llorar, repercutieran y dejaran huella en el corazón.

Esta era la norma que le indicaban las respetables autoridades consultadas.

Esta ha sido la norma de Trigo, desde su primera novela hasta la última.



III

DESPIEZO DE LA OBRA

PLAN DEL CAPÍTULO

ELEMENTOS

Tesis á demostrar.

Postulados antropológicos.

Argumentación viva.

ATRIBUCIONES FALSAS Y LEGÍTIMAS DE LAS OBRAS DE TESIS

La novela de tesis para Trigo: novela orgánica.

ASPECTOS Á CONSIDERAR EN LA NOVELA ORGÁNICA

a) PROPÓSITO INICIAL: TESIS

Ejemplos: Tesis y construcción de la "Clave".—Tesis de las demás obras.

b) HOMOGENEIDAD ORGÁNICA

Ejemplos:

c) NATURALISMO NOVELESCO

Excelencias naturalistas.—Ejemplos: Escenas.—Episodios.—Tipos secundarios.

Deficiencias accesorias.

d) IDEALISMO NATURALISTA

Desviación ética del naturalismo literario.

Clasificación de sus obras con arreglo al grado de su ideología.

CARACTERÍSTICA PECULIAR DE TRIGO

¿Erotismo?

Psicologismo dinámico.—Vitalismo.

IDEALISMO UTÓPICO

Deficiencia fundamental de Trigo.

Fácil y claro ya, con lo dicho, el despiece de la obra de Trigo y la determinación de sus características principales.

Tesis á demostrar.

Su primer elemento es la tesis, conforme ya se ha dicho. Sus obras quieren demostrar una tesis de carácter social. Pero, ¿de qué índole y cómo? Trigo cree en la posibilidad de una demostración que sea á la biología social lo que el silogismo y el teorema á la lógica y á la matemática.

“Siendo los personajes estos y estos, de este carácter y este otro; viviendo en tal ambiente y poseyendo tales creencias ó prejuicios, se originan tales actos, que dan éstos ó aquéllos resultados. Si los resultados son malos se deduce, como en las demostraciones por reducción al absurdo, en Matemáticas, que lo son porque los personajes parten de principios erróneos (y con esto tenemos la serie de novelas “negativas”, críticas, en donde el autor

pretende señalar las catástrofes que provienen de nuestra equivocada situación actual); si los resultados son buenos se deduce que lo son por la favorable posición de los personajes, de sus ideas y de su conducta (y se tiene la serie de obras afirmativas, de utopía y de transición).

«Postulados antropológicos.»

Personajes, medio, acción, todo en esta escuela tiene que estar fijado de antemano con precisión escrupulosa, lo mismo que han de estar bien fijadas las premisas de un silogismo. Trigo, en efecto, así procedía siempre: En una hoja de papel escribía á veces el título ó el enunciado de una obra posible; luego, en dos ó tres cuartillas, desarrollaba el argumento, apuntaba condiciones de los personajes de la acción y discutía consigo mismo acerca de si haciendo tal personaje de un modo en vez de otro quedaría mejor expuesto el caso que se proponía analizar. Al margen de unas cuartillas, en las que tenía en estudio una novela que pensaba escribir pronto, encuentro esta advertencia:

«Piénsese si no sería mejor hacer al protagonista hermano de ella (él veinticinco años, ella quince)... Piénsese, digo, aunque creo que no convendría, por quitarle así inicialmente macicez y grandeza. El héroe debe ser ante todo un inmenso compañero y se-

rio. Ella será profundamente creyente en un Dios grande y rezará de rodillas en sus abandonos, llorando."

En ocasiones volvía á desarrollar más el argumento, añadiendo comienzos de capítulo, escenas episódicas, etc., y, por último, antes de comenzar á escribir la novela, formaba el cuadro definitivo de capítulos, especificando punto por punto cuanto había de suceder en cada uno.

De este modo fijaba él lo que pudiera llamarse "postulados antropológicos".

Argumentación viva.

Pero, nótese que lo de "antropológico" quita todo su valor abstracto y seco á lo de "postulado".

Fundamental es esta consideración, porque al hablar aquí de teoremas, de postulados y de demostraciones se ha de entender en un sentido *vivo*.

Recuérdese el alcance que en la primera parte de esta glosa se dió al término "vivo".

Creyéndose que la vida total, viva, no puede ser sometida á la abstracción, á la parcialización, sino que tiene que tomarse en su equilibrio inestable y uno en cada caso, resulta que las argumentaciones de razón, de lógica, usadas corrientemente, serían sustituídas aquí por otra clase de argumentos que acaso razonen menos, pero que también quizás co

venzan más; argumentos que tengan tan en cuenta la razón como los demás elementos que determinan—impulso, sentimiento, vida entera—el modo de ser y de actuar de cada individuo en cada caso.

Un ejemplo de esta argumentación viva á que nos referimos se encuentra en la exclamación tan al uso y corriente de "¡Póngase en mi caso!" Esa frase alude á una facultad nuestra imprescindible y discretísima: "la identificación". La identificación es el principal argumento vivo, hijo del sentido vital de "hacerse cargo".

Nada, en efecto, tan necesario para juzgar de algo como conocerlo así, con todas nuestras facultades y potencias, por habernos puesto en el trance que se trata de juzgar.

El hecho, por ejemplo, de que una muchacha joven se enamore de un viejo está ocurriendo á diario, y á diario suscitando en todos exclamaciones de estupor, como si se tratara de algo inconcebible. Juegan, sin embargo, en ese acontecimiento no pocos factores psicológicos fundamentalmente femeninos que explican y hasta justifican el caso más de lo que á primera vista nos figuramos. Si alguna novela reconstruyese ese proceso y nos hiciera entrar en el caso de la protagonista, dejarían seguramente de reir muchos de los que antes se reían ó se asombraban.

La identificación nos hace comprender las vidas

ajenas, haciéndonos entrar en ellas, sufrir con ellas y esperar con ellas. Por este procedimiento, no sólo comprendemos la razón de las cosas, sino también la razón de la sinrazón, la razón ¿pascaliana? de la vida que la razón abstracta no se ha explicado todavía.

En *El médico rural* hay un bello pasaje que sólo puede ser justificado y comprendido acudiendo á esa facultad de razón viva.

El médico se muere de tedio y de misantropía en un poblacho; deprimido por tanta mezquindad, se le presenta la vida como un esfuerzo titánico para conservar una futesa. Y cuanto más razona, más se le impone la insulsez, la trágica inanidad de la existencia; por más que piensa menos se le aparece el agarradero racional á que aferrarse para continuar en este mundo.

Pero enferma su hijo de pronto, y la pena inmensa de perderlo, el ansia fiera de disputar la vida inocente y sincera á la muerte, le hace afanarse y pasar días y días con el cerebro en el estudio y la ternura en tensa y anhelosa vigilancia de cariño. Irreflexiva, irracional, inconsecuente su conducta; sin más razones antes para desdeñar su vida que ahora para defender en otro una vida idénticamente desdeñable; pero, ¡qué bellamente humano en su arranque de insensatez sublime! Esto es lo que se ha de entender por argumento humano: aquí

todo se basa en un postulado de sentimiento; la aprobación de la conducta del padre que se presentará espontáneamente en todo corazón de lector no está fundamentada en ningún axioma lógico, cerebral, de evidencia científica, sino de evidencia cordial simplemente.

¿Es que, según eso, deben acatarse las voces de la sangre, del corazón, de la irreflexión apasionada y de todo cuanto irracionalmente se nos aparezca en el magín con pretensiones de arrastrarnos? Desde luego que no; mejor será tener el mayor acopio posible de razones. Pero, ¿quién nos dice que otro médico rural del mañana no ha de encontrar fundamentos racionales que le demuestren cómo el instinto paternal de su antecesor estaba en lo firme, aunque su razón estaba á obscuras?

Hay momentos de la vida en los que la razón no se basta, y, por lo tanto, queda la decisión encomendada á ese ojo de buen cubero, á esa apreciación instintiva—tan preciosa como arriesgada; pero tan imprescindible muchas veces—que consiste, no en la sabiduría, sino en algo infinitamente más rico: la *sagesse*, la discreción, el tacto, la cordura.

La novela de tesis para Trigo.

Al hablar, pues, de “tesis” refiriéndonos á las obras de Trigo, no quisiéramos, de ningún modo,

que fuesen confundidas con esas obras que, llamadas corrientemente "obras de tesis", vienen á ser unos como sermones difrazados, en donde lo literario no arrebató y lo demostrativo no demuestra.

Los extremos que Trigo quiere propagar, perteneciendo á la vida viva—á la emotiva, si se quiere—no pueden ser demostrados, sino mostrados simplemente: sólo pueden ser sostenidos con argumentaciones vivas—persuasivas, más que convincentes.

Y es que precisamente sólo cuando se emplea esa clase de argumentaciones, sólo entendiendo en ese sentido la defensa de una tesis puede ser emprendida tal defensa por una obra novelesca ó dramática.

En las obras de tesis no pueden demostrarse fundamentos, pero sí pueden exponerse sentimientos. No se puede demostrar que la Humanidad es monstruosa ó que es angelical, sólo con presentar una fábula dramática donde los personajes se conduzcan monstruosos ó angélicamente; pero sí horror ante las conductas monstruosas ó aquiescencia moral ante las conductas angélicas.

Trigo no se propuso demostrar; se propuso: por un lado hacernos sentir las amarguras existentes; por otro, hacernos sentir la atracción de otra vida mejor, y á su juicio posible; todo esto á fin de que nos sintiéramos inducidos á la mejora de la vida,

por dolor, en el primer caso, y por esperanza, en el segundo. Pero ni el dolor de lo actual, ni lo atractivo del ideal futuro, ni la necesidad de cambiar lo uno por lo otro, puede ser inculcado con razones si falta el elemento principal: el interés, el entusiasmo. Esta es cuestión de sensibilidad, de voluntad, más que de razonamiento estricto: es cuestión de producir vida, y, por lo tanto, á esos registros vitales han de dirigirse los argumentos.

Y no se sospeche, por lo dicho, que este procedimiento de argumentación viva sea, en fin de cuentas, con otro nombre y otras pretensiones, el tan usado por dramaturgos populacheros y oradores de latiguillo que acuden al sentimiento del oyente, excusándose así de razonar, y consiguen que el espectador, enardecido, sin razonar tampoco por aquello de que la razón es ciega y el corazón ve más que nadie, acepte el desatino primero que le presenten ante los ojos, sin pararse á mirar si aquello es corazón, en efecto, si hay cordura allí, ó si no hay más que una gárrula serie de vulgaridades y disparates ensartados en desplantes efectistas, tan desprovistos de corazón como ausentes de meollo.

Quiero creer que existe entre uno y otro caso una diferencia esencial, fácilmente visible.

El efectismo no es emocional siquiera: basa sus éxitos en la excitación casi mecánica de un tono, de

un gesto, de un arranque sobre nuestro sistema nervioso: es un fenómeno psicológico, reflejo, casi siempre, que apenas si trasciende de la esfera más baja de lo psíquico. El argumento vivo recurre á esa razón latente, subconsciente, que la conciencia universal pone en nosotros mismos, sin que nuestra razón individual logre descubrir todos sus designios sutiles.

En el efectismo se descubre la vaciedad en cuanto pasa el momento de arrebató, porque no pretende tener fundamento, sino gesto, apariéncia, *fachada*. En el argumento vivo, por el contrario, podrá ser erróneo ó discutible el fundamento; pero pretende fundamentarse, y tan á fondo, que no se contenta con el efectivo actual de la razón y quiere situarse en ese punto originario en donde, además de elaborarse las razones que hoy se nos dan como razón, siguen además elaborándose las que, destinadas á revelársenos mañana, se nos dan actualmente como marcha vital irrazonada.

«*La novela orgánica.*»

No envuelve Trigo en emoción sus razones por ganas de disfrazarlas y ocultarlas, sino por empeño de dar á la obra una contextura orgánica en donde la ley vaya envuelta por lo accidental, como en la vida.

Piense el lector, por un momento, en la diferencia entre un árbol cualquiera y un injerto. Vida son ambos; pero en el primero es la "naturaleza natural" la que hace el árbol, independiente del hombre, mientras que en el injerto, en cambio, una teoría humana, un pensamiento humano determina y condiciona la existencia del vegetal: es la razón del hombre, la que va tronco arriba incorporada á la corriente natural.

Trigo quería hacer con sus novelas algo parecido: algo así como un producto vivo que, sacado de la vida é incorporado á la vida, después de pasar por la razón, fuese con respecto á la naturaleza lo que son, respecto de ella, los seres obtenidos por selección artificial.

Aspectos de la novela orgánica.

En obras de este género se deberán tener en cuenta, por lo tanto, cuatro principales aspectos:

- a) Propósito inicial: principio á propagar.
- b) Homogeneidad viva de la obra en donde razón, emoción y acción formen un conjunto orgánico.
- c) Naturalismo novelesco (en parte), que coja la vida real y la reproduzca en vivo.
- d) Idealismo novelesco (en parte), que añada á la visión naturalista de la vida tal como es, la visión ideológica de la vida tal como puede y debe ser.

Estos cuatro aspectos son los que completan y caracterizan las novelas de Trigo.

Veamos ligerámente cada uno de esos aspectos:

a) *Propósito inicial. Tesis.*
Ejemplo: Tesis de La clave^a.

Tómese una obra cualquiera de Trigo, *La clave*, por ejemplo, y veamos detenidamente cómo su

construcción se determina con arreglo á una tesis que sostiene la obra entera, como una vértebra.

Supongamos un teorema que pudiera enunciarse de este modo: "Dada nuestra legislación moral vigente en materias de amor, el amor es el peligro mayor de nuestra vida."

Toda la novela se desenvuelve con miras á la demostración de este principio.

Sean, en efecto, los personajes que han de intervenir en el caso, nobles, bondadosos, leales, afectivos.

El marido, honrado, conocedor de su carrera, pensando sólo en trabajar para que de nada carezcan su mujer y sus hijos.

Gloria, la mujer, cariñosa, buena, fidelísima.

El sobrino del marido, bueno, honrado, afectuoso, soñador.

El sobrino va á la casa del matrimonio llamado por su tío, que, confiado y afectuoso, quiere llevarle allí para que se haga un hombre. El joven va, y al cabo de algún tiempo sobrino y tía están enamorados. Ninguno de los dos se lo propuso; ninguno de los dos se enteró de cómo el sentimiento iba creciendo en ellos al amparo de su misma bondad: os dos quedaron aterrados, con amargura y remordimiento, cuando el corazón les dijo la verdad de lo que ocurría. Y la verdad era ésta, horrenda: que siendo su amor puro y hondo y dulce, era tam-

bién, y acaso por lo mismo, "una gran desgracia".

(Una señora, un día, me argumentaba, al comentar esta novela: "Si ella hubiera sido una mujer como Dios manda no se hubiese enamorado de nadie:" Y añadía, con el rigor de la honradez: "¡Que no se hubiera casado para eso!")

(Evidentemente fuera mejor que nadie se casara si había de arrepentirse luego; que á nadie le atacara un amor cuando no ha de poder ser legítimo; y que las mujeres y los hombres todos fuesen, en efecto, "como Dios manda", y no sensibles á sentimientos que manda el diablo, por lo visto. Pero es el caso—y á esto tiene que atenerse el autor—que eso ocurre en la vida á cada paso, quieranlo ó no los interesados mismos, y hasta sin que ellos se den cuenta. El autor, por lo pronto, tiene que presentar lo que ocurre, y esto, sea malo ó bueno, ocurre, y ocurre porque está en nuestra naturaleza. Nace ese amor en ellos, y no sólo no es por maldad ni por villanía en ninguno de los dos, sino que él se enamora por verla buena, dulce, cariñosa con sus hijos, leal, angelical, y se enamora porque cree averiguarle un escondido, un callado secreto de tristeza. Y ella se enamora de él por verle atento, bueno, leal, respetuoso, puro, sinceramente remordido cuando descubre en sí mismo la verdad. Se enamora de él porque entre tantos otros que sólo se fijaron en ella para cortejarla por su lujo ó por

su belleza, él es el único que la descubrió el secreto triste de su alma sin ensueño.

Es decir, que de haber sido ella, coqueta y tentadora, culpable, intencionada, hubiera provocado el desprecio en la conciencia del muchacho, honradamente dispuesto á no máncillar la hospitalidad confiada con propósitos seductores; de haber sido él conquistador, ella le hubiera rechazado por instintiva repulsión de honrada ante un traidor; pero al verlo con remordimiento y dolor sinceros, al verlo queriendo luchar contra aquel amor, lo ve honrado, leal, estimable, más estimable cuanto más trata de evadir el conflicto. Por ser buenos es por lo que precisamente se enamoran; cuanto más lo son más se estiman; cuanto más rivalizan en propósitos de abnegada lealtad más se ennoblece cada uno á los ojos del otro y mayores son por esto mismo los motivos para quererse.

“Debo tu afecto á tu piedad—dice ella—. Y tú, sin yo quererlo tampoco, empezaste á encender el mío en la gratitud; porque tú, entre el mundo entero que me cree dichosa, eres el único que acertaste á verme infortunada.”

La primera parte del teorema está así planteada: *Cuanto mejores sean los interesados, más amor*. Y este primer principio es el fundamental de toda la primera parte de la obra.

Gloria, la protagonista, enuncia por sí misma el

principio de la segunda parte, diciéndole al muchacho:

"No podemos movernos sin dañar á nosotros mismos ó á los otros, y esto, principalmente, *sin que ya con ninguna solución podamos evitar el daño nuestro.*"

Á evidenciar esto se dedica la segunda parte de la obra.

Tres salidas, en efecto, quédanle á los enamorados:

1.º Seguir el camino del egoísmo cruel, yéndose juntos donde bien les parezca, sin atender al daño ajeno.

2.º Seguir el camino de la crueldad consigo mismos, del deber abnegado y renunciar ellos á su amor, separándose para siempre.

3.º Seguir el camino diplomático de quererse y ocultarlo, no por falsía, sino por evitar escándalos y dolores.

Los tres caminos llevan á desgracia.

Como persisten en su propósito de honradez y de abnegación, rechazan el camino primero. Entre sacrificar á todos para lograr la dicha propia ó sacrificar esta dicha para no herir á nadie, prefieren esto último.

El camino de la abnegación absoluta es, en efecto, el más heroico; pero, atienda el lector y vea que, si se acepta este camino, tiene que aceptarse como

consecuencia ineludible la afirmación puesta como punto de partida: el hecho de que dos personas buenas se enamoren, y se enamoren por el influjo recíproco de su propia bondad, es un delito tan horrendo que exige, para ser expiado, el sacrificio de los dos que se quieren. Por lo tanto, las leyes del amor andan de tal absurda manera formuladas, que enamorarse ante lo noble pone en trance de sacrificar nuestra vida y de sacrificar la vida amada, como si se tratara de extirpar el sentimiento más monstruoso de la tierra.

El autor ha hecho seguir á sus personajes el camino intermedio: el más corriente y más humano: ceden en parte ante su amor: caen en culpa porque humanos, débiles ante la fuerza de lo grande, puede más en ellos la pasión que sus buenos propósitos. Pero pasado este momento de vehemencia se sobrepone el deber, y se separan.

Decide el sobrino no volver por la casa de sus tíos para alejar la tentación; ella acepta, por la misma razón, el alejamiento. Pero el tío se enoja ante las evasivas del muchacho, y, achacándolas á desvío, llega á requerirle con cariñoso resentimiento, casi á imponerle con autoridad que vuelva por la casa. Gloria se opone á ese requerimiento con pretextos; la madre del marido, sospechosa de lo que ha ocurrido entre Gloria y el chico, se opone también, queriendo evitar á todo trance que una circunstan-

cia adversa, buscada con inocente ignorancia por el marido, haga fracasar á los enamorados en sus heroicos propósitos de fidelidad á todo trance. Pero la actitud inesperada de ambas mujeres, unido á la inexplicable y repentina resistencia del muchacho á volver por la casa, bastan y sobran para que el hombre éntre en sospecha, en deducciones luego, y, por último, en certidumbre de cuanto ha ocurrido en la casa. "Mi madre y mi mujer—viene á pensar él—se oponen con tan viva unanimidad y tan débiles pretextos á un suceso baladí, porque... ha dejado de ser baladí, sin duda alguna."

Y la lógica, las sospechas, el acecho, el tormento y el descubrimiento, por fin, traen la muerte de aquel hombre honrado que, aparentemente preocupado de todas las conquistas materiales, no puede sobrevivir al derrumbamiento de su fe y de su amor.

¿Es la traición lo que mata al hombre leal; es la falsía de las personas adoradas por él? No es eso; falsa era antes la esposa cuando fingía felicidad á su marido, estando, sin embargo, eternamente triste y sin amor en su jaula dorada. Aunque los amantes no hubieran cedido á la pasión ni un momento, no por eso hubiera dejado de ver deshecha el marido su ventura de amor, de haber podido ver el alma de su esposa.

No es que le hayan quitado el amor de su mujer, porque nunca lo tuvo: lo que en rigor descubre el

marido, lo que le mata, es la verdad de que no le quieren. Y como esto ya sucedía antes, resulta la irónica conclusión de que el perjuicio verdadero para el esposo proviene de que no puede seguir engañado como siempre lo estuvo. Es decir, que cuando verdaderamente le causan el daño es cuando quieren respetarle, es cuando quieren alejar toda tentación de caída y de falta.

¿Hubiera sido, entonces, mejor—cabe pensar—el tercer camino, el de amarse con disimulo, procurando ocultarlo á las gentes, aceptando la pasión y no el sacrificio?

También este camino tiene sus riesgos. Á mostrarlo tiende la tercera parte de la obra.

Muerto el esposo, podrían los amantes unirse bajo todas las bendiciones y vivir juntos, libres. Pero el autor quiere saber lo que ocurriría á los dos amantes si, en este último trance, confirmaran la conducta de miramientos y respetos, único caso que, dado lo que se quiere demostrar, interesa en este momento.

Casarse recién muerto el esposo fuera como reconocer públicamente la verdad de lo que andaba en lenguas; pero sólo con carácter de habladuría maldiciente. Casarse fuera además poner en peligro determinados derechos de la mujer en los negocios del marido y, por tanto, privar á los hijos del bienestar material y de todas sus consecuencias.

Como ellos no quieren anteponer su amor á los intereses ajenos, siguen disimulando ante la sociedad y siguen viviendo distanciados, separados, sufriendo.

En esta situación, un viaje de ella, un encuentro de ambos, trae por consecuencia el embarazo; una vez embarazada, va al aborto para evitar mayores males y en el aborto muere...! No pudieron moverse sin dañar á todos los de alrededor y dañarse ellos mismos.

Claro es que no todos los sobrinos se enamoran de sus tías; que podía, por lo tanto, Julio no haberse enamorado de Gloria; que podía no haberse enterado el tío; podía haber sido rico Julio, y, por tanto, haber legalizado su amor á la muerte del tío, sin privar por eso de porvenir á los hijos del primer matrimonio; podía no haberse embarazado; podía no haber muerto en el aborto; y podía, en suma, haberles favorecido la suerte en todo, con lo cual la novela no existiría, y menos las consecuencias demostrativas que de ella quiere derivar el autor. Ciertó todo eso. Pero lo que interesa saber al profiláctico es que puede haber y que hay casos—casos endémicos—de contagio, no que haya personas que, por suerte, pasan, inmunes, la epidemia.

No quiso el autor hacer una novela en la que los partidarios del amor se entusiasmaran viendo que al fin los enamorados logran disfrutar sus amores;

ni quiso, por el contrario, satisfacer á los partidarios de la abnegación presentando el caso de dos mártires del deber, heroicos y firmes; prefirió el único caso que servía á su propósito: el más fácilmente generalizable: el caso de dos seres ni completamente buenos, ni completamente malos, como todos, y que, puestos á defenderse en esta humana lucha entre sus sentimientos de abnegación y sus sentimientos entrañables, son tantos los peligros y tan casi inevitables las probabilidades de desgracia, que se llega, forzosamente, á las dolorosas conclusiones siguientes:

Que el contagio de amor se manifiesta con tanta más gravedad y carácter irremediable, cuanto más hondo es el amor y más sincera la honradez de las personas atacadas.

Que nuestras leyes subordinan la vida del amor á exigencias económicas y á prejuicios morales.

Que el contagio amoroso es, por lo tanto, una de las calamidades más temibles de cuantas puedan acaecernos.

Y que, según todo esto, no nos quedan, consecuentemente, más que dos posiciones:

Ó evitar recelosamente todo trato, todo movimiento de simpatía para alejar lo más posible la *horrenda contingencia de enamorarnos*.

Ó ver si, modificando nuestro modo de pensar y sentir, conseguimos, al fin, que esa contingencia de

amor, que debiera ser tan halagüeña, deje de ser la mayor de las plagas.

Esa es la columna vertebral de la obra, y todos los personajes son como son, dicen lo que dicen y actúan como actúan por exigencias rigurosas de ese primer punto de partida.

Si cuantos personajes intervienen son absurdos, descabellados, excepcionales, la novela es absurda; si, por el contrario, son corrientes, normales; si lo que á ellos acontece cae dentro del dominio de lo que puede acontcernos á cualquiera, entonces el propósito de la obra está cumplido: las consideraciones suscitadas por ese caso pueden ser aplicadas á cualquiera de los casos análogos que con gran frecuencia encontramos en nuestra propia vida ó en la de nuestros allegados, y suscitar en nosotros el dolor que aviva las conciencias, modifica los ideales é impulsa á intervenir de un modo activo en la reforma de la vida.

Véase aquí, aclarada en un ejemplo concreto, la diferencia que antes establecimos entre las obras de tesis entendidas á la manera de Trigo y las obras de tesis pseudodemostrativas que corren por esos mundos á diario.

Si Trigo, con la fábula de *La clave*, que acabamos de especificar al detalle, hubiera querido demostrar que no vale la pena ser honrado, trabajador, confiado, amante, porque la mujer y los ami-

gos en quienes ponemos fe y cariño nos engañan, hubiera sacado del suceso una consecuencia que, á más de falsa, no cae dentro del alcance demostrativo de lo novelesco.

Pero si el autor, ante la trama, se limita, según se ha dicho, á deducir como en lamento ó como en crítica, que esa bondad que á tales conflictos lleva es imperfecta y nos deja con ansia de otros principios amorosos, según los cuales se encuentran dos personas de buena fe frente al dilema de elegir entre la traición ó el sacrificio de la vida sólo por el delito de quererse; si á esto se limita el comentario, consecuencia ó "tesis", entonces el autor no excede los límites propios del artificio que maneja.

*Ejemplo: Tesis en las obras
restantes de Trigo:*

La misma dirección podría aplicarse á cualquiera de las otras obras de este autor, y veríamos igualmente cómo todas ellas están construídas en torno á un eje demostrativo.

Las Ingenuas: conflicto del instinto ingénito en la mujer que, por no estar encauzado y dirigido por la razón, por la clara inteligencia de la vida, lleva, ó á los sacrificios dolorosos de las renunciaciones (sin conformidad casi siempre), ó á la perdición de las que se entregan, por

amor, en manos de los seductores de oficio. Suficientemente nobles aún en España para refugiarse en las componendas conciliadoras de las vírgenes á medias, quédanles á las pobres ingenuas ó la frivolidad, ó el vicio profesional ó el matrimonio de cálculo: "hipocresía, fracaso, ó descaro".

La sed de amar: caso de un hombre de ansias totales—con toda carne, sí, pero también con todo ensueño—que se estrella y va rodando de amores en amores, no encontrando más que pedazos del amor en cada uno, pedazos desintegrados, cuando no corrompidos, y llega á la conclusión de que hoy es la vida un vasto tormento universal en donde el mundo entero pide con sed "que no sean bestias las mujeres, que sean bellas, inteligentes, dignas, fuertes... Que no haya prostitutas, ni cloróticas, ni histéricas, ni tísicas... Que no sean los hombres esclavos del trabajo, para tener tiempo de ser nobles, de ser hombres, de querer, de sentir, de pensar..." Quiere demostrar esta novela que "la sed de amar eterna" es la "tortura de la vida" y que, insatisfecha esta sed, "aulla odios y estalla violenta, porque el amor, aprisionado y comprimido, es dinamita".

Esta misma preocupación doble de *La sed de amar*—la iniciativa adolescente en el amor, y el amor encontrado á pedazos cuando más, pero no íntegro—es un retornelo persistente en la obra entera de Trigo: viene á ser *Reveladoras* y *En camisa*

rosa, en lo que se refiere al efecto educativo de las lamentables condiciones en que se nos revela el amor; viene á ser *En la carrera*, en lo que se refiere á las dificultades económicas y sociales que se oponen al cariño de dos muchachos jóvenes que quieren unir su amor y no *esperar* enfangándose en amores mercenarios ó en componendas perniciosas; viene á ser *Las posadas del amor*, en lo que se refiere á la disociación del amor espiritual por un lado, inhumanamente sublimado, y el amor carnal por otro, envilecido y enviciado en las mujeres de placer.

Del frío al fuego: planteamiento doloroso de este problema: ¿Qué debe ser más respetable, el mandato del amor ó el mandato de un hombre que en nombre de un código transitorio y de vigencia no universal, quiere impedir á otro sér la expansión de su vida? ¿Qué tiene más derecho á regir, la ley del sentimiento humano, ó las leyes escritas formuladas á espaldas del sentimiento humano?

Sor Demonio, Lo irreparable, A prueba, El papá de las bellezas, y, en parte, *Las Evas del Paraíso*: sátira del honor social, del honor nominal de los códigos caballerescos, siempre en contradicción con la conducta de los mismos honorables.

La Bruta: Sátira del amor pseudo intelectualizado de los intelectuales sedicentes.

El médico rural: Crisis del hombre maduro, como

La sed de amar es la crisis del adolescente, ante el desorden económico, afectivo, ideológico y político de la vida

Jarrapellejos: Algo parecido al anterior: crítica social del cacique como elemento político obstaculizador de todo progreso nacional y hasta privado.

Homogeneidad viva. Ejemplos:

Los abismos: triunfo de la espontaneidad natural de la inteligencia y del corazón sobre los abismos de la conciencia social vigente, artificiosa y convencional.

Véase ahora el segundo aspecto: la fusión orgánica de los elementos varios de la obra, la fusión de pensamiento, sentimiento, acción y anécdota.

Recuerdo que una vez, corrigiendo Trigo á un principiante le decía: "Esas reflexiones que usted pone en boca del personaje son muy cuerdas; pero figuran como pensadas por él en un momento en que no puede haber ni la suficiente calma ni la suficiente pausa en la conversación para pensarlas. De ahí que el lector no consiga entrar en situación y no pueda sentir que las reflexiones se le están ocurriendo al personaje, sino que las intercala allí el autor porque tiene gusto en ello."

En sus propias obras procuró siempre, con gran rigor de construcción, poner en práctica esas normas que aconsejaba al principiante. Diseminadas

por todas sus novelas, se encuentran consideraciones críticas, comentarios morales, incluso alusiones polémicas; pero siempre intercaladas en algún claro de la acción, siempre además tomando los ejemplos, las comparaciones, de objetos ó sucesos de la novela misma; interrumpiendo á veces el razonamiento para atender á pormenores accesorios, como fumar, besarse, recoger una carta que llega...

En un cuento casi burlesco, pero que lleva en el fondo una idea cara á Trigo, en *Ast paga el diablo*, hay una argumentación irónica acerca del pudor; allí puede verse cómo los argumentos van apareciendo entre los detalles maliciosos de la escena y cómo la calidad del argumento y la manera de exponerlo están perfectamente de acuerdo con la psicología de la persona que los dice y del momento.

Juegan al billar una dama coqueta y el secretario de su marido, joven tímido á quien ella quiere quitar la timidez. Y ella, al cabo de unas cuantas bromas y de unos estudiados descuidos, en los que finge una caída y finge luego pudor de haberle enseñado las piernas al caerse, reflexiona y le espeta al secretario, como en explosión de inocente franqueza:

“—En verdad que son problemas estos del pudor. En la calle y en visita no debe verle nadie á una mujer más que la cara y las manos. En un teatro, ya pueden verla los brazos, el pecho. En una playa, las piernas. Y con los besos lo mismo: Llega uno,

me da un beso en la mano, y... cortesía; en cambio, en la cara sería malo..., ¡y todo es piel! Francamente, no lo entiendo. Tenía ganas de hablar alguna vez con un doctor en ciencias para preguntarle estas cosas... ¿No es usted doctor en ciencias?

—En Letras, en Filosofía y Letras, señora, y nada más que licenciado.

Se le fué la carambola.

Jugó ella, no la hizo, y expresó, sentándose:

—Es igual. Y acaso preferible, porque son cuestiones filosóficas, Vamos á ver: ¿en qué se funda todo esto del pudor?

¡Demonio! Tragó saliva el licenciado. Tiró, dió pifia, y fué á decir frente á ella, que continuaba sentada en el diván y apoyándose en el taco:

—Del... pudor. ¡No comprendo bien, señora!

—He pensado que habría de ser no curioso solamente sino hasta necesario para la firme educación moral de una mujer, que alguien que lo sepa le dijese: "Mira, lo mismo que en una vaca cuando se vende por kilos hay carne de primera, y de segunda, y de tercera, y hasta despojos que valen poca cosa y que no importa regalar, hay en vuestro cuerpo tales sitios que no afectan al pudor, y cuales otros completamente reservados. El límite además es éste... y la razón... ¡oh, sí, la razón es lo importantel... esta que le explico." Es decir, amigo mío, esta que debe usted explicarme. ¿Cuál?

—Ah, señoral...”

En otra ocasión (*Alma en los labios*) aborda la cuestión de la sensualidad. Se inicia con el pretexto natural de que, estando el protagonista sentado en un diván, oye el broche de las ligas de la mujer que se desnuda á sus espaldas; la dice cómo por sólo ese detalle se la figura desnudándose.

“—Sensual—le acusó ella, sin dejar de desnudarse.

Él fumó. Saboreó el humo amoroso y el ardiente sensualismo de aquella voz apagada. Una argolla de humo subía más densa en la azulosa nube retorciéndose en sí misma.”

(Obsérvese cómo estas dos líneas de descripción quitan á la sensualidad de la escena toda vehemencia apremiante y la convierten en situación de intimidad matrimonial, tan propicia para derivar á los amorosos abrazos, como para recoger en charla íntima las reflexiones que con motivo de la escena se presentan.)

“—Y bien, veamos—dice el hombre—¿qué piensas tú, Gabriela, de la sensualidad?”

Y antes de entrar en más serias explicaciones, replica ella esta frase admirable de vida, de feminidad, de naturalidad psicológica.

“—¡Oh, qué pregunta!... ¡Que vale más...no pensarla!”

De esta manera Trigo, que fijaba primero la tesis,

que subordinaba todo á un propósito previo y abstracto, lo desenvolvía luego vitalmente, entrelazando los propósitos cerebrales con escenas y réplicas de viva observación.

c) *Naturalismo novelesco.*

Trigo fué un excelente novelador naturalista; necesitaba serlo, como medio para sus fines, aunque el novelar por novelar no fuera la finalidad de sus doctrinas.

Para lograr esa identificación del lector con la obra de que ya se ha hecho mención, para que el dolor ó la esperanza que sienta el lector con la lectura pueda ser aplicable á la vida, era necesario que personajes, ambiente, fábula fueran de indudable autenticidad, de naturalismo evidente. Era necesario que el medio en que se movieran los personajes fuese el medio cotidiano del lector mismo; que los sentimientos y convicciones que determinasen la acción de la obra fuesen los predominantes y vigentes en la época del lector y de la obra; que la acción fuese la que en cualquier momento de nuestra vida podría producirse á diario. Sólo así, viendo cómo, por ejemplo, en el caso escogido por nosotros de *La clave*, viendo cómo, minuto tras minuto, va naciendo el amor entre dos personas inocentes, es como nos sentimos parte con su ino-

cencia y con la injusticia del destino; sólo viendo y sintiendo las cualidades buenas de los que van á ser culpables y de los que van á ser víctimas, y reconociendo que aquel caso puede acontecernos á cualquiera fácilmente, pues nada hay en él que no éntre en la circunscripción habitual de nuestras contingencias posibles, sólo entonces podemos sentirnos dentro de la obra íntegramente.

Tenía que ser novelador naturalista excepcional quien llevara á cabo tal empresa; por eso pudo Trigo ser considerado por la crítica de novelas, y por eso—aun desdeñando el calificativo de artista y el de novelista—pudo ser el novelista más grande que, después de Galdós, ha tenido España en estos cincuenta últimos años, el novelista que con *La clave*, *En la carrera*, *Las Ingenuas*. puede ofrecer, junto á *La regenta*, de Clarín; *La quimera*, de la Pardo; *Fortunata y Jacinta*, *Los Torquemadas*, *Miau ó Lo prohibido*, de Galdós; *La barraca*, de Blasco, y acaso *La lucha por la vida*, de Baroja, las únicas novelas-novelescas de primer orden que se han producido entre el siglo pasado y lo que llevamos del presente.

En descripciones de medio ambiente, en episodios de emoción, en aportaciones psicológicas y en personajes secundarios, allí donde el autor pueda permanecer ajeno á toda consideración tendenciosa, aparece con vigorosa madurez el gran novelador naturalista.

El medio provinciano español de *Las Ingenuas* y de *La sed de amar*, en lo que se refiere á la vida de la juventud, á sus correrías y amoríos; el medio borroso, mezquino, de paz muerta ocultando hipocresías y pequeneces de poblacho, en *El médico rural*; la desenfrenada barbarie impune de las provincias caciquiles en *Jarrapellejos*; la vida estudiantil de *En la carrera*, la visión campesina de aldeas y pastores en *Los abismos*, la misma vida á bordo de *Si sé por qué* ó *Del frío al fuego*, todo ello está lleno de animación, ambiente, atractivo veraz, exactitud de buen novelador que sabe dar intensificada su fuerte visión del natural.

En los episodios ocurre lo mismo: Canedo citó el cuadro de invasión de langosta en los campos con que comienza *Jarrapellejos*; añádanse á éste la noche de insomnio, dudas, furor y llanto y fiebre que acaba con el marido leal en *La clave*, el espionaje celoso del marido en *Sor Demonio*, el asesinato de una moza en *Jarrapellejos*, la tensión amorosa de temor y esperanza de los padres sobre la cuna del hijo que se muere en *El médico rural*, las escenas de casa de huéspedes de *En la carrera*, una operación en el quirófano de San Carlos de *Los abismos*, aquel idilio de dos niños, conmovedor episodio que cita en su obra póstuma, *En camisa rosa*, y que le sirvió para idear *Reveladoras*; la noche de la insurrección filipina en *Las Ingenuas*...

Todos estos episodios son de un novelista extraordinario, y todo ello está conseguido sin recurrir á erotismos, ni á filosofía, ni á idealismos de exaltación social ó de lirismo oratorio, vista la escena en el natural y representada luego en la obra sin más recurso defensivo que el poder recio y viviente de la evocación.

Dígase lo mismo con respecto á personajes secundarios, "tipos" que allá en segundo término, allá cuando la acción principal hace una pausa, cruzan por la novela, fugaces, para no interrumpir la cohesión de los términos principales, pero con trazo vigoroso de gran escuela.

Téngase en cuenta, por ejemplo, aquel marido imbécil de *En la carrera*, que, aburrido en todas partes, "con las manos en las rodillas, abría una boca colosal, en sus bostezos ternillosos, proyectando la lengua, abarquillada por la punta, igual que los podencos".

Y el negro violinista de *Si sé por qué*, pelele suicida que cae al mar "como un desbaratado muñeco entre el vuelo de las faldas del chaquet y de sus brazos extendidos, las zapatillas por el aire"; y aquel otro tipo de señorite embrutecido, *El centauro* de *Sed de amar*, que, borracho de *cognac*, borrachos de *cognac* el caballo y los perros, galopa tambaleándose, con el cortejo de galgos ebrios, de casa de una querida á casa de otra... Aquel tipo de casino que se pasaba la vida mondanando afiligrana-

damente una bellota... El don Desiderio Gamboa de *En la carrera*, huesoso, fúnebre, con perilla y gafas, que, ajeno á la deshonra pública de su mujer, liviana, y de sus hijas seducidas, buscaba huellas de minas en la tierra, golpeando con un martillo todas las piedras que encontraba.

Todo esto es de excelente calidad y todo ello de cepa naturalista, es decir, de escuela que busca la excelencia en la animación veraz del asunto vivo, en la fuerza de evocación y en el carácter, no en la belleza propiamente dicha.

Deficiencias de Trigo.

Esta facultad es la que eleva y sostiene á Trigo; sin esta facultad de ver y sentir el natural inmediato con claridad y con vigor, Trigo no hubiera sido nadie.

Cuando piensa tiene certero sentido común, inteligencia natural clarividente y lógica polémica de sagacísima sencillez—todas las excelencias de un pensamiento natural—; pero carece de vuelos y profundidades ideales.

Cuando alude á obras ajenas revela siempre un conocimiento parcial y precipitado de las obras: se pasó la vida entera combatiendo el “Si vas con mujeres no olvides el látigo”, de Nietzsche, sin haber comprendido el sentido de la frase y sin tener otro

concepto del pensador alemán que los cuatro tópicos erróneos que corren por el mundo.

Cuando habla de Arte, no digamos: de Fidias y del Greco tiene, de pasada, apreciaciones que no llegan á ser herejías porque se quedan en infantilidades.

Incluso en los arranques de sentimiento, cuando no habla de corazón y quiere "embellecer", cae en lo declamatorio artificioso.

Si en sus obras se busca esa estilización idealizada que, incluso cuando se atiene al natural, lo inviste con la depuración de la estirpe—condición que hace al creador artista verdadero—ó no aparece en Trigo porque no la intenta, ó si la intenta cae en lamentables espectáculos.

Los gustos de sus personajes en comidas, costumbres, trajes, mobiliario, decorado de las habitaciones y monumentos ú obras de arte preferidas, son de un provincianismo candoroso que sueña con suntuosidades de opereta. Esas mujeres con sortijas por todas partes, y esos cigarrillos egipcios fumados en alcobas donde un dosel de cortinas granate abre su pompa sobre la cama nupcial, también de rojo "diabolesco", ó esos encajes y rasos de suave azul que hacen del cuarto un ensueño célico á la luz perla del globo de la lámpara eléctrica; todo eso es isidrismo y refinamiento de gabinete reservado de algún precio.

Me atrevería, sin embargo, á insinuar—como atenuante—la observación de que cuando el autor describe los vestidos, ó las casas, ó las preferencias de sus personajes, habla siempre por cuenta de estos y no suya, con lo cual la opinión ó el gusto artístico expuestos no deben tomarse como tales, sino como un dato más á caracterizar al personaje de la obra. Lo que estéticamente es una herejía, desde el punto de vista ético ó desde el naturalista puede no serlo, ni con mucho. Son de gustos cursis casi siempre sus personajes; pero es que no impide el ser cursi para que tenga razón de ser todo lo demás que la novela se propone como fundamental. Es que el ser cursi no impide el que pueda ser grandiosamente intensa, humanante, la voluptuosidad de una noche de amor, ó la desesperación de un padre porque muere su hijo.

Para un criterio naturalista nada importa el mal gusto; al contrario, caracteriza á veces más que la belleza y que la depuración. Para un criterio ético, menos: la gente que prefiere un cromo de almanaque á la *Gioconda* tiene su alma en su almarío, como el primer amator de arte—quizás más, si éste es sólo amator, dilettante voluptuoso—; y estas obras de remoción social persiguen precisamante la obtención de ventajas sociales, de venturas humanas de la vida que todo el mundo anhela y que todo el mundo aprecia por el solo hecho de haber nacido y

de ser tan sér humano como el más refinado aristócrata del arte.

Pero prescindiendo de todo esto, y dicho más bien á título de freno y contestación á determinadas posiciones de refinamiento erróneo y excesivo, conengamos en que, si la aptitud del autor para el gusto hubiera sido tanta como su aptitud para coger la expresión de la vida, su naturalismo hubiera adquirido otra elevación en el orden artístico, sin que se perjudicara por ello el propósito final y absorbente de la obra.

Al contrario, su concepto del amor, tan fundamental y decisivo para la eficacia de la obra entera, padece no poco, y se llena de equívocos, porque ese matiz chabacano de su gusto lo acerca, en ocasiones, mucho más á lo cocotesco que á lo natural.

Son demasiados lazos y camisas con encajes, broches de ligas, y sortijas; demasiados perfumes en las enaguas de sedas y volantes y colores de un gusto muy dudoso. Un hombre sencillamente humano encontraría en esto demasiada artificialidad civilizada; un hombre de civilización, encontraría, en cambio, en todo ello, demasiado olor á cupletista.

Debido á este afán de "elegantizar" con adornos el amor, resulta que luego suena á falso también, á forzado, el propósito de mostrarnos á sus protagonistas femeninos andando desnudas por la casa y hasta tocando desnudas el piano; para sostener la

defensa del desnudo no era necesario que desnudara á sus protagonistas, quienes, siendo tales como el autor nos las describe—mujeres de nuestra vida corriente, no discípulas de ninguna Duncan—se habrán de mover con torpe encogimiento, y sobre todo se... resfriarán en cuanto quieran practicar ese paganismo improvisado.

Carácter accesorio de estas deficiencias.

Pero estos defectos no son esenciales en la obra: su constitución arquitectónica y la animación viva y emocional de la obra entera se mantienen triunfantes á pesar de estas equivocaciones accesorias.

Estos eran momentos de flaqueza que tenía en sus obras como en su vida misma; pero en el fondo, lo más íntimo y más sinceramente perdurable era el hombre natural—y hasta niño—riéndose de esa civilización engalanada, ó censurándola. En vísperas de un viaje conversábamos y le decía yo cómo el arte de la modistería ha conseguido embellecer á la mujer, añadiéndole á sus atractivos naturales las bellezas de la flor, del pájaro, del capricho arbitrario, pero bello. Y él me escribía á los pocos días una carta: "...Así me quedé reflexionando aquella noche, después de *Parisiana*, hasta encontrar lo deleznable de tu argumento acerca del adorno femenino. En

efecto, una mujer elegantemente vestida de última moda, nos place... y nos place acaso más que desnuda por perfecta que ella sea; porque de aquel modo, sobre su belleza natural, que adivinamos ó suponemos bajo las galas, nos ofrece también el encanto del arte coquetón de sus adornos. Pero ¡ay, amigo Manolo!, ¡si quieres apreciar lo secundario de este elemento estético sobreañadido, lo falso aún, no tienes más que fijarte en que de seguro, nuestros abuelos hallaban el colmo de lo *chic* á sus damas de miriñaque... y hoy nada nos parece más ridículo, más feo... Y esto, naturalmente, sin perjuicio de imaginarnos *perennemente tan lindas* á nuestras contemporáneas como á las jóvenes contemporáneas de nuestros abuelos... desnudas!"

Otro día me enseñaba un *ex-libris* que le había enviado un dibujante; y al decirle yo: "No está mal hecho", me respondió: "No estará mal; pero esa mujer con medias ahí, va precisamente contra mi idea toda de amar á la mujer, no á lo sicalíptico de la mujer con postizos."

"Ah, sí, el bello salvajismo—había dicho en *El médico rural*—¡La patriarcal y primitiva sencillez!... ¡Qué error el de las grandes ciudades con sus vicios, con sus lujos!... Todo en ellas neurastenia y muerte... siendo así que la verdadera vida podía constituirse en sus venturas con tan poco!" (149).

Y en *Si sé por qué*, cinco años más tarde, vuelve

al tema de compaginar naturaleza y civilización: "Solemos encontrar á un cabrero que no ha querido abandonar su choza de los riscos... Nunca salió de estos contornos, ni de su edad tiene otra idea que la de haber nacido cuando "hubo un cólera muy grande"... Explicanos la filosofía de su existir encerrada en pocas normas: si tiene gana, come; si tiene sueño, se tumba; cuando sale el sol es "que amanece", y si siente frío échase encima la manta y será que "s'acabao la buena temporá"... Le dejamos, pensando que sobre las peñas y bajo el cielo azul dejamos una felicidad que forjó la Naturaleza, y al llegar á nuestro *chalet* y encontrar periódicos y revistas de Madrid .., los lujos cortesanos de algún salón con sus hombres de frac y sus damas escotadas, nos parecen un absurdo. Tan lejos de la barbarie se han ido para llegar á otra barbarie de plumas y de joyas, en busca de la felicidad, que ya no sabrían ni comprender la del cabrero

"Tal vez el término justo no consistiese más que en quitarle al uno las roñas del cuerpo y de la cara, obligándole á bañarse en agua y pensamiento, y á los otros las del alma, obligándoles á bañarse en sencillez y en inocencia."

Quien esto dice y nos repite en una y otra forma, novela tras novela, libro tras libro, tiene derecho á no entender gran cosa de adornos si un día cae en la debilidad de engalanarse. Todo lo más quiere

decir que su argumento á él le alcanza, y que él, hijo de la civilización, no supo bañarse del todo en sencillez y en inocencia, por haberse alejado del cabrero sin haber llegado, en cambio, á través de la civilización, á lo que de inmortal lección persiste en el cabrero, incluso para el que de veras quiere refinarse.

Pero es que sus obras son eso precisamente casi siempre: un grito de dolor contra el mal corruptor que reconoce en él mismo más que en nadie.

Él era pecador, partícipe del mal que combatía, y sólo redimido en parte por esa conciencia clara de su mal y porque, cuando fundamentaba lo esencial de su doctrina, rectificaba siempre lo que hubiera podido comprometer en desfallecimientos accidentales.

Idealismo novelesco.

Pero Trigo no se ajustó jamás á un naturalismo inmediato y estricto y rebasó este dominio en constantes alusiones ó escarceos por terrenos ideológicos.

Esa derivación hacia la ideología es propensión lógica de la tendencia naturalista, en general. Recuérdese que en el movimiento naturalista por antonomasia—el francés de mediados del xix—iban entremezclados varios elementos, independientes y

quizás irreconciliables: la crítica social, por un lado, y por otro la entronización de la realidad experimental como base de verdad y de belleza: la belleza estaba en la verdad, la verdad en la experiencia, y en la experiencia el fundamento, la guía y hasta quizás la razón última.

En estos principios se albergaba un equívoco: el sentido del concepto "verdad". Aunque artistas y moralizadores proclamen de consuno "¡ante todo verdad!", no de la misma verdad hablan; el moralizador se refiere á una verdad ética y la predica por odio á la mentira; el artista dice "verdad", queriendo decir "naturaleza", y la preceptúa por estimar que hay en el natural más riqueza que en las reglas abstractas y académicas.

Este equívoco, inherente á la escuela, tenía que determinar en ella una bifurcación. Y así se tiene el caso de un Flaubert que aprovecha el documento humano, pero con perfecta impasibilidad moral, tocando en la inhumanidad de puro no ser más que artista espectador y reconstructor implacable; y se tiene, al mismo tiempo, otra tendencia tan predominantemente moral, tan guiada por un ético afán de inspección pública, de renovación social implacable y austera; que los mismos Goncourt, aristocráticos y preciosistas, antidemocráticos por esencia, hubieron de hacer obras de tendencia social; y que el doctrinario del grupo, Zola, tanto ó más político que

artista, hubo de fundamentar la tendencia en Claudio Bernard por una parte y en la democracia política por otra.

Y tan es esto así, que de ese movimiento han provenido dos clases de obras—unas, las novelas de agitación social; otras, las novelas de fenómenos clínicos ó de excepciones patológicas—, que tienen más que ver con la demagogia ó con las ciencias naturales que con la estética propiamente dicha.

Trigo provenía de estas últimas tendencias extremas, disidentes.

Al colocarse en esta posición queda rebasado el materialismo automáticamente.

El moralizador persigue un fin, la adecuación de la vida á un módulo, y esto es cualquier cosa menos supeditación del hombre á las fuerzas naturales. La idea busca á la naturaleza como cómplice imprescindible; pero es la idea la que proyecta y determina.

El naturalismo de Trigo tenía que teñirse de ideología forzosamente, por lógica derivación del camino iniciado.

Él era moralista y tenía que injertar—como se ha dicho antes—en el elemento vivo del naturalismo, el elemento, no menos vivo, pero abstracto, de la idea, de la finalidad humana, ética.

Idealismo naturalista.

La proporción en que se combinen estos dos elementos — naturalismo é ideología — debe ser el módulo que sirva para clasificar las novelas de Trigo.

Así resultan tres grupos definidos, perfectamente claros y perfectamente comprensivos de la tendencia completa del autor.

En las obras del primer grupo quiso Trigo presentarnos la vida con arreglo al tipo medio que constituye la normalidad corriente, en la que los factores de la época se manifiestan con más poder y en donde los individuos se debaten aprisionados entre leyes contrarias, sin alcanzar la fuerza necesaria para evadirlas. Para conseguir esto no tuvo más que atenerse al naturalismo inmediato, á lo que se ve normalmente. (*Las Ingenuas, Sed de amar, La bruta, Jarrapellejos..*)

En el segundo grupo quiso probar el novelista cómo dentro de nuestra sociedad, pese á todas las leyes contradictorias y esclavizantes, hay personas que pueden emanciparse de ciertos prejuicios y alcanzar con ello la posición espiritual capaz de permitirse una excepcional libertad de movimientos. Estas son las novelas de transición, en donde los personajes no son utópicos, sino de selección, simplemente; ejemplares superiores al común de las

gentes, que siempre se dan en las sociedades, pero que se dan con escasez. (*La clave, La Altísima, Las posadas del amor, A prueba, etc.*)

En el tercer grupo, por último, forzó el caso de superioridad excepcional con objeto de presentar el tipo capaz, no sólo de domar las leyes vigentes á su antojo, sino de adelantar su vida y ajustarla á normas avanzadas, normas que no pueden regir en nuestro tiempo, no por incapacidad antropológica, no porque las leyes de la vida se opongan á ello, sino porque el grado actual de evolución no permite aún el advenimiento social de algo que, hoy por hoy, tiene que darse, si se da, en los casos forzosamente excepcionales. (*Alma en los labios, Las Evas del paratso, Los abismos.*)

Es decir, que aun en los casos extremos se mantuvo Trigo en una utopía moderada, limitándose á presentar casos de anticipación más bien que utópicos. Sus personajes de excepción son excepcionales sólo con relación al momento; son las avanzadas de una evolución natural que no tenemos derecho á reputar como imposible.

Tanto da lo corriente como lo excepcional, siempre que uno y otro sean antropológicamente verosímiles.

Es decir: que si la paradoja de hoy será el lugar común del mañana, el hombre avanzado de hoy será el tipo medio del futuro.

La ideología de Trigo no es, por lo tanto, más que un naturalismo de excepción ó naturalismo del porvenir.

Alcance de sus obras. Caducidad propuesta é inherente.

Inútil y fuera de lugar, según todo esto, que se le exija á Trigo ser buen autor naturalista, buen novelista de carácter, nada más, y se le censure que bastardea esa propiedad inmiscuyendo propósitos tendenciosos y personajes de ideología; inútil y fuera de lugar, porque tanto equivaldría pretender que se hubiera dedicado á lo que no pensó jamás dedicarse.

Como no se dedicó á la novela preciosista, porque no le interesaba, ni le era necesaria para lo que se proponía hacer, tampoco se dedicó á la novela exclusivamente de carácter, aunque tuviera aptitudes para ello; hizo novela de este género cuando y donde lo requería su plan, y dejó de hacerla para seguir su itinerario allí donde éste le imponía otro rumbo.

Podrá ser más ó menos lastimoso que en vez de hacer novelas inmortales, novelas puras, aprovechando las aptitudes naturales que para ello le había concedido el destino, emprendiera un género híbrido en donde lo artístico y hasta lo elevada-

mente filosófico quedan bastardeados por lo meramente social; habrá perdido con ello el paso á la posteridad, probablemente.

Pero es que la condición de este género de obras, su propósito, su fin, su triunfo mismo y hasta puede decirse que su gloria consiste precisamente en perder algún día su razón de continuar vivas. Toda ley gubernamental que trate de corregir un vicio, pasa y se mustia en cuanto el vicio acaba; igualmente las novelas de Trigo, determinadas por circunstancialidades de la vida perderán gran parte de su interés y de su sentido en cuanto pase el momento histórico que las justifica y las produce.

Trigo aspiraba á eso: á llegar á un grado de progreso social en que triunfe la vida y puedan por esto ser olvidadas sus novelas por ya inútiles. "Porque mi rabia—me decía hace años en una carta—es que á usted, á mí, á pocos se nos llama artistas, porque no hay todavía un artista en cada mujer, en cada hombre."

CARACTERÍSTICA DE TRIGO

¿Cuál será, entonces, la característica de Trigo como tal novelista? Si él no ha fundado el naturalismo y no es naturalista riguroso; si él hace novela, pero no es novelista propiamente dicho; si él pretende ser moralista, pero no con preceptos éticos

formulados; si tampoco dentro del idealismo extremo puede encontrar cabida, ¿será que no hay en él cohesión y que está formado por retazos heterogéneos recogidos de acá y de allá, como los remiendos de la capa de un pobre? ¿Cuál será el distintivo que le dé carta de personalidad y que justifique su actitud compleja y varia?

¿Erotismo?

Se ha dicho —y Trigo lo aceptó— que le caracteriza el erotismo, dado que los demás escritores eróticos presentaron el amor sistemático, visto fragmentaria y parcialmente, y Trigo, en cambio, fué el primero en presentarlo total, uno en lo múltiple.

En el prólogo de su primera novela lo anunció ya. “Mi novela... no podrá menos de parecerle, á quien bien la lea, más y más esencialmente distinta aun de otras muchas de las modernas literaturas extranjeras, con las que tiende tal vez á parecerse en el procedimiento. Aparte su empeño de análisis, hácela palpar el amor como ideal supremo, el amor **TODO.**”

Cierto que esa manera de conceptuar el amor le distingue de sus contemporáneos y le da una posición diferenciada entre los novelistas eróticos; pero en esto no hizo mas que armonizar lo que los otros habían presentado disperso.

En España, en efecto, antes que él otros autores habían tratado el tema en no pocos aspectos. Alejandro Sawa alcanzó extremos de crudeza no superados por Trigo; Jacinto Octavio Picón—prescindiendo de las leves, pero claras insinuaciones del padre Coloma, de la Pardo Bazán y del propio Palacio Valdés, en *La Espuma*, por ejemplo—, Picón había tratado ya de analizar las costumbres sexuales con tendencia á la crítica social, y sin velar con puntos suspensivos las escenas de intimidad erótica; Galdós inició el erotismo psicológico en *Lo Prohibido*, en *Fortunata*; y trajo el género á España de una manera total y en todos los sentidos, Clarín, el gran Clarín, de quien—pese á las muchas diferencias—Trigo descende en línea recta y por más de un motivo.

Tampoco fué Trigo el único ni el primero en llevar á la novela escenas de crudeza realista ó de exaltada sensualidad; en descarnadas descripciones no llega nunca á un Zola; en intimidades eróticas le ha ganado Eça de Queiroz; en delectación sensual, Pierre Louys; en ensañamiento implacable, Mirbeau. No hablemos de las lujurias cerebrales de Remy de Gourmont, porque Trigo fué atrevido, desenvuelto, sensual, desenfrenado, si se quiere; pero no lujurioso ni perverso.

La posición de Trigo se destacó frente á la de todos los autores citados precisamente por reunir

en sí, armoniosamente, recíprocamente compensadas, las cualidades que en cada uno de ellos aparecen desglosadas, fragmentarias, exclusivas y exageradas además.

El amor en Trigo tiene lo de todos ellos; pero no lo de ninguno en particular.

“Psicologismo dinámico... Integrismo... Vitalismo...”

Pero esta manera de presentar el amor no es la característica fundamental, sino que es consecuencia de otra más comprensiva, de otra verdaderamente básica, á saber: el concepto de la *vida viviente*, el concepto integral del hombre.

Lejos de explicarse la obra entera de Trigo por su erotismo, es su erotismo y todas las demás cualidades restantes las que se explican por ese concepto á que aludimos.

“Psicologismo dinámico” llamó él una vez á la tendencia de la novela moderna... Vitalismo, humanismo, dinamismo... Términos todos que pueden convenir á su tendencia, términos que rondan en torno de todas las ideologías modernas.

El concepto dinámico de la vida tiende á concebir la existencia y el sér humano como un equilibrio de movimientos, como algo que pasa, que se mueve, que se combina y se destaca, consistiendo lo per-

manente en que los estados sucesivos son análogos en vez de ser distintos. El sér es como un reflejo del sol en la corriente: curso de la luz, curso del agua, fenómeno persistente del reflejo en el encuentro del curso de la luz y de las aguas, pero sin sostén quieto y perenne.

Según esto, la vida debe considerarse como una resultante de fuerzas que simultaneadas se equilibran, y cada facultad, cada manifestación tiene sentido tanto por lo que sea en sí como por su relación con las otras á las que sostiene, y por las que, á su vez, ella es sostenida.

Concepto dinámico según el cual la vida es una cadena de eslabones, nunca los mismos, eternamente cambiantes sus partículas y eternamente renovados. Concepto dinámico según el cual la vida es una melodía que, compuesta de notas, nada significan por sí mismas y todo por la relación impartible entre ellas. ¿Bergsonismo acaso? Creo que Trigo no había leído á Bergson, ni á ningún autor moderno que pueda tener aproximación con esas maneras de considerar el universo, ni creo tampoco que haya identidad entre las doctrinas de ellos y las opiniones de Trigo; pero están de tal modo en el ambiente moderno esas tendencias, que aparecen por todas partes, consciente ó inconscientemente.

Sea de una manera ó sea de otra, debido á esas

tendencias ideológicas forma un concepto general en la vida, forma un concepto particular del amor y escoge la novela y no otro género, como medio expresivo insustituible.

Es novelista por concepto dinámico, en efecto, porque—según se ha dicho ya —la novela es el único medio de analizar y reconstruir en vivo “lo impartible”.

Su concepto dinámico, en efecto, ha de presentarle el Cosmos todo como un gigantesco simulacro erótico—en sentido transcendental—en donde todo, desde el átomo hasta el superhombre, sienten el ansia de buscarse, de reafirmarse en los otros, de recombinarse y propagarse. En el hombre, por efecto de haber obtenido una psiquis en la marcha evolutiva de los seres, deberá manifestarse su tendencia sexual con otros caracteres, más psicológicos, más impregnados de todo esto que llamamos sentimiento, ideas, alma; pero esa tendencia no puede ser negada so pena de negar el impulso mismo vital, lo que hace hierro al hierro, sol al sol, hombre al hombre.

Y todo este concepto teñido de romanticismo racionalista, en donde la idea de evolución pretende tomar vuelos de grandiosidad universal: “Yo miro mi carne y me mareo de grandezas infinitas queriendo adivinar de cuál roca ó cuál nube anteriores á la misma humanidad vendrán sus átomos; queriendo

adivinar á cuál estrella irán después, cuando la tierra se rompa en aerolitos. Llamémosle á esto *transcendentalismo cósmico* y me apresuraré á proclamarme impregnado de ello fuertemente." (*Conferencia autocrítica.*)

Regido así el mundo entero, desde lo grande á lo pequeño, por una misma ley de atracción, repulsión y equilibrio dinámico de fuerzas, había de culminar la existencia humana en un equilibrio, en una armonía de cuantas fuerzas encontradas se manifiestan en el hombre; esta armonía plena de necesidades fisiológicas y aspiraciones psíquicas habrá de ser el amor íntegro, completo, el *amor TODO*.

Hubo, pues, Trigo de concebir el amor como lo concibió, y hubo de concederle tal preponderancia, no por capricho, ni por predilección personal, sino porque dado su punto de partida y su posición ideológica, tenía que producirse así en ese asunto, por lo mismo que se dedica á carreteras el ingeniero de caminos y á repoblación forestal el de montes.

IDEALISMO UTÓPICO.—*Deficiencia fundamental de Trigo.*

La última fase de evolución en el pensamiento de Trigo es la que se refiere á la utopía.

En sus novelas—según se ha dicho ya—sólo insinuó visiones utópicas parciales: son las suyas utopías de transición, anticipaciones parciales nada

más, sólo realizables en lo privado, pero dentro del estado social del momento. La verdadera visión utópica de Trigo ha de buscarse combinando estas anticipaciones novelescas con las condicionales que para el futuro social expone en sus libros de doctrina.

Viendo ese extremo, que completa y corona la obra, es como puede verse, al fin, de un modo completo y preciso, lo que Trigo poseyó y lo que le quedó por poseer.

Cuando se trata de reformar lo actual para vivirlo algo mejor, queda el problema dentro de una relatividad estrictamente práctica. Es necesario, sí, tener un ideal para dirigir hacia él los pasos; basta que ese ideal atienda á las exigencias del momento y nos ayude á resolver lo pequeño, lo relativo y condicionado, los problemas del "ir viviendo" algo mejor, mientras no sepamos del misterio lo suficiente para vivir como queramos.

Trigo se redujo á los problemas del más acá.

No porque tengamos que morir—viene á decirnos—entenebrezcamos la vida que tenemos; no porque todo no se pueda alcanzar dejemos de alcanzar lo que de nuestro esfuerzo depende; no porque el camino es infinito y no sepamos adónde nos conduce, dejemos de buscar el mejor acomodo posible en el camino. Hay, en abono de estos consejos, la razón de comodidad, y la razón de que llevamos

dentro el instinto de mejora y de caminar, aunque no sepamos para qué ni sepamos adónde.

Todo ello es cuerdo y puede ser tenido en cuenta y aceptado. Pequeña ó grande, cultivemos la here-
dad que nos haya cabido en suerte. Así el juglar de Nuestra Señora, de que nos habla Anatole France, suponía que otras cosas mejores podrían hacerse en este mundo; pero como él sólo á jugar con cuchillos aprendiera, con cuchillos jugaba delante del altar de la Virgen cuando, metido á lego, quería hacerle ofrenda de algo propio.

Pero cuando, realizada la tarea, nos retiramos á nuestra celda interior y allí se entrega el alma al examen necesario á todo espíritu, entonces nuestro sér, no el que se contenta con hacer, sino el que quiere ser, eternamente, nos ha de recordar el perenne anhelo que espera eternamente su hora, aunque no sepa si esa hora está ó no llamada á sonar en lo infinito.

¡Ay del hombre que se haga hombre de acción y olvide el restol Siempre en tensión para acechar el salto de la liebre, pierde el cazador el encanto de la luz y la hora.

Y aunque nuestro deber de hombres terrenos sea el de limitarnos, nuestro deber de espíritus conscientes ha de ser el de ensanchar cada vez más la demarcación de esos límites.

Disciplina es nuestro deber, economía es nues-

tro deber; pero economía y disciplina son precisamente fórmulas para compaginar las tendencias opuestas, é igualmente atendibles, de gasto y de reservas, de libertad y de obediencia, de limitación y de deseo. Ni uno ni otro extremo puede ser excluído sin que peligre nuestra integridad humana imprescindible. Frente á la materia que dice: "Si quieres esto, concede aquello"; es decir, "Obedece y te obedeceré", se mantiene el espíritu diciendo: "Para someterte me someto."

Disciplina no es obediencia, y mucho menos sumisión incondicional é irreflexiva.

Y si el espíritu tiene el deber de sacrificar un gran anhelo para lograr otro menor, tiene aún más obligación de mantener siempre viva la queja de ese anhelo irredento, y siempre avizor la pretensión total para ir logrando en armisticios sucesivos nuevos logros parciales.

Incluso, pues, para la realización, para la conquista relativa, terrenal, humana, que llamamos "progreso", es necesaria la pretensión inacabable, la pretensión total: la noción de que todo lo conquistado es grande, sobrado para la vida del hombre, quizás, pero siempre incompleto y baladí ante la divina redención total que le ha sido dado al hombre concebir con su razón y anhelar con su alma.

Hay una *vida*, la nuestra, con minúscula, que es

hija ó parte de la otra vida total, conocida ó no, comprendida ó no, que es la *Vida*.

Importa no perder este punto de vista.

La *Vida* —con mayúscula— pide en nosotros todo.

La *vida* —con minúscula— nos obliga á ser parte.

La *vida*, nuestra vida, nos da la suficiente resignación y las compensaciones suficientes para que lo que falte á nuestro afán no se nos haga tan imprescindible que anule en nosotros el instinto de conservación y de amor á nuestra vida.

La *Vida*, la absoluta, nos mantiene perennemente viva la conciencia de que los bienes de aquí abajo, siendo no poco, no son, ni aun dentro del sentimiento humano, lo bastante completos para satisfacer el ansia inagotable de dicha, de justicia, de armonía, de un generoso corazón.

La convicción de que en la tierra siempre quedará un "más allá", no debe llevarnos á la ambición inútil de "César ó cesar", de "ó todo ó nada"; la *vida*, con su instinto de conservación, nos reconcilia con nuestra pequeñez y con nuestra relatividad transitoria.

La *Vida*, al mismo tiempo, se cuida, por su parte, de que el instinto de conservación terrenal no nos apegue demasiado al terruño y se cuida de que, no apoltronándonos en una acomodaticia conformidad, se nos mantenga vivo el anhelo de avanzar incesantemente.

El algo, el más, debe pedírsele á la *vida*; el todo á Dios, llámesele *Vida* ó lo que quiera.

Poco importa la creencia ó el descreimiento particular de cada cual; para andar por la vida—incluso creyendo que todo acaba con la muerte—, *la vida se engrandecerá ante aquel que tenga siempre vivo este anhelo de un Sér ó de un Destino que no ha puesto en vano en nuestra carne un anhelo infinito de ennoblecimiento redentor*. No es necesario saber; es necesario que sobre la tierra—para su utilidad, ó para su embellecimiento, ó para su unción—haya una inmensa bóveda de infinito, de misterio y de azul, tendida sobre nuestras cabezas.

Nuestra obligación, pues, con la *vida*: hacer lo malo, regular; mejor, lo bueno.

Nuestra obligación con la *Vida*: anhelar y contemplar lo perfecto inasequible.

Nuestra obligación con la *vida*, saber que, educando á los hombres y administrando la naturaleza, centenares de males se abolirán.

Nuestra obligación con la *Vida*, saber que, educados todos los hombres, y todos de acuerdo y de consuno, dos, tres males humanamente irreductibles continuarán sin ceder mientras la tierra sea tierra.

Trigo se olvidó un poco de esto.

Porque afrontó la vida—como era su deber de hombre—y apartó, para caminar, todos los fantas-

mas que amedrentan, creyó que no había fantasmas. Porque aceptó la relatividad de su saber, en tanto descubrían los sabios el enigma y porque esa relatividad le bastó para no poco llegó á creer que el enigma era una vana preocupación metafísica.

Él hablaba "en nombre de la vida". ¿De cuál? - le preguntaban. Y contestaba él: Pues de ésta, de los trenes, los perros, las gentes, las sonrisas... Y existe esa vida, en efecto; no juguemos á no entender: sabemos bien qué vida es esa y la reconocemos á diario. Pero precisamente en esa vida hay dos grandes palabras—una es "concepto"; la otra "aspiración"—, y ambas, naciendo en la inteligencia la primera, y en el corazón la segunda, tienden los dos á un mismo punto inalcanzable y hablan de algo que no se satisface plenamente con sólo gentes, perros, astros y sonrisas.

Si yo concibo la perfección del amor y aspiro á esa perfección; si yo puedo perfeccionar á los hombres en la dirección por mí concebida; podré llegar á la perfección del Amor perfecto.

Ese fué el falso razonamiento que equivocó á Trigo. Á la perfección no se llega.

Trigo confía toda la solución de sus problemas de la sociedad y del hombre á la educación del individuo: si con esto se quiere dar á entender que estaremos mejor y hasta que los hombres encontraremos algún día una fórmula de avenencia que

nos permita vivir sin irreparables disensiones, quizás tenga razón, y no veo ninguna objeción firme que autorice á negarlo por completo. Si quiere indicar con ello que los males de la vida se reducen á esos y que no hay ningún conflicto que no pueda ser resuelto con filosofía práctica, con entereza y con gimnasia humana adecuada, me parece caer en un simplismo progresista harto dogmático.

Tuvo siempre rezagos de racionalista reformador: habla del día en que todo se arregle, con una confianza en la plenitud del arreglo algo parecida en el candor á la fe de los republicanos de retórica, que esperan arreglar el Universo en cuanto cambie el régimen.

Esperar mucho de la educación es razonable; asegurar que todo se logra con educación, es gratuito. Aptitud para mejorar no quiere decir posibilidad de perfección. Y vencer la amargura de una amenaza no quiere tampoco decir ni que deje de existir la amenaza, ni que deje de ser amargo el que nos veamos obligados á dominar algo natural, porque no nos queda más remedio.

Esta deficiencia de Trigo se hace más patente cuando aborda problemas fundamentales, como el del amor y el de la muerte.

Diciendo yo una noche, entre amigos, cómo el *morir* *hemos* no debe preocuparnos hasta el punto de desperdiciar esta terrenal tregua, pero que á

pesar de todo eso, la muerte, la separación de todo lo querido será siempre una dolorosa contingencia, salió Trigo en mi contra. "No lo creas..." Y se disponía á argumentar, cuando una racha de la conversación desvió la atención de la charla, y quedé sin saber el sentido de su objeción, porque esto ocurría unos dos meses antes de su muerte, y no tuvimos después otra ocasión propicia para renovar la polémica. Me parece difícil que hubiera dicho nada convincente, porque una cosa es vencer el miedo á la muerte, otra suprimir la amargura de que tengamos que morirnos, sobre todo para quien no tenga seguridad de otra vida eterna y preferible.

Con el amor le sucede cosa análoga.

Él quiere, por ejemplo, el amor sin celos y sin trabas, universal, de todos para todos. Y eso como aspiración está bien; como norma para reglamentar leyes, costumbres y educación con arreglo á esa aspiración está bien. El que alguien pueda querer á diez ó á ciento puede no ser delito y hasta ser una amorosa gloria de la vida. Pero en la vida, cuando se trata, no de aspirar á amar y de amar, sino de dar y repartir y compartir ese amor múltiple, nos encontramos conque sólo tres veces al año podría un amante de cien amadas pasar un día entero con cada una de ellas; y resulta de aquí con todo esto que el corazón que quiera probar su gran ca-

pacidad amorosa por su abundancia demostrará también su desamor por su desperdigamiento indiferente.

Con esto no se prueba que sea censurable amar lo amable; por el contrario, eso es lo digno, y cuantas razones aduce Trigo están en pie. Lo que se deduce de todo ello es que no siempre se puede realizar una aspiración, aunque sea noble, porque la aspiración es del espíritu, mundo de la libertad, y la realización es de esta tierra, mundo-cárcel con rejas que se llaman "tiempo", "espacio".

Véase bien la posición.

Todo lo creído y propuesto por Trigo está muy en su punto, por lo que respecta á la *vida*: crítica de lo actual y tendencia á mejorar lo malo hoy existente.

Todo lo creído y propuesto por Trigo deja de estar en su lugar en cuanto se olvida que es relativo, provisional, referente á la *vida*, á la utilitaria; pero no á la *Vida*, á la grande, que espera.

En los capítulos anteriores se habló de la obra de Trigo, y nada se opuso á la concepción del autor, porque de los males y progresos de esta vida, con minúscula, hablaba, y todo ello tiene su razón de ser y está en su punto, mirado desde esa posición. Pero cuando se habla de utopía se hace referencia á aspiración, á totalidad, á meta extrema, y entonces no se debe prescindir de lo que se prescin-

dió anteriormente. No bastará referirse á "lo que se podrá conseguir", sino á "lo que quisiéramos lograr", y habrá que hacer notar, "en nombre de la Vida"—, de esta otra—que lo terrenal tiene límites, y que para ser completa nuestra posición terrenal debe figurar en ella también ese factor de anhelo, ó de protesta, ó de dolor, ante los muros de la cárcel.

Poco tal vez, si se quiere, podrán variar de rumbo nuestros pasos, por el hecho de saber que existen en el Universo una ó dos puertas cerradas que los hombres no podrán abrir nunca; pero sólo el saberlo mejora el carácter, el tono de nuestras idas y venidas por la prisión terrena.

Si Trigo hubiera tenido un poco más presente el misterio á las perspectivas de la *Vida*, se hubiera visto obligado quizás á reformar su plan de obra y su esquema general de doctrina; pero hubiese tal vez abierto en sus novelas un ventanal frente á poniente, con lo cual la obra entera, sin dejar de ser lo que hoy es, habría adquirido la elevación y la grandeza de horizontes que hoy le faltan.

Si esto ocurriera, no solamente aparecerían el bien y la verdad como predominantes de su obra, sino que también la belleza entraría en la misma proporción, y con ello—esto es de suma importancia—y con ello *esa tonalidad que adquieren el bien y la verdad cuando la visión bella transcendente vie-*

ne á completar la verdadera integridad del espíritu humano.

Trigo entonces hubiera sido más artista de lo que fué, no en el sentido preciosista,—de orfebre, sino en el sentido religioso ó filosófico del término. Ver el Universo estéticamente vale tanto como verlo en contemplación, sin deseo, purgado de intereses momentáneos ó bastardos. Cuando así se aparece el mundo, todo tiene importancia, y todo, sin embargo, puede variar, sin que por eso el balance de la gracia total que impregna el Cosmos disminuya de valor.

¿Revelación directa de la esencia universal, ó puro efecto de ilusionismo psicológico? No es preciso decidir la cuestión: el caso es que hay una ilusión de belleza que encalma y que ennoblece, frente á otras bellezas que nos desencadenan la ambición.

Viendo estéticamente el Universo, no es sólo que se goce la belleza: es que entonces nos parece que la Verdad de la razón se da más viva,—más Viva, debiéramos decir: más próxima á la unidad vivificante —y que, por tanto, también la Bondad se manifiesta más íntegramente.

Un poco de neo-platonismo no me parece á mí que alteraría en nada la concepción de Trigo, y daría más altura á su integrismo vitalista, más estirpe á su psicologismo dinámico y más sentido pleno á su transcendentalismo cósmico.

Nada en él se opone verdaderamente á este complemento; antes bien: me parece que está implícito, anunciado y hasta iniciado, si se quiere, en su obra.

Érale necesaria á Trigo una enfermedad para que pudiera encontrarse en condiciones de completar sus pensamientos, no por razonamiento puro, sino por razonamiento conquistado á costa de su propio padecer.

El vencedor avanza sin compasión sobre los cadáveres porque la victoria es lo único que le interesa y que todo lo justifica. Pero cuando el fracaso viene á disminuirles la arrogancia, comienza á ver que la victoria apetecida no es tan definitiva y meritoria como pudo pensar, y que no valía la pena de tantos ayes como quedaron á su espalda... Reacción cristiana de cada sér frente á la posición pagana de la salud, demasiado confiada en sí misma.

¿Es, según esto, el cristianismo una manera débil, acobardada y enfermiza de interpretar la vida? Otra es la pregunta que importa, á saber: la enfermedad, la debilidad, ¿no ve partes de la verdad que á la salud misma se le ocultan? Si en la debilidad es la depresión la que aconseja, en la salud es la arrogancia fuerte la que engaña. Y es bueno que, engaño por engaño, alterne la visión del dominador con la visión del abatido, no sea que, en fuerza de salud, vayamos á creernos que es la salud la característica

eterna de este mundo. Así la neurastenia vino á enriquecer á Trigo más que á perjudicarlo.

Ya en él estaba presupuesta esa necesidad de hallarle síntesis á paganismo y cristianismo, pero inconcreta y vagamente: lo que llamaba él cristianismo—en aquella frase un poco teatral, “Venus con el resplandor de la Concepción Inmaculada”—, era la luz de la inteligencia racional y del buen corazón completando con dignidad la bestia humana. Pero esto es escoger para diosa razón á una Venus hermosa, inteligente y buena, en vez de escoger á una verdulera de París. La espiritualidad no puede reducirse á la intelectualidad como él creía. Rezagos de racionalismo positivista, todo esto; restos del materialismo médico que le viciara en un principio.

Solamente al fin de su vida, en su novela *Si sé por qué*—novela testamento, como se ha dicho ya—, vislumbra que ese resplandor que él llamaba cristiano, aunque nacido del corazón y la razón, en la piedad, tan sólo en la piedad de amor consiste. Que todas nuestras facultades racionales son medios, instrumentos, para una finalidad fundamental, única, que puede librar al mundo de sí propio: “la civilización del corazón.”

Y esto se lo reveló la neurastenia.

“La neurastenia—dice en *Si sé por qué* el protagonista—no es, tal vez, más que... eso: un estado

de exaltación que nos deja percibir en su exacta verdad horrible el fondo de las cosas“.

„Un estado de clarividencia, de perfección, en que se siente el dolor que nos circunda como si se tuviese el alma en carne viva“.

„No hay tormento comparable; mas tampoco nada que nos hunda tan sombría y grandiosamente *en la mística significación del Universo*.“

“Me ahogo de piedad, de piedad, de piedad...”
—gritaba más tarde. Y algo después:

“La injusticia me acongoja—repite—. No sé qué parte de ella puede caberme á mí... ¡Oh, la neurastenia! ¡Qué excelsa maldición! *¿Por qué cuando estamos buenos y bien hallados con la vida no vemos todo esto?*“

Quítensele á estas palabras lo que pertenece á la apreciación ensombrecida del enfermo, y se tendrá lo que en sí llevan de revelación aprovechable. Curtir la piel es necesario para poder andar por el mundo; pero tenerla de cuando en cuando en carne viva es más útil aún; sólo que ni un estado ni otro debe ser el definitivo, sino ambos, alternándose, como sabio regulador del hombre pleno.

Aprendió por la enfermedad á ver todo esto más y mejor que nunca. También aprendió á ver algo de ese elemento estético que, á mi ver, tanto le hubiera completado en su misma parte moral: “Por ella (por la neurastenia) he aprendido á amar las nubes,

el sol, los campos, la nobleza, la pureza, los juegos de las flores y las niñas, lo sencillo." (*Si sé por qué*).

Si Trigo hubiera vencido el momento final de neurastenia — como lo vence el protagonista de la obra — si él hubiera podido entrar en nueva fase de evolución, después de este período, medio de clarividencia, medio de depresión desalentada, en el que aprendió á amar el sol, los juegos, y aprendió á ver la mística significación del Universo, quién sabe si, manteniendo la posición de su doctrina en cuanto se refiere al andar por la vida, no hubiera él atendido á esa otra region que va de lo visible á lo invisible y de cuyas conveniencias—incluso para ese andar terreno—tanto pudiera decirle Maeterlinck, con quien él coincide en otros puntos.

De haber sobrevivido Trigo á su suicidio, tal vez hubiera cerrado su obra con un colofón de espiritualidad que la hubiera elevado invistiéndola de alta significacion religiosa.

SU ESTILO

Pocas palabras, porque no quiero alargar más este libro con distingos prolijos.

Se ha dicho que Trigo no sabía escribir.

Según como se entienda...

Cierto que en algunos casos la frase es torpe, y de premiosidad desapacible, sin que se vislumbre la justificación.

"Nada unas ni otros deseaban más." *Las Evás del Paraíso.*)

"Sino que ¿á qué?" (*Así paga el diablo.*) (1)

Cierto que hay adjetivaciones y maneras de mal gusto.

Cierto que le resultan versos, á veces, en medio de la prosa, con ritmo inadecuado y disorde.

Cierto que hay casos de barullo desconcertador y ^atransposiciones que recuerdan esas frases que

(1) Recuérdense, sin embargo, algunas frases como aquella de *Las Ingenuas*, en donde la cacofonía es de una encantadora naturalidad:

"¡Que qué haces que no te arregas!" —dice un niño á su tita.

"¿Que qué que?—contesta ella."

inventa el vulgo por broma: "Sombreros para niños de paja..."

De esto me quejaba yo en la primera carta que escribí á Trigo. Recordaba una frase de *Sed de amar*: "Una noche que le cogió estrellada lejos de Argelez", que me parece hoy bastante más defendible que entonces, y le echaba en cara por ininteligible el párrafo siguiente de *Alma en los labios*:

"El circo aplaudía, aplaudía, cautivo en el espejear al sol de los caireles..., rompiendo luego en alaridos de entusiasmo al ver de qué gracioso modo llevó el toro el maestro á un picador en gallardías de la capa flotante en farol á su espalda." (Pág. 216.)

Trigo me contestó:

"Yo creo, amigo Abril, que la novela es un relato pasional (al menos *mi* novela, *mis* novelas) que rara vez puede ajustarse al orden del decir ni á las frialdades correctas. Veloz, febril algunas veces, porque lo son sus sentimientos, y así deben expresarse, con algo de incoherencia, de delirio, exige otras veces la brevedad, al revés, porque no merece extensión ni calma la futilidad del relato. Este último es justamente el caso del párrafo que me cita por *modelo* de confusión, *hasta hacerlo inentendible*. Y en efecto: Gramática en mano, "hay derecho" para no entenderlo; pero yo me atrevo á suponer que *despojándose de ese derecho*, usted lo

habrá entendido perfectamente. Es el toro el que va ciego en los vuelos de la capa, desplegados y ondeados en un vaivén de navarras y verónicas. Es el toro el llevado á un picador por el maestro, con gallardías de una capa flotante en farol á su espalda."

Se queja de que el *su* español posea una ambigüedad de que carece en otros idiomas, y añade luego: "Yo, persuadido de que la inteligibilidad del lenguaje está por encima de su corrección, sigo empleando esas frases según están empleadas en el párrafo dicho, porque tratándose de un toro, de un torero y de un picador, no puede haber quien ponga en duda que el toro es el que acomete y es llevado, el torero el que capea y el picador el que pica, y nada más, por falta de capa con que hacer farol á *su* espalda por sí mismo."

Es cierto, confesémoslo: en lectores ingenuos, no en críticos, ni en gramáticos, ni en académicos, ni mucho menos en cazadores de gazapos, se entiende harto bien lo que dice en cuanto nos hacemos á su manera constructiva.

Claro que hay que hacerse; pero es que todo lector, como todo público, tiene la obligación de identificarse cuanto pueda con el creador, y no á la inversa.

Por lo demás, el arte entero moderno consiste en romper con todas las reglas académicas y hasta no

académicas para ejecutar obras imposibles de entender... hasta que se entienden.

El arte moderno defiende también, en cierto modo, los fueros de la torpeza expresiva frente á la horrenda facilidad convencional y la empalagosa corrección académica. Porque la facilidad y la corrección suelen ser entendidas casi siempre en sentido escolástico, de receta y de confitería.

"Nada perdería con decir todo eso que dice; pero bien", se alega. No sé nada. Primero, que eso de escribir bien es muy elástico, según lo que se entienda por bien. Y segundo, que no sabemos tampoco hasta qué punto no perdería en calidad el resultado. Determinadas premiosidades dependen no pocas veces de virtudes más que de vicios. Hay quien se resigna á decir poco á cambio de decirlo *bien*, y hay quien no se resigna á no decir lo que siente, aunque tenga que decirlo como pueda...

Él mismo en su *Conferencia autocrítica* expuso su criterio en esta cuestión, y en *El amor en la vida y en los libros* agregó algunas consideraciones suyas y otras ajenas, entre ellas unas, muy discretas y justas, del Sr. Gómez Baquero.

"Eso de decir—escribe en el libro citado, *El amor en la vida y en los libros*—que uno ó muchos no entienden á un escritor deliberadamente incorrecto, está pasable... para dicho. Pero lo que hace falta es que sea verdad que no lo entienden, pues en ta-

les casos, los que tal afirman, no es que no le entiendan, sino que se proponen no entenderle (como los abogados cuando buscan pleitos y como los comentadores del *Quijote*), armándose de antemano de unas entendederas gramaticales, ó que creen que no le entienden, porque entienden solamente *lo único que el novelista ha querido que entiendan*.—No debe olvidarse á este propósito lo dicho antes: la novela moderna no es de ideas, sino de emociones, y, por lo tanto, es un supremo arte del novelista ese de saber escamotearle al lector, cuando le conviene, la plena inteligencia de sus emociones: le basta rozarle con ellas el pensamiento, mantenérselas en la penumbra de la subconciencia, como las ha tenido él. Y nótese cómo es una pura razón de Fisiología, en contra de toda razón retórica, la que autoriza la incorrección del lenguaje. El único molde, el único guía, la única lógica inflexible de mi estilo, he querido yo que sea *la lógica de mi pensamiento y de mi emotividad*. Así imito á todo el mundo sin imitar á nadie; y así, yo y los demás que en esto sigan la misma regla tenemos el derecho de afirmar, frente á los escritores correctos, que no somos nosotros los que escribimos un lenguaje distinto del de las gentes, sino ellos, que se juzgan obligados á adoptar dos lenguajes: uno para escribir, tieso, engolado, confuso... y otro, para comunicarse en la vida con los demás mortales, exactamente

como el de los demás mortales.—Se me dirá que este lenguaje es antigramatical; y yo, con Unamuno, ese hombre raro que dice buenas cosas muchas veces, respondería que no, que *supragramatical*, y además *claro*, clarísimo, si no se le pide más que lo que el lenguaje puede dar: su efecto sugestivo.

“Cada uno debe expresarse según su pensamiento. La lógica del mío, vivificado por las emociones, es la única lógica que yo le impongo á mi estilo. Y se la impongo tan imperiosa, tan absurda, tan invariablemente en su inmensa variedad, que se aterra-rían de mi angustioso trabajo de voluntad tensa, inflexible en este respecto, si lo adivinasen más de cuatro enamorados de esa meritoria, aunque facilí-sima, tarea de pulir el suyo con arreglo á los pre-ceptos de Gramática. Estos preceptos, al fin, son ciento, doscientos, y se pueden tener, con un poco de memoria, como en una estantería, no lejos de la mano. Las formas del pensamiento y de la emo-ción, en cambio, son infinitas.”

“Para imitar este estilo anárquico y multiforme que yo defiendo, hay, sin embargo, un procedi-miento eficaz, el único, que ya queda dicho: olvi-dar todos los estilos y seguir cada escritor el pro-ceso de su propio pensamiento. Pero su propio pensamiento, tal como salta en la emoción, no tal como queda de borroso y petrificado, cual es-coria fría, si se pretende recogerlo en los moldes

de la *frase hecha* ó de los rígidos oración y período gramaticales. Al revés, es él el que, mantenido ardiente mientras bulle sin su forma verbal, debe caer ardiente sobre la palabra y desbaratarla, fundirla, apropiándosela á su forma para siempre, y de tal modo que las palabras vueltas á arrancar de él no fuesen ya sino cosas rotas y sin valor alguno por sí propias."

Pero todo esto, no queriendo, como no quiero, entrar en consideraciones sobre el estilo en general, es hablar demasiado y de sobra.

¿Que es antiartístico el estilo de Trigo? Bien. ¿Ha pretendido acaso jamás hacer un arte de su estilo?

¿Que es antigramatical su estilo? Bien. ¿Ha querido alguna vez pasar por escritor gramatical, ni siquiera por escritor correcto?

¿Que es ininteligible? Decídselo eso á los miles y miles de personas que han esperado sus novelas con afán durante veinte años seguidos, mientras abandonaban á tantos otros autores castizos, claros y correctos.

¿Que no supo escribir ni con arte ni sin él, ni con reglas ni sin ellas, y que se embarulló por no tener dominio sobre los medios expresivos? Sería entonces que nada de eso es necesario para lograr un público más numeroso que el de nadie y un conjunto proporcional de juicios favorables de prestigio que para si quisieran no pocos escritores atildados.

Poco importaría en este caso la objeción de que las gentes le han buscado por bastarda afición á lo erótico.

Aunque eso fuera cierto, si á él le buscaban por eso y á otros igualmente livianos los han desdeñado, pese á todo, señal será de que en Trigo por lo menos encuentran clara y comunicativa la tentación. Y si esto se concede y se supone además—como, en efecto, suponen muchos—que Trigo explotó conscientemente su erotismo para ganarse público, forzoso es concluir que dominaba los medios expresivos y que sabía expresar tentadora y atractivamente lo que se proponía hacer tentador y atractivo.

Pero no... Ya en el prólogo queda dicho, por qué me parece falso achacar el éxito de Trigo entre ese público á sus atractivos eróticos.

Aparte de las consideraciones allí expuestas, la experiencia me lo ha confirmado holgadamente: de cien lectores de Trigo que yo haya podido conocer, noventa y ocho han ido á él por sus poderosas cualidades de novelista y porque encuentran en sus libros, palpitantes y removidas, cuestiones que les atañen á lo íntimo y que no encuentran en los novelistas "bien".

Gentes que lean y sigan leyendo á Trigo, novela tras novela, sólo por sus atractivos eróticos casi podría afirmar que no he visto ninguna.

Las víctimas de Trigo, los éxitos bastardos y las

interpretaciones corruptoras de Trigo, débense más, si acaso, á ciertos excesos de sentimentalidad discutible y peligrosa, que no á los erotismos. Ahí, sí. Pero ese punto no reza con el estilo, sino con sus defectos, ya señalados en su lugar.

Ciñéndose á la manera de decir, no á lo dicho, es el hecho que gentes no profesionales, lectores ingenuos, que ni por tiempo, ni por paciencia, ni por costumbre, ni por propósito, se dedicarían á desentrañar trabajosamente á un lector obscuro, han buscado, durante veinte años seguidos, las obras de este autor: señal de que su manera de decir no era tan inextricable como pretendemos los profesionales.

Él quiso hacer unas novelas que interesaran y conmovieran á las gentes. Con esa única mira tachaba, rompía, corregía —eso me consta— y no daba por terminado su trabajo hasta que le parecía acomodado á leyes, á leyes sí, pero suyas, no de otros.

El resultado, ya se sabe: cuando Trigo quiso hacer reír, llorar, pensar, su público ha reído, ha llorado, ha pensado.

No dominó, por tanto, Trigo más medios de expresión que... los que quiso. Lo que se propuso, lo hizo. Nada más.

Ahora, su propósito, ¿debiera haber sido más alto ó diferente? Esta es otra cuestión que cada lector resolverá como le plazca. Contestar á esa pregunta

no es de incumbencia mía; yo cumplo con facilitarla. Este libro se ha propuesto exponer, aclarar, reforzar, y, en resumen, facilitar la definitiva aceptación del autor ó la reprobación definitiva simplemente.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
RAZÓN Y PROPÓSITO DE ESTE LIBRO.....	9

PRIMERA PARTE

SU VIDA

I

<i>Su niñez.....</i>	15
<i>Primeros pasos literarios.....</i>	17
<i>Primeros pasos amorosos.....</i>	19
<i>Trigo, médico rural.....</i>	20
<i>Su primer periódico, su primer estreno.....</i>	21

II

<i>Viaje á Filipinas.....</i>	23
<i>Sus heridas.....</i>	25

III

<i>Vuelta á España.....</i>	28
<i>Primer éxito periodístico de Trigo.....</i>	29
<i>Trigo, conservador.....</i>	36
<i>Trigo en Mérida.....</i>	38
<i>Trigo, maestro de sus hijos.....</i>	39
<i>Revelación de Trigo como novelista.....</i>	41
<i>Trigo, hombre de orden.....</i>	43

IV

<i>Trigo, en Madrid.....</i>	48
<i>Trigo, autorreclamista.....</i>	52
<i>Su carácter, su trato, sus planes.....</i>	54
<i>Trigo, hombre de negocios.....</i>	57
<i>Su neurastenia.....</i>	
<i>Trigo en Buenos Aires (carta á su hija).....</i>	63
<i>Trigo en el campo.....</i>	69

V

<i>Su último periodo.....</i>	
<i>Trigo en «La Ciudad Lineal».....</i>	73
<i>Trigo propietario, fotógrafo, carpintero, fun- dador.....</i>	74
<i>¿Trigo, loco?.....</i>	78

	Páginas.
<i>Su última crisis íntima</i>	81
<i>La muerte.</i>	85

SEGUNDA PARTE

SU OBRA

I.—FUNDAMENTOS ESTÉTICOS, FILOSÓFICOS Y MORALES DE SU OBRA

PLAN DEL CAPÍTULO.....	93
------------------------	----

ARTE ÉTICO:

<i>Significación del arte ético</i>	65
<i>Lugar del arte ético</i>	97
VERDAD VIVA.....	101
<i>La novela ética como análisis y reconstrucción de la verdad viva</i>	103
LA NOVELA ÉTICA, AUXILIAR DEL NATURALISTA ...	104
LA NOVELA ÉTICA, AVANZADA DEL POLÍTICO.....	106
LA VERDAD PARA TRIGO.....	109
EL BIEN PARA TRIGO.....	115
LA MORAL DE LA INTEGRIDAD.....	116
EL BIEN, PRODUCTO NATURAL (SALUD) (CULTURA=CULTIVO).....	124
EL BIEN CONSCIENTE, PRODUCTO NATURAL HUMANO (JUSTICIA. AMOR).....	126
EL MAL PARA TRIGO.....	129
EL BIEN SOCIAL PARA TRIGO.....	131
(Socialismo individualista.)	
<i>Transformaciones que harán posible el bien social</i>	133

II.—EL PROBLEMA SEXUAL

PLAN DEL CAPÍTULO.....	137
<i>Influjo en la adolescencia.....</i>	139
<i>Influjo en el hogar, en la sociedad, en los hijos....</i>	143
SOLUCIONES APARENTES.....	146
¿REPRENSIÓN?.....	150
<i>Insinceros.</i>	
<i>Equivocados.</i>	
<i>Fracaso histórico de la represión.</i>	
CULTIVO.....	158
INTERMEDIO FANTÁSTICO.....	165
III.—DESPIEZO DE LA OBRA.....	189
PLAN DEL CAPÍTULO.....	191

ELEMENTOS

<i>Tesis á demostrar.....</i>	193
<i>Postulados antropológicos.....</i>	194
<i>Argumentación viva.....</i>	195

ATRIBUCIONES FALSAS Y LEGÍTIMAS DE LAS OBRAS
DE TESIS

<i>La novela de tesis para Trigo: novela orgánica....</i>	198
ASPECTOS Á CONSIDERAR EN LA NOVELA ORGÁNICA..	203

a) PROPÓSITO INICIAL: TESIS

<i>Ejemplos: Tesis y construcción de "La clave".....</i>	203
<i>Tesis de las demás obras.....</i>	214

b) HOMOGENEIDAD ORGÁNICA

c) NATURALISMO NOVELESCO

<i>Excelencias naturalistas.....</i>	221
<i>Deficiencias accesorias.....</i>	225

d) IDEALISMO NATURALISTA

<i>Desviación ética del naturalismo literario.....</i>	232
--	-----

Páginas.

<i>Clasificación de sus obras con arreglo al grado de su ideología.....</i>	235
CARACTERÍSTICA PECULIAR DE TRIGO.....	238
<i>¿Erotismo?.....</i>	239
<i>Psicologismo dinámico.— Vitalismo.....</i>	241
IDEALISMO UTÓPICO	
<i>Deficiencia fundamental de Trigo.....</i>	244
IV.—SU ESTILO.....	261



PQ6637. R5Z53



a39001



004066620b

8-69

